Felice Accrocca

FRANCISCO AYER Y HOY

Vida y actualidad del Santo de Asís

efarantzazu
edizio frantziskotarrak - ediciones franciscanas

FRANCISCO AYER Y HOY
Vida y actualidad del Santo de Asís

Colección Hermano Francisco nº 75

Título original:
Francesco ieri e oggi. Vita e attualità del Santo di Assisi
© Felice Accrocca
© Libreria Editrice Vaticana, 2019

Título edición española:
Francisco ayer y hoy. Vida y actualidad del Santo de Asís
© Ediciones Franciscanas Arantzazu, 2020

Imagen de portada: Yoendris
Traducción: Joxe Mari Arregi
Maquetación: Aitor Sorreluz

ISBN: 978-84-7240-325-3
Depósito legal: D 00655-2020
Imprime: NovaPrinter (Mutilva Baja, Navarra)

Ediciones Franciscanas Arantzazu
Castillo de Villamonte, 2 - 4°. 01007 Vitoria – Gasteiz
Tel. 945 147224 – info@edicionesfranciscanasarantzazu.com
www.edicionesfranciscanasarantzazu.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra: www.conlicencia.com - Tel. (34) 91 702 19 70

SIGLAS Y ABREVIATURAS

ESCRITOS DE FRANCISCO DE ASÍS (*)

Adm	Admoniciones de san Francisco
Cánt	Cántico de las criaturas
CtaM	Carta a un Ministro
CtaO	Carta a toda la Orden
2CtaF	Segunda Carta a todos los fieles
1R	Primera Regla o no bulada
2R	Segunda Regla o bulada
Test	Testamento de san Francisco

BIOGRAFÍAS DE FRANCISCO DE ASÍS (*)

AP	Anónimo de Perusa
1Cel	Primera de Celano
2Cel	Segunda de Celano
Flor	Florecillas
LM	Leyenda mayor de san Buenaventura
Lm	Leyenda menor de san Buenaventura
LP	Leyenda de Perusa
TC	Leyenda de los Tres Compañeros

CRÓNICAS Y OTROS TESTIMONIOS

Eccleston: TOMÁS DE ECCLESTON, La llegada de los hermanos menores a Inglaterra
Giordano: GIORDANO DE GIANO, Crónica
Vitryhoc: JAIME DE VITRY, Historia occidental
Salimbene: SALIMBENE DE ADAM, Crónica

ESCRITOS Y FUENTES HAGIOGRÁFICAS DE SANTA CLARA (**)

Proc	Proceso de canonización de santa Clara
RegCl	Regla de santa Clara de Asís
TestCla	Testamento de santa Clara de Asís

(*) Los textos de los Escritos y de las Biografías de san Francisco que se citan en este libro están tomados de *SAN FRANCISCO DE ASIS. Escritos, biografías, documentos de la época*. Ed. José Antonio Guerra, BAC. Madrid 1995.

(**) Los textos de la Regla, Testamento y Proceso de canonización de santa Clara que se citan en este libro están tomados de *ESCRITOS DE SANTA CLARA y DOCUMENTOS COMPLEMENTARIOS* Ed. Ignacio Omaechevarria. BAC. MADRID 1994.

INTRODUCCIÓN

Se lee en el libro de las *Florecillas* que "un día, al volver san Francisco del bosque, donde había ido a orar, el hermano Maseo quiso probar hasta dónde llegaba su humildad; le salió al encuentro y le dijo en tono de reproche: "¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?" San Francisco respondió: "¿Qué quieres decir con eso? El hermano Maseo le contestó: Me pregunto ¿por qué todo el mundo va detrás de ti y no parece sino que todos pugnan por verte, oírte y obedecerte? Tú no eres hermoso de cuerpo, no sobresales por la ciencia, no eres noble, y entonces, ¿por qué todo el mundo va en pos de ti?" (Flor 10).

El hermano Maseo no lograba entender el hecho que un hombre físicamente tan poco atrayente lograra atraer hacia sí la atención de los otros, más que lo que logra atraer la miel a las abejas. Una pregunta, la suya, que no ha perdido actualidad después de tantos siglos. Es decir: ¿por qué todos, aun hoy, vamos detrás de Francisco? ¿Por qué su persona es capaz de lograr consensos en un mundo como el nuestro, tan secularizado y distante de la experiencia religiosa?

Creo que la respuesta es una sola: la perenne actualidad de Francisco está sin duda en la perenne novedad del

Evangelio. Jesús, la Palabra hecha carne que el Evangelio nos transmite, está siempre más allá, siempre antes que nosotros, jamás superado, capaz en todo caso de trastocar en cada momento las lógicas comunes del sentido común, querámoslo o no, Jesús continúa dando esperanza a las personas de todo tiempo, o incluso continúa solo inquietándolas, con su desconcertante propuesta de vida. Por eso, Francisco resulta actual precisamente por su evangelismo radical: "en su experiencia –escribió Ives Maria-José Congar (1904-1995)– se refleja el absoluto del evangelio de la cristiandad".

También es verdad que de Francisco se ha dicho todo y también lo contrario de todo, hasta dar de él una imagen no siempre ajustada a la realidad. Y es verdad también que a veces la fama de Francisco va unida a hechos y textos que no tienen ninguna consistencia histórica: si se pregunta, por ejemplo, a un público no especializado cuál es su escrito más hermoso o más significativo, muchos responderán que es la llamada "oración simple", que tiene poco que ver con el auténtico Francisco y que se dio a conocer solo en el año 1912, en un contexto de ningún modo franciscano. Eso sin contar que uno de los episodios más famosos que se suelen atribuir a la figura de Francisco resulta la bonita florecilla (pero tergiversada) del lobo de Gubbio, e incluso no son pocos los que todavía creen que Francisco y Clara eran "novios" antes de que cada uno encontrara su vocación. Y así se podrían multiplicar los ejemplos...

En lo que a mí respecta, son ya más de 30 años que la personalidad histórica y espiritual de Francisco de Asís y la historia de la familia religiosa que de su experiencia surgió constituyen el objeto principal de mis estudios e investigaciones en el ámbito de la Historia medieval. Un recorrido a través del cual me he esforzado en buscar –más allá de

lo anecdótico y devocional– al hombre que hay detrás del santo, precisamente por la excepcionalidad de Francisco que sus mismos contemporáneos subrayaron, hasta hacerlo poco a poco un *alter Christus* y que terminó por eclipsar su humanidad, olvidando que se trataba de una persona de carne y hueso: durante mucho tiempo ha prevalecido de esta forma una imagen propia de las florecillas, privada del nervio de la cotidianeidad. Y precisamente es en la cotidianeidad, a menudo dura y contradictoria, donde Francisco se sumergió enteramente, a sabiendas que el Hijo de Dios se hizo carne y sangre, compartiendo la experiencia de los hombres con todos sus problemas.

Este planteamiento es el que sobresale también en las páginas que siguen, en las que recojo los artículos que a lo largo de los años he ido publicando poco a poco en el *Osservatore Romano,* tomando a menudo el motivo de la actualidad, y no pocas veces de las palabras y gestos del papa Francisco[1], que tomando el nombre del Santo de Asís, quiso de esta forma marcar el territorio. Se trata de escritos dirigidos a un público más amplio, y redactados, por ello, siguiendo un criterio divulgativo: sin embargo, aun en ellos, he tratado –en cuanto era posible– mantener el rigor del método, porque divulgar no quiere decir banalizar, sino hacer accesible al mayor número posible de lectores los resultados logrados en la investigación.

He decidido ordenar la sucesión de los artículos –que no han sido sometidos a ninguna revisión substancial respecto a la publicación original– teniendo como punto de referencia la cronología de la vida de Francisco y esta-

1 Son excepción: *San Francisco en Rieti* (cf. pp. 89-94), no publicado, y *Una visión inclusiva. El san Francisco del papa Francisco (cf. pp. 133-146)* publicado en *Credere Oggi* 37 (3/2017) n. 219, pp. 127-140).

bleciendo, al final del recorrido, un análisis de la visión franciscana del papa Francisco, de una de las voces más encumbradas de la poesía italiana contemporánea y de un historiador que, sin lugar a dudas, fue uno de los mayores medievalistas de la segunda mitad del novecientos.

No hay que olvidar que la investigación histórica sobre Francisco de Asís constituye un terreno de estudio privilegiado y apasionante, y por ello también peligroso: privilegiado, porque las investigaciones sobre el tema están en este momento muy avanzadas, pudiendo fiarnos desde hace mucho tiempo de una lista grande de expertos investigadores implicados en el campo; apasionante, porque estudiar las vicisitudes históricas de Francisco de Asís y su experiencia espiritual no es lo mismo que estudiar argumentos de pura historia económica o aspectos del territorio, entre otras razones porque el carisma franciscano está todavía vivo y actual. Pero estos mismos motivos hacen también el terreno peligroso desde el momento que la investigación tan avanzada exige al estudioso un esfuerzo de actualización continuada; además, cuando un argumento de estudio mantiene todavía conexiones vitales con el presente e implica emotivamente al investigador, siempre existe el riesgo de una superposición pasado-presente y por ello de someter el pasado en función del presente.

No obstante, estoy contento de haberme encaminado en esta senda, que a través de los años me ha regalado tantas alegrías en el campo de los estudios y me ha posibilitado una gran cantidad y variedad de encuentros, sea en la vida consagrada masculina y femenina, tanto en ámbitos de clausura como en ámbitos de vida apostólica, sea incluso en el todavía más variado mundo de los laicos.

En un pasaje famoso (*Paraíso XI, 37*), Dante escribió que Francisco "fue todo seráfico en ardor". Dante Alighieri, en verdad, no mostraba –en aquel punto y en toda la famosa estrofa "Uno (Francisco) fue todo seráfico en ardor; / el otro (Domingo) por su sabiduría en la tierra fue / un esplendor de luz de querubines..."– una gran originalidad, porque no hizo sino traducir, en su admirable verso, algunas palabras de Ubertino de Casale; de hecho, este último en el libro V de su famosa obra: "*El árbol de la vida crucificada de Jesús*", en el capítulo tercero, *Jesús engendra a Francisco,* había escrito: "A semejanza de Elías y de Enoc, resplandecieron de forma especial Francisco y Domingo. El primero purificado con el carbón seráfico e inflamado de ardor celeste, parecía incendiar el mundo entero. El otro, en cambio, como querubín desplegado y protector, luminoso por la palabra de su predicación, brilló con luz propia sobre las tinieblas del mundo".

Dejando aparte estas relaciones de dependencia, que las he traído aquí por un deber de justicia, es decir, para dar a cada uno lo que es suyo, queda la afirmación que Francisco ardía de amor de Dios, que estaba "inflamado de ardor celeste"; también Jacopone de Todi (Lauda, 40,vv 77-78) hablaba de un amor desmedido que brotaba del corazón encendido de Francisco y confesaba que no sabía explicar tanta riqueza de amor ("confieso que no sé explicar tanta abundancia / el desmesurado amor del corazón encendido...). De este modo vienen a la mente las palabras de Jesús, cuando el maestro dijo que "había venido a traer fuego" (Lc 12,49). ¡Si nuestras respuestas personales fueran como las que Francisco dio con su vida, aquel fuego estaría ya encendido!

DEL DOLOR DE LOS HOMBRES AL CRISTO CRUCIFICADO[2]

Los historiadores generalmente están de acuerdo: en 1206, después de un largo y complejo itinerario, el proceso de maduración de la conversión a Cristo, Francisco de Asís llegó a su plenitud; entonces tuvo inicio aquella extraordinaria experiencia de santidad que no ha dejado de ejercer su fascinación a través de los siglos.

En su *Testamento*, dictado poco antes de la muerte, el Santo mismo juzgó como pecaminosa su propia conducta de juventud. Decía que había sido un pecador antes que la gracia divina le indujera a revisar sus criterios de valor y de juicio. Tomás de Celano, su primer hagiógrafo, encuentra en la vanidad que lo dominaba la raíz de los pecados del joven: Francisco estaba lleno de vanagloria, deseoso de sobresalir en todo. Educado por sus padres de acuerdo a la vanidad del siglo, creció todavía más vanidoso y arrogante que ellos, buscando sobresalir sobre todos sus coetáneos; su misma generosidad nacía de una grandísima vanidad (1Cel 1,2).

2 Cf. *Cuando Francisco siguió a Cristo pasando a través de la "puerta estrecha" del dolor humano* (Octavo centenario de la conversión del Santo de Asís): *Osservatore Romano*, 25-26 septiembre 2006, p. 3.

Aun sabiendo que el punto de vista del autor de la Leyenda de los Tres Compañeros es totalmente diferente, sin embargo, termina sustancialmente confirmando el juicio de Tomás de Celano. El autor desconocido de esta obra describe con un realismo inusitado las costumbres juveniles de Francisco: se vestía –afirma– de un modo vistoso y excéntrico, haciéndose coser ropas todavía más suntuosas que las que correspondían a su condición social, y buscando siempre una nueva forma de distinguirse, llegaba a hacer coser al mismo tiempo, en el mismo vestido, telas preciosísimas con paños muy ordinarios (TC 2). Como se ve, no existe demasiada originalidad en tantas modas de los últimos años, que han fascinado tanto a los jóvenes de nuestro Occidente, ricos y a menudo aburridos.

Otro aspecto interesante del retrato de este joven rico es el que nos dice la Leyenda: que él dedicaba todas sus atenciones a los amigos; cuando tenía alguna cita se levantaba de inmediato de la mesa, sin siquiera haber terminado de comer, dejando a los padres entristecidos por su rápida marcha (TC 9). Un joven, en definitiva muy preocupado de sí mismo, de su propia imagen, entregado a los amigos, poco atento con sus padres, que en cambio le permitían ser lo que era e incluso gastar aún más de cuanto su condición le podía permitir. Un joven generoso, sí y alegre, pero también deseoso de llamar la atención y de que se hablara de él, poco atento, en el fondo, a los problemas más importantes de los otros. La generosidad misma que tenía hacia los pobres, no brotaba por la preocupación por su suerte, sino más bien como resultado del comportamiento noble que había elegido: un joven que ambicionaba entrar en las filas de la aristocracia no podía aparecer descortés y maleducado con los pobres (TC 2).

Este joven alejado de Dios se encontró, sin embargo, con el dolor humano. *"Cuando estaba en pecados* –afirmó en el Testamento– *me parecía muy amargo ver los leprosos, y el Señor me condujo en medio de ellos y practiqué misericordia con ellos. Y alejándome de ellos, lo que me parecía amargo se me cambió en dulzura del alma y del cuerpo. Y después de esto, permanecí un poco de tiempo, y salí del siglo" (Test 1.3).* En la Leyenda de los Tres Compañeros se pone en evidencia que la conversión coincidió con el comienzo de una lucha durísima que Francisco tuvo que sobrellevar consigo mismo y con su ciudad. La fuente subraya una serie de visitas –seis– a través de las cuales el Señor le reveló progresivamente su proyecto y le preparó para la revelación definitiva: la vida según la forma del Evangelio. Pero no fue un recorrido fácil.

Después que las primeras visitas le hubieran disuadido de aquellos primeros sueños originales de gloria y se había encaminado a la búsqueda de la voluntad de Dios, un día, mientras oraba, oyó la voz del Señor (estamos en la cuarta visita divina, según el relato de esta preciosa fuente hagiográfica) que le pedía que diera un giro a los criterios de valor y de juicio, olvidando todas aquellas cosas que hasta aquel momento había codiciado. *"Cuando comiences a actuar así –se le reveló– te parecerá insoportable y amargo todo lo que hasta ahora te resultaba atrayente y dulce; y de aquellas cosas que una día aborrecías, sacarás dulzura grande e inmensa suavidad" (TC 11).* Se inició, pues, una nueva etapa: confortado con aquellas palabras, Francisco se empeñó inmediatamente en ponerlas en práctica. Cabalgando por los entornos de Asís, resultó que se encontró con un leproso: siempre había sentido horror de aquellos enfermos, pero en esta ocasión, haciéndose violencia a sí mismo, bajó del caballo, besó la mano de aquel hombre –quizá apestada por la enfermedad– y le

ofreció una limosna; no solo eso, aceptó el beso de la paz que aquel leproso le ofrecía (TC 11).

Fue aquel, con toda seguridad, un momento decisivo. Desde entonces, precisa la *Leyenda*, comenzó a olvidarse de sí mismo, hasta llegar, con la gracia de Dios, a vencerse perfectamente: el texto latino *(magis ac magis)* da buena idea de la presión ejercida repetidamente sobre sí mismo, de aquel joven que se esforzaba en sentir como naturales actitudes y acciones que hasta entonces le resultaban repugnantes. Aquella primera victoria le fortaleció en su convicción y le insufló nuevo coraje. A los pocos días tomó consigo cierta cantidad considerable de dinero y se dirigió al hospicio de los leprosos donde les dejó la limosna, besando la mano de cada uno de aquellos enfermos. La nueva victoria le hizo un regalo inesperado: "Lo que antes le resultaba amargo, ver y tocar a los leprosos, se le transformó en verdad en dulzura" (*Ibidem*). En los años de su primera alegre juventud, Francisco se conmovía por la suerte de aquellos pobres desgraciados y les había dado limosna varias veces, pero se había limitado a hacerlo sirviéndose de otros. Ahora en cambio no enviaba limosnas, sino que las llevaba personalmente, entregándose él mismo. Y solo ahora recibía a cambio aquella secreta dulzura que jamás nadie ni nada del mundo habían sabido darle.

Mientras se encontraba metido en este afán interior, el Señor le visitó otra vez, revelándole que pronto le haría comprender claramente qué hacer. Todavía continuaba encontrándose con sus amigos, pero ahora ya se sentía cada vez más lejano a ellos; tanto es así que, para defenderse de su curiosidad y de la de aquella gente, que lo abordaban con preguntas capciosas, respondía a todos con respuestas sibilinas (TC 13).

Habían pasado pocos días y el Señor lo visitó por sexta vez. Pasando cerca de la iglesia de San Damián, Francisco sintió deseos de entrar. Mientras rezaba fervorosamente ante la imagen del Crucificado, oyó la voz del Señor que lo invitaba a reparar la casa. El joven interpretó aquellas palabras en un sentido material, y es que el pésimo estado en el que se encontraba aquella iglesita de campo daba pie a ello; por lo tanto, dio dinero al sacerdote para que comprara aceite para encender una lámpara ante el Crucifijo. Aquella intensa experiencia interior, sin embargo, lo llenó de alegría, iluminándolo totalmente, porque sentía dentro de sí que había sido Cristo mismo quien le había hablado. (TC 13). Raoul Manselli escribió que el encuentro con el Crucificado en la iglesita de san Damián "abre los ojos de Francisco y le indica el dolor de Cristo como un valor sobrehumano en la realidad de la existencia humana, como fuerza única y sola capaz de dar un significado y un sentido al dolor de los hombres, hasta tal punto de llevarlo a buscarlo y a aceptarlo en un acto de libertad, con tal de acercarse a Él[3]".

Este acontecimiento determinó definitivamente su salida del siglo: comenzó a vivir con los pobres, mientras sus conciudadanos no le comprendían y lo juzgaban como alguien sin juicio. Todo esto acarreó también una nueva, dura lucha de Francisco consigo mismo. Crecido entre comodidades, delicado por naturaleza, no le resultó fácil adquirir las "cualidades" necesarias para vivir como un verdadero pobre. A este respecto, la Leyenda de los Tres Compañeros resalta un detalle precioso: dice en efecto que los primeros seguidores se acercaron a Francisco dos años después de su conversión (TC 27). Ello indica que

3 R. Manselli. *San Francisco d'Assisi. Editio maior*, San Paolo, Cinisello Balsao (MI) 2002, p. 131.

Francisco quedó dos años en su ciudad viviendo entre los desamparados y, como ellos, mendigando comida en aquellas calles que él había recorrido a caballo y vestido con vestidos elegantes, mostrándose débil y juzgado por aquellas mismas personas que le habían envidiado por su riqueza y le habían considerado destinado a un gran porvenir, y todo esto no por la fuerza de nuevas convicciones sociales, sino como consecuencia de la *sequela Christi*.

Eligió, en efecto, seguir a Cristo pasando por la puerta estrecha, esforzándose en repetir, en su propia existencia, las opciones y comportamientos que fueron los de Cristo mientras vivió entre los hombres: eligió y recorrió hasta el fin el camino que había tomado, porque ahora ya no era su propio yo quien le guiaba, sino el deseo de mantenerse fiel a la voluntad de Dios...

UN DRAMA FAMILIAR TERRIBLE[4]

El Sínodo sobre la familia resultó importante por muchos aspectos, y no solo pastorales; nos llevó, en efecto, a reflexionar también sobre la historia de la Iglesia doméstica y sobre su incidencia en la vida de las personas. Si Timoteo, colaborador de Pablo, recibió en su casa los primeros rudimentos de la fe y de la doctrina, que le fueron transmitidos por su madre Eunice y por su abuela Loida (2Tim 1,5), otros santos, en cambio, no vivieron en familias tan ejemplares. Francisco de Asís, se sabe, fue tremendamente obstaculizado por los suyos. Una de las fuentes más ricas en noticias al respecto es, sin duda, la llamada *Leyenda de los tres Compañeros*.

Cuando el joven comenzó a mirar la realidad con ojos nuevos, narra la Leyenda, se propuso con más energía "en su corazón no rechazar jamás la limosna a ningún pobre que le pidiese por el amor de Dios, y además, darle más limosna y con más generosidad que de costumbre (TC 8). Desde aquel momento tomaron cuerpo también algunas "cosas extrañas" que, al menos en un primer momento, Francisco las guardó en privado. Después del coloquio

4 Cf. *Un grosso dramma familiare* (La decisione di Francesco di abbandonare tutto): *Osservatore Romano,* 4 octubre 2014, p.4

interior con el Crucificado en la iglesia de San Damián, comenzó, en cambio, a dar a conocer en público, con gestos incluso clamorosos, su profundo cambio interior. Montando sobre su caballo una carga de telas robadas en la tienda, se dirigió a Foligno, donde las vendió junto a su cabalgadura. Viendo que su hijo había desaparecido, el padre se puso a buscarlo; Francisco, sabiendo de qué iba el asunto, se refugió en una cueva donde permaneció todo un mes: solo uno de la familia conocía aquel refugio y de vez en cuando le llevaba comida. El período que permaneció en aquel antro, resultó para Francisco una purificación ulterior.

Un día –lleno de entusiasmo– dejó su refugio. Lo que sigue es el cuadro estupendo de un drama familiar terrible. En efecto, pronto corrió la voz de los alborotadores que le acompañaban como centellas en un campo de rastrojos, hasta que llegó a oídos de su padre, el cual, cuando comprendió que el asunto de aquel escarnio público era precisamente aquel hijo que desde hacía algún tiempo no le daba sino problemas, se echó sobre él y lo cogió de malas formas llevándolo a casa, donde lo encerró en un lugar oscuro buscando que cambiara de idea, primero con palabras, luego con golpes y cadenas (TC 17)

Un drama familiar llevado a la plaza, tal como hoy estamos acostumbrados a ver en tantos programas de entrevistas de pésima calidad y gusto, donde es dudoso –muy dudoso– el contenido mismo de aquellas peleas que hacen que los participantes se tiren de los pelos como bestias en la arena. Aquí, en cambio, el drama era verdadero, y saber que se estaba en la boca de todos, después de años de duro trabajo (que el trabajo fuera honesto no lo sabemos, pero sí que fue un trabajo duro), no era cosa agradable para Pedro, que había puesto tantas expectativas en aquel hijo

suyo. Esto terminó por aumentar su dolor y rabia, que no podía achacar sino a Francisco, única razón de todas sus desgracias.

Pero surgieron también otras tensiones familiares. En efecto, la madre, mientras el padre estaba fuera, sabiendo que Francisco no se iba a someter, lo libró de la prisión consintiendo de esta forma que pudiera volver a San Damián. Cuando Pedro de Bernardone regresó y se dio cuenta de la situación, descargó toda su rabia sobre su mujer, cuya complicidad se evidenció claramente (TC 18). Las tensiones iban en aumento y a tal punto se llegó que el padre intentó hacer un juicio a su hijo; este se desnudó delante del obispo y ante sus conciudadanos. Es muy preciosa la descripción del estado de ánimo de Pedro, que terminaba maldiciendo a su hijo cada vez que lo veía. Pero era una rabia que salía por un dolor muy fuerte, consecuencia de un amor que juzgó traicionado por aquel hijo amado. "Su padre, viéndolo así caído en un estado tan miserable, estaba lleno de un gran dolor. Lo había amado tanto que, viéndolo casi como un cadáver por las excesivas privaciones y por el frío, sentía tanta vergüenza y sufrimiento, que lo llenaba de maldiciones en cualquier lugar donde lo encontrara" (TC 23). La descripción es muy fuerte e incisiva y transmite al lector la certeza de un cambio en las partes. Mal estaba, no el joven que tenía que vérselas con un estilo de vida duro y áspero, al que no estaba acostumbrado, sino el padre, que vivía en la abundancia y comodidades. Tal es así que, mientras exalta la grandeza de Dios, que da fuerza a los débiles consintiendo vencer sobre los fuertes, el autor muestra también una compasión humana hacia un padre, que no había amado de forma adecuada a su hijo, pero que sin embargo lo había amado y no lograba aceptar su derrota.

Pero no era solo Pedro quien sufría, puesto que también Francisco sentía un dolor fuerte encontrándose privado de la figura paterna. En efecto, la fuente precisa que él, considerando las maldiciones que le dirigía su padre, se dirigió a un hombre pobre y despreciado y le pidió que quedara con él, prometiéndole parte de las limosnas si a cada maldición que le infligiera, hiciera sobre él el signo de la cruz, devolviéndole la bendición en lugar de la maldición. Precisa además que Francisco tomó a aquel hombre como padre *(assumpsit sibi in patrem)*, mostrando de esta forma la enorme necesidad que el joven tenía de la figura paterna. También las palabras que Francisco –según el autor– dirige al padre mientras el pobre lo bendecía, demuestran esta exigencia íntima: "¿No crees que Dios me puede dar un padre que me bendiga contra tus maldiciones"? (*Ibidem*). ¿Cuántas veces no habrá vuelto Francisco, a lo largo de los años, a las palabras del salmo (27,10): "Mi padre y mi madre me han abandonado, pero el Señor me ha acogido"? Y ¿cuáles habrán sido a este propósito sus sentimientos?

Diferente, menos dramático, pero no menos duro, fue el desencuentro con su hermano. La *Leyenda* recuerda uno solo, pero es de suponer que no haya sido el único. El autor cuenta que un día de invierno, mientras Francisco rezaba cubierto de pobres andrajos, allí cerca pasó su hermano carnal, quien –dirigiéndose a otro conciudadano– pronunció palabras de desprecio por la nueva situación del familiar. Este último, a su vez, le respondió con fervor de espíritu, utilizando la lengua francesa (*ibídem*).

Claro está que la vida enseña que el desgarro familiar se vive de un modo diferente entre los padres y los hijos; un padre es siempre un padre y difícilmente olvida a un hijo que se ha separado de él, cualquiera que haya sido la

razón de la separación. Un hermano, en cambio, se distancia más fácilmente del hermano cuando se producen disputas, hasta el punto de olvidarse del otro cuando ha habido una separación. Por eso, el hecho que el autor de la *Leyenda* no manifieste excesivas emociones a este respecto, está indicando no solo su capacidad de darse cuenta de la psicología de los protagonistas de la narración, sino que –diría incluso más– la certeza misma de la narración.

Por todo ello, Francisco no venía de una familia perfecta, sino, como tantas otras, de una familia cualquiera, con sus problemas. Con la ayuda de Dios, afrontó un verdadero recorrido de reconciliación consigo mismo y con los demás, que hizo de él una persona pacificada. Su historia está dando a entender que, con la ayuda de Dios, cualquiera podría hacer otro tanto...

¿NO VES QUE MI CASA ESTÁ CAYENDO?[5]

Por extraño que pueda parecer, el conocimiento de la verdadera forma de la cruz de San Damián, la representación del Crucificado más reproducida del mundo, es un descubrimiento reciente. Como dejó bien claro una investigación muy documentada de Servus Gieben[6], benemérito especialista capuchino fallecido en 2014, durante todo el siglo XIX aquel Crucifijo, del que muchos hablaban y escribían, era en realidad, al menos en sus rasgos, desconocido para la mayoría.

El testimonio más antiguo a este respecto narra que a Francisco, todavía en los comienzos de su proceso de conversión, mientras un día pasaba cerca de la iglesia de San Damián, "le fue dicho en espíritu que entrara a rezar. Entrando, se puso a orar con fervor delante de una imagen del Crucificado, que le habló con piedad y con benevolencia: "Francisco, ¿no ves que mi casa está cayendo? Vete, pues, y restáurala por mi". Temblando e impresionado,

5 Cf. *Non vedi che la mia casa sta crollando?* (La storia del Crocifisso di San Damiano): *L´Osservatore romano*, 5 de febrero de 2015, p. 4

6 Cf. S.GIEBEN, *Das Tafelkreuz von S. Damiano in der Geschichte. Mit einem ikonographischen Anhang*, en *Collectanea Franciscana* 71 (2001) pp. 47-63

respondió: "Lo haré encantado, Señor". Pero él había entendido que se trataba de aquella iglesia que, por su antigüedad, amenazaba una ruina inminente. Por aquellas palabras se colmó de tanta alegría y le inundó tanta luz, que en el alma sintió que era verdaderamente el mismo Cristo crucificado el que le hablaba a él" (TC 13).

La Iglesia de san Damián la habitarían después Clara y sus hermanas. Pero entre el 1257 y el 1260 las monjas se trasladaron al lugar donde reposaban los restos mortales de su Madre, en la basílica que estaban construyendo en honor de la nueva Santa (Clara fue canonizada en 1255 por Alejandro VI): al abandonar San Damián se llevaron aquel Crucifijo ante el cual habían orado durante tantos años. De este modo ya resultaba difícil acceder a él o quizá aquellos que se las ingeniaron para reproducir la Cruz de San Damián lo hicieron sin tener un conocimiento directo; el hecho es que sus representaciones –al menos hasta un diseño de Juste de St. Fleury, realizado en 1882 y publicado en 1885[7]– no se parecían al original. En cambio en estos últimos años, la parada silenciosa y orante ante aquel Crucifijo ha llegado a ser un momento esencial e insustituible para la inmensa mayoría de los peregrinos que se dirigen a Asís.

Sin embargo, aquel largo paréntesis durante el cual estuvo oculto a los ojos del público terminó por generar en algunos la duda de si eso que actualmente se conoce y se venera pueda no ser el mismo Crucifijo del que hablan las fuentes; duda que se extendió al público, sobre todo hace algunos años, con ocasión de la celebración del centenario de la conversión de Francisco de Asís (2006), cuando se puso aquel Crucifijo en el centro de una nueva aten-

7 Cf. *Ibidem* pp.61-62

ción. Pero algunos testimonios permiten que desaparezca toda sombra de duda a este respecto.

Recojo aquí dos testimonios tomados de las *Fuentes clarianas*, verdadera *summa* de los testimonios medievales sobre santa Clara de Asís, publicados en el año 2013 por Giovanni Boccali. La primera noticia aparece en el ms. de Asís 344, un códice de la segunda mitad del siglo XIV, escrito en parte por Fr. Giovanni Ioli, que fue bibliotecario del Sacro Convento de Asís. En la primera parte, el códice contiene el *Tractatus* de Fray Francesco Bartoli, sobre la indulgencia de la Porciúncula, donde anota algunas noticias sobre las indulgencias y reliquias que tienen que ver con la iglesia de San Damián. Entre otras cosas, allí se dice (folio 63ra) que algunos relicarios, antes custodiados en San Damián, se conservaban con gran respeto con las sagradas reliquias en Santa Clara de Asís, junto al Crucifijo que habló al beato Francisco en la iglesia de San Damián (Fonti clariane, num. 2124).

La segunda, todavía más importante, me parece, se encuentra en un códice en miniatura de la segunda mitad del siglo XV que contiene la *Legenda maior* de Buenaventura en un lenguaje alemán medieval: el texto y las miniaturas se atribuyen a la clarisa Sibilla de Bondorf, que en la segunda mitad de mil cuatrocientos y al comienzo del siglo siguiente tenía el oficio de elaborar miniaturas y era también copista en los monasterios de Friburgo y de Estrasburgo. En este mismo códice, después de su muerte, una clarisa anónima añadió algunas noticias: entre ellas, el testimonio pormenorizado de Corrado de Bondorf, quien aseguraba que el Crucifijo que había hablado a Francisco todavía "se custodiaba con gran reverencia en el monasterio en el que reposa físicamente nuestra beatísima madre santa Clara. Está pintado sobre madera y no es una

imagen tallada; es plano y no está levantado. Y cuando el Cristo de la imagen habló con él, diciéndole tres veces: "Francisco, vete, repara mi casa que ahora está cayendo", entonces la cabeza se levantó del madero, tal como normalmente están los crucifijos tallados. De esta forma, aun hoy, en estos días, el rostro está levantado de la pintura (...) Y esto lo ha visto el venerable, muy sabio doctor y reverendo padre custodio del Lago de Constanza, entonces lector en Estrasburgo, Fray Corrado de Bondorf, y dijo que se trataba de una pintura fea, vieja y descolorida, pero el rostro era gracioso y digno de veneración. Y esto lo vio en la vigilia de nuestra madre santa Clara (10 de agosto), cuando se contaba después del nacimiento de Cristo el año 1473" (*Ibidem* num 2161-2162).

El testimonio más antiguo acerca de la guarda celosa de aquel Crucifijo por parte de las monjas se contiene, sin embargo, en un sermón de san Buenaventura, pronunciado algún año después de la muerte de Clara. Se trata del sermón 57, que hasta ahora se conservaba en las ediciones de los Padres de Quaracchi (1901) y del padre Jacques Guy Bougerol (Paris 1993), que se basaban en el códice Troyes, Médiatheque, ms. 951. Pero solo desde hace algún tiempo, Aleksander Horowski ha dado a conocer un pasaje del mismo sermón en la redacción transmitida en el códice de Berlín, Staatsbibliothek, Theol Lat. Octavo 31, muy interesante para nuestra reflexión. En efecto, mientras en la redacción de Troyes se dice que el Cristo de la Cruz habló a Francisco no como a un extraño, sino como a un amigo especial, según venían diciendo las hermanas de San Damián (*ut servatur a sororibus Sancti Damiani*), en la redacción de Berlín (folio 47rb), transcrita, obviamente, por otro oyente diferente, se dice que Cristo le habló no de un modo ordinario, o sea, a través de una locución interior (*per internam inspirationem*), sino de un

modo del todo particular, puesto que con una voz sensible aquel Cristo, que conservaban las monjas de San Damián *(quem adhuc tenent moniales Sancti Damiani)*, le pidió que reparara la iglesia.

Testimonios, pues, importantes que documentan que las clarisas conservan desde siempre el Crucifijo que habló a san Francisco; el mismo que actualmente está expuesto en la Basílica de Santa Clara en Asís, dentro de la capilla de San Jorge. Aun hoy, aquel crucifijo habla al corazón de tanta gente, como un día habló al corazón del Santo...

CÓMO LO AMARGO SE VOLVIÓ DULCE[8]

El tema de la misericordia ha caracterizado el pontificado del papa Francisco desde los comienzos. En su primer *Angelus*, domingo 17 de marzo de 2013, comentando el episodio de la mujer adúltera salvada por Jesús (Jn 8,1-11), él recordaba que "el rostro de Dios es el de un padre misericordioso, que siempre tiene paciencia"; después, recordando unas palabras que le había dirigido una mujer de más de ochenta años, volvía a decir que "el Señor nunca se cansa de perdonar, pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón". Pocas semanas más tarde, a los sacerdotes que él mismo ordenó el cuarto domingo de Pascua, el domingo del Buen Pastor (21 de abril de 2013), pidió, "en nombre de Cristo y de la Iglesia: por favor, no os canséis de ser misericordiosos". Y se podrían encontrar fácilmente otros muchos ejemplos. Si la decisión de convocar un jubileo extraordinario, el *Año santo de la misericordia,* resultó una novedad inesperada y alegre, ello se dio, en todo caso, en total continuidad con el actuar de este Papa, extraordinario también él como su jubileo.

8 Cf. *Come l'amaro divenne dolce* (Francesco e la misericordia) *L'Osservatore Romano*, 26 de abril de 2013, p.4

Me parece que para comprender mejor el sentido de esta propuesta, puede ser útil, desde luego, preguntarse en qué términos Francisco de Asís –el santo de quien el Papa ha tomado el nombre– hablaba de la misericordia y saber cómo lo vivió. Poco antes de su muerte, mientras dictaba su *Testamento*, Francisco de Asís definió como un momento central de su propia conversión el encuentro con los leprosos y condenó como pecaminosa la conducta que había tenido con ellos en su juventud: "El Señor me concedió a mí, el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia: cuando todavía estaba en pecados me parecía muy amargo ver leprosos, y el Señor me condujo en medio de ellos y practiqué la misericordia con ellos. Y alejándome un poco de ellos, lo que me parecía amargo se me tornó en dulzura del alma y del cuerpo. Y después de un poco de tiempo, salí del mundo" (Test 1-3). El inicio de la conversión se caracteriza así como un "practicar la misericordia". Un hombre centrado sobre sí mismo –esta fue en definitiva, la raíz de sus pecados de juventud– fue capaz de ver los problemas de los otros hasta llegar a compartir, incluso en sus modos exteriores, la experiencia de vida de aquellos que a sus ojos representaban la presencia viva de Cristo en la historia de los hombres. "Piénsese –escribió Raoul Manselli– cómo debió ser el sufrimiento humano, la humillación sin parangón del hijo del rico mercader, que acepta bajarse al rango de aquellos que habían sido objeto de su compasión y de su misericordia"[9].

De aquella experiencia de misericordia nació, pues, un hombre nuevo, capaz de invertir los criterios de valoración y de juicio: lo amargo se convierte en dulce y lo

9 R. Manselli: *San Francesco dal dolore degli uomini al Crsto crocifisso* en *Id. Francesco e i suoi compagni* (Bibliotheca seraphico-capuccina, 46) Roma, 1995, p. 187

que antes aborrecía se transformó en razón de vida, hasta hacerse él mismo instrumento de misericordia. Probablemente, Francisco redactó la *Carta a un Ministro* en los meses que precedieron el Capítulo de 1223, en el que se revisó el texto de la Regla que había que presentar a la aprobación papal. Al ministro –hundido obviamente por los desencuentros con los hermanos que su rol de responsabilidad le acarreaban– señaló como opción de vida no la separación de los hermanos, sino la inmersión total en la fraternidad, lejos de toda defensa o de toda expectativa hacia los demás; luego metió el bisturí hasta el fondo de la herida: "Y en esto quiero conocer que amas al Señor y me amas a mí, siervo suyo y tuyo, si procedes así: que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido tu misericordia, si es que la busca. Y, si no busca misericordia, pregúntale tú si la quiere. Y si mil veces volviere a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor, y ten siempre misericordia de tales hermanos" (CtaM 7-10).

De acuerdo al mandamiento del evangelio (Mt 18,22), Francisco pedía, pues, al ministro que perdonara sinceramente, desde lo profundo de su corazón: el hermano que había pecado no tenía que escuchar una palabra de perdón (con las palabras se miente con más facilidad), sino leer en los ojos del ministro ofendido (que mienten con mayor dificultad), el perdón recibido. ¡No solo! El ministro mismo, siempre que el hermano que había pecado no lo hubiera hecho, tenía que pedir al hermano si quería recibir misericordia y tenía que amarlo todavía más que al mismísimo Francisco, con el único objetivo de atraerlo hacia el Señor, porque la salvación de los hermanos era entre todos el bien más precioso. Además: ¿no estaba acaso es-

crito en la Regla: "los hermanos muestren con las obras el amor que se tienen entre ellos?" (Rnb 17,6).

Y después concluía Francisco: "Y cuando puedas, notifica a los hermanos que por tu parte estás resuelto a comportarte así" (CtaM 12). El ministro, pues, tenía que empeñarse públicamente en afrontar este recorrido cuesta arriba, poniéndose de esta forma en manos de eventuales detractores que, en cualquier momento, podrían reprocharle su falta de coherencia con lo que había anunciado. Se le pedía, en definitiva, un ministerio de misericordia, con el objetivo de suscitar misericordia.

En la segunda parte de la Carta, a propósito de un texto que –a su juicio– había que incluirlo en la Regla, texto que el Capítulo después cambió notablemente, Francisco pedía todavía a todos sus hermanos que llegaran a tener conocimiento del pecado de algún hermano, tener "gran misericordia hacia él", "porque no son los sanos quienes necesitan del médico, sino los enfermos". Además, el custodio tenía que disponer "misericordiosamente" respecto al hermano que pecaba, del modo "como le gustaría se hiciera con él si se encontrase en un caso semejante". Todos los hermanos tenían que mostrar una gran misericordia hacia el hermano que pecaba y mantener en secreto su pecado (CtaM 14-15.17)

Francisco, todavía, insiste en la misericordia como si quisiera dar la impresión de exagerar. Porque, dice Santiago, "el juicio será sin misericordia contra los que no hayan practicado la misericordia; la misericordia, en cambio, saldrá victoriosa en el juicio" (Sant 2,13). Y como prueba del hecho que tenía bien presente este texto bíblico, él lo menciona expresamente en la segunda redacción de la Carta a los fieles, tal vez la última de sus cartas

escritas. Dirigiéndose a todos los cristianos, Francisco advertía: "Los que han recibido la potestad de juzgar a otros, ejerzan el juicio con misericordia, como ellos mismos desearían obtener misericordia del Señor; pues juicio sin misericordia tendrán los que no hacen misericordia" (2CtaF 28-29). Y todavía más: "Aquel a quien ha sido encomendada la obediencia y que es tenido por mayor, sea como el menor y siervo de los otros hermanos. Y con cada uno de los hermanos practique y tenga la misericordia que quisiera que se tuviera con él si estuviese en caso semejante. Y por el pecado del hermano, no se deje llevar por la ira, sino con toda paciencia y humildad amonéstelo y sopórtelo benignamente" (2CtaF 42-44).

El que escribía estas cosas era un hombre pacificado, capaz, a su vez, de transmitir una extraordinaria paz interior, como muestra la penúltima de sus Admoniciones que nos recuerda el eco de los discursos que hacía a sus hermanos en los últimos años de su vida: "Donde hay caridad y sabiduría, allí no hay temor ni ignorancia. Donde hay paciencia y humildad, allí no hay ni ira ni turbación. Donde está la pobreza con alegría, allí no hay codicia ni avaricia. Donde hay quietud y meditación, no hay preocupación ni disipación. Donde hay temor de Dios que guarda la entrada, no hay enemigo que tenga modo de entrar en la casa. Donde hay misericordia y discreción, no hay superfluidad ni endurecimiento" (Adm. 27).

El Francisco que emerge de todo esto es –como se decía– un hombre pacificado, forjado en el sufrimiento, encendido por el amor de Cristo, deseoso de comunicar a todos la salvación obtenida por el Señor. Es el hombre de la pascua, que ha experimentado la cruz hasta el punto de probar en su propia carne el dolor de los clavos, que ha luchado con el Señor frente a frente, que ha tenido incluso

sus momentos de debilidad y ha soportado la prueba de enormes tentaciones, pero que se ha mantenido fiel, porque fiel es aquel que por nuestro amor entregó su propio cuerpo a la muerte.

Por esto fue capaz de gozar de la vida, porque había entendido hasta el fondo su valor; sabía que todo pasa –decisión equivocada por ello el apostar por las cosas– y solo Dios queda.

FRANCISCO Y LA APROBACIÓN DEL SEÑOR PAPA[10]

Francisco, ¡un nombre nuevo! El hecho de llamar así a su propio hijo, después que la madre le había puesto el nombre –mucho más popular– de Juan, se debe a Pedro Bernardone, y, digámoslo enseguida, si no totalmente nuevo, no era de los nombres más usados. Así pues, un nombre "nuevo", como nueva fue la experiencia de vida del Santo de Asís. De igual modo, la elección del papa Bergoglio de tomar el nombre de Francisco, un nombre más utilizado hasta ahora por los soberanos que por los papas, es totalmente nueva en la historia de la Iglesia e indica –por su parte– una opción clara, como él mismo lo aclaró durante el encuentro con los periodistas, el sábado 16 de marzo de 2013.

Francisco, pues, en el corazón de la Iglesia de Roma, hacia la que el santo de Asís profesó siempre una devoción sin condiciones. En efecto, él conjugó la opción por Cristo y por su seguimiento con una clara y decidida opción de obediencia y de ortodoxia: son demasiadas y demasiado claras las declaraciones en este sentido para

10 Cf. *Francesco e la conferma del signore Papa*: *Osservatore Romano*, 13 de abril de 2013, p. 4

poder dudar de ello. Me parece emblemática precisamente la secuencia de los acontecimientos por él descritos en el *Testamento*. Hay que notar a este respecto que, en la primera parte del testamento, la así llamada "biográfica", Francisco hace referencia explícita hasta 7 veces a una intervención de Dios en su historia vocacional. De este modo él trataba de hacer comprender a los hermanos que los pasos fundamentales de su existencia habían sido guiados por Dios: que de Él había sido la iniciativa, a la que él había respondido con docilidad.

Sin embargo, Francisco quiso someter al discernimiento de la Sede Apostólica aquella intuición religiosa que le había sido revelada por el Señor: hay que considerar con mucha atención el sentido de este gesto, que tendría unas repercusiones enormes para la historia de la primitiva *fraternitas* y de la que luego será la Orden franciscana. En efecto, llama la atención la conexión temporal que, en el relato del *Testamento,* establece el santo entre la revelación de la vida según la forma del Evangelio y la decisión de someter al discernimiento del Papa la propuesta de vida que él y los suyos habían ido viendo poco a poco después de aquella revelación: "Después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo lo hice escribir en pocas palabras y sencillamente y el señor Papa me lo confirmó" (Test 14-15).

En la memoria de la Orden franciscana, el encuentro con Inocencio III terminó siendo algo de una relevancia absoluta. Pero es conveniente preguntarse a qué se redujo realmente. Tomás de Celano, que no pudo servirse del testimonio de los compañeros de Francisco, ofreció una versión de los hechos que no presentaba dificultad (cf. 1Cel

32-33), al menos por parte pontificia, y su relato lo utilizaron también otros autores que escribieron poco después de 1230. En cambio, Giovanni de Perugia, autor de la obra *Orígenes o la fundación de la Orden* (*Anónimo de Perusa*), que escribió antes de 1241, y que contaba con testimonios oculares (Bernardo y Gil, en primer lugar) trató de corregir la versión de Celano (AP 31-36) Los autores sucesivos se agarraron a estas dos tradiciones, no aportando en realidad nada nuevo, sino solo más signos prodigiosos, volviendo sobre los hechos dentro de una visión suya global. Todo esto hace difícil precisar con absoluta certeza el desarrollo de los acontecimientos, aunque es verdad que se pueden establecer los momentos esenciales.

En primer lugar, el motivo que llevó a Francisco y a los suyos a dirigirse al Papa fue la predicación. Esta hipótesis parece confirmarse, no solo por la multitud de alusiones que existen en las fuentes franciscanas, sino también por lo que afirma, en un relato interesante, Ruggero de Wendover, monje de la abadía inglesa de San Albano, muerto el año 1236. Según Ruggero, el Papa habría dicho a Francisco: "Toma sobre ti el oficio de tu predicación"; al final, Inocencio III confirmó el oficio de la predicación.

La primera reacción de Inocencio III no fue positiva. A este propósito, parece que habría que preferir el relato del llamado Anónimo de Perusa respecto a otras fuentes, no solo porque está más en línea con el modo de actuar de la Curia romana, sino porque incluso el mismo Tomás de Celano termina confirmando que el asentimiento del pontífice se resolvió con una prudente disposición a ver el desarrollo de los acontecimientos.

La actitud inicial de rechazo por parte de Inocencio III termina encontrando confirmación en una añadidura hecha

en la *Leggenda maior* por deseo de Jerónimo de Ascoli, sucesor de Buenaventura de Bagnoregio en el gobierno de la Orden (1274-1279) que después sería Papa con el nombre de Nicolás IV (1288-1292). Allí se especifica que el encuentro entre los dos tuvo lugar en el espacio del Palacio de Letrán llamado *Speculum* y que el pontífice, ocupado en profundas meditaciones, mandó fuera al siervo de Cristo de malas formas, como si no le conociera (LM III,9ª).

La acogida, pues, por parte de Inocencio III, por un lado, hay que volver a considerarla. Pero precisamente su postura de esperar –que confirma, en alguna medida una flexibilidad manifestada en otras ocasiones– cambió la suerte de los acontecimientos. Y este fue uno de los aspectos –y no de los menores– de la grandeza de este Papa.

Desde entonces, el texto que había sido presentado al Papa comenzó a enriquecerse progresivamente. En la redacción de este escrito los hermanos continuaron con el criterio que habían seguido hasta entonces: se redactaría el texto con la aportación de todos, porque todos participaban de la experiencia de vida en la que se encontraban envueltos. Los hermanos, que cada año se encontraban en Asís para el Capítulo, reflexionaban de este modo sobre los motivos de fondo de su opción, examinaban los problemas con los que se iban encontrando cuando iban por el mundo, ponían por escrito algunas normas fundamentales. En los años siguientes, revisaban los mismos preceptos, integrando, retocando, corrigiendo lo que con anterioridad habían fijado.

En el Capítulo General que tuvo lugar en Asís en Pentecostés de 1221 estuvo presente Raniero Capocci, cardenal diácono de Santa Maria en Cosmedin *(Giordano*, 16). En aquella circunstancia se completó, con el consentimiento

de los hermanos reunidos en asamblea, el texto de la Regla tal como había ido articulándose a través del tiempo. Sin embargo, esta redacción que pasó a la historia como *Regla no Bulada,* no obtuvo la aprobación papal. No obstante esto, de alguna forma el año 1221 representó también un nuevo punto de partida, porque se continuó trabajando en vistas a una aprobación definitiva. La *Carta a un Ministro* es un testimonio elocuente de este ajetreo incesante.

Fueron unos años difíciles, con continuos desencuentros entre Francisco y los hermanos, sobre todo con los ministros y aquellos que venían de los ambientes universitarios: muchos conflictos surgieron, precisamente, en torno a la redacción del texto de la Regla. Sin embargo, se llegó a la aprobación definitiva de la propuesta de vida codificada en el texto bulado de Honorio III, el 29 de noviembre de 1223 con la carta *Solet annuere*.

El texto se abre y termina con la exigente afirmación que los hermanos están obligados a observar el Evangelio: "La regla y vida de los hermanos menores es esta: observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo" (Rb 1,1); "...para que..., observemos la pobreza y la humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, que firmemente prometimos" (Rb 12,4). Todo el dictado parece, pues, una gran inclusión, que encuentra en este empeño la clave hermenéutica útil para comprender su sentido más auténtico. Un lector moderno se podría plantear si esta, en lugar de ser una opción consciente de los hermanos que redactaron el texto, no fue, más bien, fruto de una elucubración de estudiosos modernos, deseosos siempre de lecturas "ingeniosas", maniáticos de novedades.

Pero es verdad que uno de los textos "leoninos" conservados en la *"Leyenda de Perusa"* refiere algunas pa-

labras de Francisco quien, en contraste con los ministros, habría dicho: "A fin de que todos los hermanos sepan y conozcan que están obligados a observar la perfección del santo Evangelio, quiero que al comienzo y al final de la Regla se diga que los hermanos están obligados a observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo" (LP 102)

Y hay que pensar que no es una casualidad siquiera el hecho que coincidan la segunda y la penúltima afirmación de la Regla, en las que se proclama la plena comunión y obediencia de los hermanos a la Iglesia católica romana, y de un modo particular, al sucesor de Pedro, visible y presente en la Orden por medio de la figura del cardenal protector: "El hermano Francisco promete obediencia y reverencia al señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia romana" (Rb 1,2); "... para que siempre sometidos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica, observemos...." (Rb 12,4). La vida, pues, de la fraternidad se concreta en el programa de observar la pobreza y la humildad y el Evangelio de Jesucristo, en comunión con la Iglesia romana y en obediencia a ella.

El texto, fruto de diferentes manos, refleja indudablemente las almas que colaboraron en su redacción; sin embargo, queda indeleblemente impresa la huella de Francisco, ciertamente constatable en algunas expresiones y en el hecho de repetirse algunos verbos en primera persona, característicos de su léxico, como prueba el hecho que se repiten de la misma forma en otros escritos, sin duda también suyos.

La *Regla Bulada* codificaba, en cuanto era –y es– posible a un texto escrito, la riqueza del ideal franciscano. La aprobación de Honorio III hacía ahora su dictado defi-

nitivo, terminado en sí mismo y ya no sujeto a más cambios. Y sin embargo, por una de aquellas paradojas que a menudo caracterizan la vida de los hombres, incluso de hombres excepcionales como Francisco de Asís, precisamente el lograr este objetivo, al que había dedicado muchas energías, parece que para él es el comienzo de una nueva inquietud.

Unos cambios rápidos y continuos, además de tensiones mal llevadas, le llevaron de nuevo a intervenir y a dictar aquel *Testamento*, que según sus propias palabras, tenía el objetivo claro de presionar a los hermanos a observar "más católicamente la Regla" *(Test 34)* prometida al Señor.

Hacia 1220, los Hermanos menores estaban cada vez más implicados en la actividad pastoral: al mismo tiempo, los sacerdotes habían ido aumentando numéricamente e iban tomando cada vez más preponderancia dentro de la Orden. Implicarse en la actividad pastoral quería decir predicar, celebrar la misa, escuchar las confesiones de la gente.

La Iglesia necesitaba evangelizadores. De muchas partes se estaba pidiendo que también los Menores colaborasen en esta obra tan benemérita: insistían en esta dirección grandes sectores dentro de la Orden y también algunos hombres de la Curia romana que eran más sensibles a la reforma. Sin embargo, implicándose en la actividad pastoral, los Menores terminaron inevitablemente en discusiones con el episcopado (Rb 9,1); una Orden de itinerantes, por otro lado, fácilmente podía escaparse de todo control y ello favorecía, naturalmente, que surgieran prejuicios y preocupaciones.

Por ello, ¿cómo no dar crédito, al menos básicamente, a la situación descrita en un célebre texto de la tradición

leonina, conservado en la *Leyenda de Perusa* y en otras muchas fuentes, en el que León, el compañero fiel del Santo, testimonia que algunos hermanos dijeron a Francisco: "Padre, ¿no ves que algunos obispos a veces no nos dejan predicar, obligándonos a estar ociosos durante días en cualquier lugar antes que podamos hablar al pueblo? Sería conveniente que tú obtuvieras un privilegio del señor Papa, para la salvación de las almas". A esta propuesta, Francisco se opuso claramente, concluyendo: "Yo quiero este privilegio del Señor: no tener ningún privilegio de los hombres, excepto el de mostrar reverencia a todos y, en obediencia a la santa Regla, convertir a la gente más con el ejemplo que con las palabras" (LP 20)

Por eso, con el *Testamento* Francisco indicaba otro camino diferente. En este contexto resultan significativas sus afirmaciones: "El Señor me dio y me sigue dando una fe tan grande en los sacerdotes que viven según la norma de la santa Iglesia romana, por su ordenación, que si me viese perseguido, quiero recurrir a ellos. Y si tuviese tanta sabiduría como Salomón y me encontrase con algunos pobrecillos sacerdotes de este siglo, en las parroquias en que habitan, no quiero predicar al margen de su voluntad" (*Test 6-7*).

Son expresiones significativas, sacadas de una sección más amplia (Test 4-13) que se apoyan en la persona del sacerdote, donde Francisco reafirma con fuerza la plena fidelidad y sumisión a la Iglesia de Roma: los sacerdotes han de ser acogidos y venerados sin tener en cuenta su fragilidad y sus incoherencias, totalmente humanas; tienen que ser mirados con ojos de fe, "porque, del mismo Altísimo Hijo de Dios" no vemos "corporalmente, en este mundo, sino el santísimo cuerpo y su santísima sangre, que ellos reciben y solo ellos administran a los demás" (*Test 10*).

La de Francisco fue una existencia guiada por la fe: no una fe cualquiera en un Dios cualquiera, sino la fe en el Dios de Jesucristo, transmitida y custodiada por la Iglesia romana. Y a la Iglesia romana quiere él entregarse y su familia religiosa, imponiendo a los hermanos que pidan "al Señor Papa un cardenal de la santa Iglesia romana que sea gobernador, protector y corrector", para que, "siempre sometidos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica" puedan observar "la pobreza y la humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo" por ellos "firmemente prometido" (Rb 12,3-4). En esta fe él vivió y murió.

LO SUPERFLUO ES UN ROBO[11]

Algunos gestos de caridad del papa Francisco, realizados a través del limosnero apostólico, el cardenal Konrad Krajewski, han provocado una reflexión más amplia sobre el sentido de la limosna y sobre su práctica en la vida de la Iglesia.

Es un tema, en realidad, que siempre ha estado presente, porque constituye un aspecto esencial del problema más amplio de la relación del cristiano con la riqueza y con los bienes temporales, temas sobre los que Jesús insistió con fuerza. Los Padres de la Iglesia expresaron la convicción de que Dios había destinado los bienes de la tierra para todos los hombres, no solo para algunos; por ello, muchos de ellos defendieron que lo superfluo de pocos había sido, de alguna manera, arrebatado a las necesidades de muchos. Basilio el Grande, en una célebre homilía suya sobre la avaricia, lo afirmaba con mucha claridad: "Los bienes que has recibido –dice el obispo de Cesarea– para distribuir a todos, te los has apropiado. A quien desnuda a un hombre de sus vestidos se le llama saqueador, y el que no viste al que está desnudo, pudién-

11 Cf. *Il superfluo è un furto* (San Francesco e l'elemosina): *Osservatore Romano*, 9 de noviembre de 2013, p. 4.

dolo hacer, ¿qué nombre merece? Al que está de hambre le pertenece eso que tú has escondido; del desnudo es el manto que tú guardas en el armario; del que va descalzo, las sandalias enmohecidas que tienes tú; del pobre, el dinero que tú amontonas. De este modo tú cometes tantas injusticias cuantos pobres hubieras podido ayudar"[12]. En Occidente se hizo eco de él un autor como Gregorio Magno, que tuvo tanta influencia en el medioevo. En efecto, afirmaba el santo pontífice en su *Regla pastoral (III,21)*, que cuando damos lo que necesitan a los indigentes, no les damos lo que es nuestro, sino que les devolvemos lo que es de ellos.

Esta enseñanza estuvo muy presente en el concilio Vaticano II; los padres conciliares, en un texto de la *Gaudium et Spes*, expresaron de hecho la convicción que los bienes creados "tienen que repartirse entre todos según un criterio equitativo, teniendo como guía la justicia y como compañera la caridad. (...) El hombre, usando estos bienes, debe considerar las cosas exteriores que posee legítimamente, no solo como propias, sino también comunes, en el sentido que puedan ayudar no únicamente a él, sino a los demás. (...) Esto es lo que les parecía justo a los padres y doctores de la Iglesia cuando enseñaban que los hombres tienen la obligación de ayudar a los pobres, y no solo con lo superfluo. Quien se encuentra en extrema necesidad, tiene derecho de procurarse lo necesario de las riquezas ajenas. Considerando el número bastante numeroso de los que padecen hambre, el sagrado concilio reclama urgentemente a todos, tanto a cada uno personalmente como a las autoridades públicas, que –recordando la sentencia de los padres: "Alimenta a quien está muriendo de

12 Homilía VI,7 texto tomado de *Povertá e ricchezza nel cristianesimo primitivo*, de M.G. Mara, Roma, 1980, p. 172

hambre, porque si no lo alimentas, lo has matado"–, en verdad pongan a disposición y usen útilmente los propios bienes, cada uno según sus propios recursos, proveyendo a los particulares y a los pueblos los medios con los que puedan abastecerse a sí mismos y desarrollarse (GS 69).

De este modo, la limosna viene a ser una restitución: restitución a los pobres de cuanto se les ha quitado indebidamente. En los gestos y en la enseñanza de Francisco de Asís aparece claramente la herencia de la gran tradición patrística. En la *Regla no bulada,* él pedía a aquellos hermanos a los que la necesidad obligaba a ir a pedir limosna, no avergonzarse de ello, sino recordar "más bien que nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios vivo omnipotente, puso su rostro como piedra durísima, y no se avergonzó; y fue pobre y huésped y vivió de limosna, como también la bienaventurada Virgen y sus discípulos. Y cuando los hombres los avergüencen y no quieran darles limosna, den por ello gracias a Dios, pues por la vergüenza que pasan recibirán un gran honor ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo. Y sepan que la vergüenza no se imputa a los que la sufren, sino a los que la causan. Y la limosna es la herencia y justicia que se debe a los pobres, adquirida para nosotros por nuestro Señor Jesucristo" (Rnb 9,4-8).

La limosna, pues, como la justicia que se debe a los pobres. También para Francisco de Asís lo superfluo venía a ser como un robo. La idea viene en un "*dicho*" atribuido a él por el hermano León, quien asegura que Francisco "repetía a menudo estas palabras: no he sido nunca un ladrón. Quiero decir que de las limosnas, que son la herencia de los pobres, he cogido siempre menos de lo que necesitaba, a fin de no quitar a los demás pobres la parte que a ellos correspondía. Actuar de otra forma sería robar (*contrarium facere furtum esset)*" (LP 15).

Es verdad, ciertamente, que muchos de los textos considerados "leoninos" se caracterizan por un fuerte contenido polémico: en efecto, el dicho de Francisco sobre las limosnas aparecía como un evidente reclamo contra el peligro que se derivaba del pedir limosna, que había llegado a ser –desde hacía tiempo– como el medio de subsistencia ordinario de los hermanos, gracias a lo cual les era posible amontonar reservas incluso considerables, sin que temieran ya la precariedad cotidiana. Sin embargo, eso revela una extraordinaria consonancia, no solo en cuanto al contenido, sino incluso terminológica, con lo que se afirma en la *Regla no bulada*.

Parecidos conceptos, expresados también con algunas consonancias verbales, le fueron atribuidos también a Clara de Asís, como da a entender el testimonio de Cristiana de Bernardo de Suppo en su proceso de canonización. Ella dijo, en efecto, que cuando la Santa, deseosa de seguir las huellas de Cristo, se preparaba para vender la propia herencia, sus parientes, "le quisieron dar más precio que ninguno, y que ella no quiso vender a ellos, sino que vendió a otros, a fin de que los pobres no quedaran defraudados. Y todo aquello que recibió por la venta de su herencia, lo distribuyó a los pobres". Sor Cristiana decía que sabía esto "porque lo vio y lo oyó" (Proc, 11)

¿Está, por ello, tan lejos del verdadero pensamiento que en el *dicho* arriba recordado, el hermano León pueda haber referido palabras efectivamente pronunciadas –al menos en lo esencial– por Francisco mismo? Tal convicción aparece, a propósito, confirmada por una serie de episodios tomados de las fuentes de los que parece muy difícil dudar.

Afirmaciones fuertes, por ello, sea de parte de los Padres que de los santos de la Edad Media, como del reciente magisterio de la Iglesia. A alguno le pueden parecer exagerados, con la convicción de que los santos, a menudo, terminan por faltar al sentido común. En realidad, al final somos nosotros, hombres normales, aunque creyentes y practicantes, quienes con la excusa del sentido común terminamos a menudo poniendo el evangelio patas arriba.

FRANCISCO, LA PAZ, LAS ARMAS[13]

En un estudio brillante y ricamente documentado, Sandra Migliore demostró, hace ya muchos años, las diferentes relecturas a las que se vio sometida la figura de Francisco de Asís, entre el ochocientos y el novecientos, con resultados a menudo diferentes y hasta incluso opuestos, relecturas no rara vez infectadas de intereses partidistas[14]. Efectivamente, Francisco no deja de hacer hablar de sí y en cada época su biografía siempre ha sabido sorprender e inquietar.

Por eso es que también ahora, en un tiempo como el nuestro, sacudido por múltiples conflictos, algunos cotidianamente en primera línea, muchos otros –lo digo con pesar– triste y vergonzosamente olvidados, su enseñanza puede ofrecernos algún punto de reflexión útil. En efecto, ¿cuál fue su pensamiento, su modo de posicionarse ante la guerra y la paz, ante la muerte de los débiles y ante el poder de las armas?

Es verdad: en su juventud el mismo Francisco fue un hombre de armas: combatió contra los perusinos en

13 Cf. *San Francesco, la pace, le armi: Osservatore Romano*, 9 de octubre de 2004, p. 3.

14 S.MIGLIORE, *Mistica povertá. Riscritture francescane tra `800 e `900*. (Biblioteca seraphico-capuccina, 64) Roma, 2001.

la batalla de Collestrada, en la que cayó prisionero; no obstante, la dura experiencia de la cárcel no le desanimó, tanto es así que soñaba con volver a nuevas hazañas militares, con la esperanza de obtener gloria y rango social: él, burgués, quería llegar al rango de caballero, es decir, quería conquistar un título nobiliario. Después encontró al Señor, como Pablo en el camino de Damasco: no se trataba –como en el caso del Apóstol– de una iluminación fulgurante de golpe, sino de una progresiva maceración interior, que de una existencia auto-centrada lo condujo al final a un total olvido de sí mismo. Entendió entonces que no debía buscar su propia gloria, sino la gloria de Dios: aquel Dios "Príncipe de la Paz" (Is 9,5) que había venido a traer la paz que el mundo no le podía dar. (Jn 14,27), y que le pedía que metiera la espada en su funda (Mt 27,52). Fue haciéndose consciente del hecho que solo el Señor podía dar la paz a los hombres, en el momento en que estos estuvieran dispuestos a desenmascarar los mecanismos explosivos que se encontraban en su propio universo interior. En sus escritos aparece con mucha fuerza esta convicción.

En la *Regla no bulada* que terminó de redactarse en 1221, se afirma: "Cuando los hermanos van por el mundo, nada lleven para el camino (...) No resistan al malvado, antes bien, a quien les pegue en una mejilla, preséntenle también la otra" *(Rnb 14,1.4)*. En la *Regla bulada* (1223) se pide "tener humildad, paciencia en la persecución y en la enfermedad y amar a aquellos que nos persiguen, nos reprenden y nos acusan" (Rb 10,9-10). Y en el famoso *Cántico del Hermano Sol* Francisco exclama: "Loado seas mi Señor por los que perdonan por tu amor y sufren enfermedad y tribulación" *(Cant* 10).

Poco antes de Pentecostés de 1223, escribiendo a un hermano que ejercía el gobierno sobre otros hermanos,

pero que le hacían sufrir mucho, Francisco propuso la lógica paradójica y desarmante del Evangelio: "Te digo, como puedo, por lo que respecta a tu alma, que aquellas cosas que te impiden amar al Señor Dios y cualquiera que te ponga estorbo, se trate de hermanos o de otros, aunque lleguen a azotarte, debes considerarlo todo como gracia. Y quiérelo así y no otra cosa. Y cúmplelo por verdadera obediencia al Señor Dios y a mí, pues sé firmemente que esta es verdadera obediencia. Y ama a los que esto te hacen. Y no pretendas de ellos otra cosa, sino cuanto el Señor te dé. Y ámalos precisamente en esto y tú no exijas que sean cristianos mejores" *(CtaM 2-6)*.

Es interesante el capítulo 16 de la *Regla no bulada*, escrito muy probablemente después de la experiencia de Francisco en Tierra Santa, o sea entre 1220-1221: dos eran los modos como los hermanos que, por divina inspiración, querían ir entre los infieles podían comportarse espiritualmente entre ellos. "Un modo es que no provoquen litigios ni disputas, sino que estén sometidos a toda criatura humana por amor de Dios y confiesen que son cristianos. El otro modo es que, cuando vean que agrada a Dios, anuncien la palabra de Dios para que ellos crean en Dios omnipotente Padre e Hijo y Espíritu Santo" *(Rnb 16, 5-7)*. Por tanto, solo después de cerciorarse que esto agradaba al Señor, los hermanos podían evangelizar, anunciando a los musulmanes la fe trinitaria, al mismo tiempo que siempre era posible llevar una vida escondida, sin exponerse de ningún otro modo, solo a través de un testimonio mudo y silencioso, sin crear peleas ni jaleos y sometidos a toda criatura. No solo. En el mismo capítulo se recuerda a todos los hermanos que "en cualquier lugar en que se hallen, se han entregado y han abandonado sus cuerpos a nuestro Señor Jesucristo. Y por su amor deben exponerse a los enemigos tanto visibles como invisibles,

porque dice el Señor: Quien pierda su alma por mi causa, la salvará para la vida eterna" *(Rnb 16,10-11)*.

Todos estos testimonios concuerdan en afirmar que, durante su permanencia en las tierras de Ultramar, el Santo solo utilizó la Palabra de Dios, "que es más penetrante que un cuchillo de doble filo" *(Hebr. 4,12)*; una Palabra predicada al sobrino de Saladino, aquel Malik-al-Kamil que no se convirtió al cristianismo, como esperaba Francisco, pero que fue capaz de escuchar mostrándose magnánimo y tolerante. Un encuentro que sorprendió hasta tal punto que, no solo las fuentes de origen cristiano, sino también las fuentes islámicas narran y dejan huella de ello, aunque sea débil.

En la Regla franciscana no se habla nunca de las armas, a diferencia de las Reglas de las Órdenes religioso-militares, y ello por una razón muy simple: las armas eran algo extraño a la mentalidad de Francisco y de los suyos. Después de su conversión, Francisco fue, durante toda su vida, un apóstol de la paz. "En cada uno de sus sermones –afirma Tomás de Celano– antes de comunicar la Palabra de Dios al pueblo reunido, deseaba la paz diciendo: "El Señor os dé la paz". Anunciaba esta paz siempre sinceramente a hombres y mujeres, a todos cuantos encontraba o venían a donde él. De esta forma, muchos que odiaban la paz y la salvación propia, con la ayuda del Señor abrazaban la paz de todo corazón, llegando a ser ellos mismos hijos de esta paz y deseosos de la salvación eterna" (1Cel 23). Otros testimonios antiguos confirman también estas afirmaciones del primer biógrafo[15].

Una enseñanza muy clara la suya, tanto en la teoría como en la práctica. Basta pensar que apenas pocos años

15 Cf LP 19 ; TC 26

después de la muerte de Francisco, en 1233, Franciscanos y Dominicos emprendieron una grandiosa campaña de pacificación (conocida como el "Movimiento del *Alleluia*"), que implicó a diversas ciudades del norte y del centro de Italia, hasta lograr, en muchos casos, la adopción de nuevos estatutos ciudadanos: un hecho que demostraba cuál podía ser el fermento social que podía poner en marcha la utopía evangélica.

También es verdad que las condiciones cambian con el tiempo, los hombres cambian y la historia pide cada vez respuestas nuevas; en los ocho siglos de su historia, junto a los franciscanos empeñados en dar su aportación real y eficaz en la instauración de la paz, encontramos también otros que no dudaron en comprometerse en primera persona en episodios bélicos.

Tanto es así que, quizá algún año después de 1233 (es imposible fijar una fecha exacta), el hermano León de Perego, que incluso había sido muy activo en los tiempos del *Alleluia* y desde 1241 era arzobispo de Milán, empuñando él solo el estandarte, marchó delante del ejército de los milaneses que estaba en guerra contra las tropas del ejército de Federico II[16]. Y también es verdad que otro hermano, Fidencio de Padua, en la segunda mitad del mil doscientos, elaboró un verdadero y propio plan con multitud de estrategias militares, para reconquistar Tierra Santa[17]. Lógicamente, se podrían multiplicar los ejemplos en un sentido y en el otro.

16 Cf. SALIMBENE DE ADAM, *Cronica*, ed. G. Scalia (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, 125) Turnholti, 1998, p. 107

17 Cf. P. EVANGELISTI, *Fidenzio da Padova e la letteratutra crociato-missioanria minoritica. Strategie e modelli francescani per il dominio (XIII-XIV sec.)* (Istituto Italiano per gli Studi Storici in Napoli, 43), Bologna, 2000.

FUERTE EN LA DEBILIDAD PROPIA[18]

El viaje del papa Francisco a Tierra Santa, precisamente a los 50 años de la histórica peregrinación de Pablo VI, hizo recordar también el viaje de otro Francisco, el Santo de Asís, que en 1219 marchó hacia las tierras de Ultramar. Francisco amó a Cristo sobre todo y sobre todos, consciente de que el don de la fe, redescubierta en la edad adulta después de un encuentro lacerante –y liberador– con el dolor humano, era lo más importante que él había recibido en la vida. Por eso, resultan reductoras y poco acordes con la verdad algunas relecturas modernas que tratan de presentar la experiencia religiosa en clave irénica, como si, a sus ojos, una experiencia de fe fuera igual que otra, con tal que el creyente sea sinceramente amante de su Señor. Sin embargo, su experiencia de fe fue sin duda original: en tiempos no fáciles, él recorrió un camino diferente señalando a los hermanos que "por divina inspiración" habían pedido ir "entre los Sarracenos y otros infieles" (Rnb, 16,3) un ideal de testimonio silencioso y pacífico, cuyo objetivo primero ni siquiera era directamente proselitista.

18 Cf. *Forte della propia debolezza* (Il viaggio di san Francesco nelle terre d'Oltremare e l'incontro con il sultano): *Osservatore Romano*, 25 de mayo de 2014, p. 5

De modo que, en 1219, Francisco salió llevando consigo al hermano Iluminado *(LM, 9,8)*. Aquella experiencia de Francisco no pasó ciertamente inadvertida, dejando huellas además de en las "*vidas*" dedicadas a él en el mil doscientos –cosa, por otro lado previsible– también en autores no franciscanos e incluso en fuentes de matriz islámica, como probó hace ya varios decenios el gran islamista francés Louis Massignon. El testimonio más antiguo por parte cristiana es una carta de Jaime de Vitry, un prelado brabantino a quien el papa Inocencio III había nombrado obispo de Acri (Tolemaida) en el año 1216.

En 1220, en una carta dirigida, entre otros, al papa Honorio III, el prelado se mostraba dolido porque algunos de sus clérigos le habían abandonado para irse con los Menores; no obstante, hablando de su fundador no pudo evitar expresarse con un cierto halo de admiración. "Su maestro –escribió– que fundó esta Orden, y que vino hacia nuestro ejército, encendido por el celo de la fe, no tuvo reparos en ir en medio del ejército de nuestros enemigos y durante algunos días predicó a los Sarracenos la palabra de Dios, aunque con poco fruto" *(2Vitry 2)*.

No se puede decir, es verdad, que la expedición estuviera programada con cuidado. Ciertamente, provoca desconcierto al mismo tiempo que ternura el relato de Jordán de Giano; el cronista umbro, narra, en efecto, que Francisco, poniéndose a la búsqueda de su interlocutor, el Sultán Malik-al-Kamil, "antes de llegar a donde él, padeció muchas injurias y ofensas, y no conociendo su lengua gritaba, en medio de golpes: "*¡Sultán, Sultán!*". Y de esta forma fue conducido ante él y fue recibido con honores y acogido y cuidado muy humanamente en su enfermedad *(Jordán, 10)*. Sin intérprete alguno, sin ninguna mediación, se lanzó al ruedo con decisión. En el relato de Gior-

dano no aparece ningún gesto llamativo, ninguna señal celeste viene a librarlo de las manos de los adversarios: por ello es difícil pensar que nos encontremos ante una invención o reelaboración del cronista. El hombre de Dios aparecía fuerte únicamente de su debilidad, un hecho este, que resaltaba también la magnanimidad del sultán.

Algún tiempo después, Jaime de Vitry volvió a hablar de aquel encuentro, confirmando sustancialmente su versión precedente y, de alguna manera, también el relato de Giordano: "Nosotros hemos podido ver –escribió– al que es el primer fundador y el maestro de esta Orden (...). Él estaba revestido con tal exceso de amor y de fervor de espíritu que, habiendo llegado con el ejército cristiano a Damieta, en tierra de Egipto, quiso dirigirse valiente y provisto solo con el escudo de la fe, al campamento del Sultán de Egipto" *(VitryHoc 14)*.

En definitiva, la expedición terminó de hecho en nada. Y sin embargo, aquella salida, que para la razón humana puede parecer imprudente, produjo un "encuentro" cuya lección hay que meditar aun todavía hoy. Se encontraron frente a frente dos personajes tan diferentes, pero, bajo algún punto de vista, sorprendentemente parecidos: el uno –Francisco–, ignorante y desprovisto de todo, se dirigió al campamento del adversario haciéndose fuerte, no por la fuerza de las armas, sino "provisto solo con el escudo de la fe"; el otro –el Sultán Malik-al-Kamil– lo acogió "con honores" y lo cuidó "muy humanamente en su enfermedad". En el tiempo de las armas, supieron escucharse, logrando que por un breve tiempo las espadas se metieran en las fundas. Ninguno de los dos renunció a la fe propia, sin embargo aquella diversidad –incluso profunda– no impidió el encuentro, ni nadie negó la posibilidad de un cara a cara que pudiera alargase "durante algunos días".

De san Francisco se ha dicho y escrito todo y también todo lo contrario, hasta difundir –en el lenguaje vulgar– una imagen que desde muchos puntos de vista no es verdadera: un Francisco diferente cada vez, según las necesidades y las modas, que tiene poco que ver con aquel hombre de carne y hueso que Tomás de Celano describió que era: "de estatura mediana, tirando a pequeño" y que "en su incomparable humildad, demostraba toda la mansedumbre posible con todos, haciéndose con acierto al modo de ser de todos" (1Cel 83), que amaba a Cristo por encima de todo y de quien nada ni nadie hubiera podido separarlo.

Sin embargo, no es preciso forzar excesivamente las fuentes para confirmar su rechazo a una lógica basada en la "confrontación" religiosa. En este sentido su encuentro con el Sultán Malik-al-Kamil sorprende aun hoy, revelando una extraordinaria humanidad, capaz de escucha, comprensión y misericordia de parte de ambos protagonistas, al mismo tiempo el estilo de presencia que se propone en el capítulo 16 de la *Regla no bulada* revela toda su rabiosa actualidad. Y me parece que esta historia, junto con la lección que de ella se saca, fue una de las razones que le llevaron al papa Juan Pablo II a elegir la ciudad de Asís como lugar de los encuentros de oración por la paz.

A ocho siglos de distancia de aquellos hechos, debemos reconocer que todavía hoy esta es la profecía para el futuro, una profecía a la que son llamados, en primer lugar, todos los hijos de Abraham –hebreos, cristianos y musulmanes– y todos los que creen en Dios. Un camino que rehúye el irenismo a precio de mercado y exige respeto recíproco, acogida, conocimiento del otro; un camino que busca la verdad a través del encuentro y del diálogo, rechazando toda forma de violencia.

CUANDO FRANCISCO PREDIJO EL TERREMOTO[19]

Tomás de Eccleston, muerto poco después de 1259, en su obra sobre la llegada de los primeros Hermanos Menores a Inglaterra *(De Adventu fratrum Minorum in Angliam)*, nos dejó un extraordinario documento de la vida y de las costumbres de los hermanos, llegados más allá del Canal de La Mancha en 1224. Entre otras, Tomás narra los recuerdos del hermano Martin de Barton "que tuvo la suerte de ver frecuentemente a san Francisco" (Eccleston, 39).

Entre los recuerdos aparece el siguiente: "Un hermano que estaba rezando en Brescia, un día de Navidad fue encontrado ileso bajo los escombros de la iglesia, durante aquel terremoto que san Francisco había predicho y hecho anunciar por los hermanos en todas las escuelas de Bolonia, con una carta escrita en un latín vulgar *(in qua fuit falsum latinum)*. Este terremoto tuvo lugar antes de la guerra emprendida por el emperador Federico, y se prolongó durante 40 días, tanto que todas las montañas de la Lombardía (por "Lombardía" se entendía entonces,

19 Cf. *Quando Francesco predisse il terremoto* (Il sisma di Reggio e Bologna nelle cronache del Duecento): *Osservatore Romano*, 24 de septiembre de 2009, p. 4.

más o menos, todo el norte de Italia) se vieron sacudidas *(Ibidem)*.

¿Cuánto crédito podemos dar a este testimonio archiconocido, citado a menudo por los historiadores, los cuales, sin embargo, estaban más atentos al juicio sobre las capacidades literarias de Francisco que a discutir el hecho en sí mismo? Comencemos diciendo que precisamente la alusión al latín vulgar de Francisco pone ya una nota a favor del relato. En efecto, ¿qué razón le pudo llevar al cronista para inventarse una noticia de este género, qué interés podía tener al anotarlo? En realidad, los teólogos franciscanos y los biógrafos del Santo tratarán de no insistir mucho sobre este hecho, ya que el mismo Francisco ya se había autodefinido, en más de una ocasión, como ignorante e iletrado. Hacia la mitad del Doscientos la Orden estaba ya diseminada por todas partes donde los maestros franciscanos se sentaban en las cátedras universitarias más importantes: la ignorancia del fundador había llegado a ser ya una cuestión que molestaba.

No existen dudas sobre el hecho que un terrible terremoto sacudió el norte de Italia en el día de Navidad de 1222: la noticia la dieron muchísimos cronistas como para ahora ponerla en duda. Salimbene de Parma, locuaz como era su costumbre, no calla –ni siquiera en esta ocasión– detalles pintorescos: "En el día del nacimiento del Señor (1222) hubo un gran terremoto en la ciudad de Reggio, mientras en la catedral de Santa Maria, predicaba el obispo Nicolás de Reggio. Este terremoto llegó a toda la Lombardía y la Toscana, pero se le llamó de Brescia, porque allí fue su epicentro y los ciudadanos vivían en tiendas fuera de la ciudad, para que los edificios no se les cayeran encima *(Salimbene 2)*.

No se detiene aquí el relato del cronista, porque añade también referencias personales: "Mi madre me solía contar que durante aquel terremoto yo era todavía un niño de cuna, y ella cogió en brazos a mis dos hermanas (eran pequeñitas) y dejándome a mí en la cuna, se fue a casa de sus parientes. En efecto, temía que cayera sobre ella el baptisterio, porque mi casa estaba muy cerca de él. Por eso yo no la amaba demasiado, porque debiera haberse preocupado más de mí que era varón, pero ella decía que era más fácil llevar a las dos hermanas porque eran un poco más grandes" (*Ibidem*).

Es más. Algunos predicadores aludieron a esta previsión del terremoto que tuvo Francisco antes incluso que Tomas de Eccleston escribiera su obra. Entre los sermones de Juan de la Rochelle (+1245) se conserva, por ejemplo, uno que toma el comienzo de un conocido versículo bíblico *Creavit Deus hominem ad ymaginem et similitudinem suam* (Dios creó al hombre a su imagen y semejanza), publicado en 1979 por Jacques-Guy-Bougerol[20]. Aunque en esta edición el texto –que habla incluso de la presciencia de Francisco– no contiene ninguna referencia al terremoto, en los años más cercanos a nosotros, fue publicado de nuevo por Jean Désiré Rasolofoarimanana, quien encontró una versión con muchas variantes en un códice latino que se conserva en Munich: es posible que el mismo sermón fuera taquigrafiado por dos testimonios diferentes, presentando de este modo un número notable de variantes.

Pero, en la versión que se conserva en el manuscrito de Munich, se afirma que Francisco "fue conformado

20 Cf. J. D. BOUGEROL, *La teorizzazione dell'esperienza di S. Francesco negli autori francescani pre-bonaventurianii*, en *Lettura biblioco-teologica delle fonti francescane*, a cura di G. Cardaropoli e M. Conti, Roma 1979, pp. 257-260)

al Hijo en la presciencia de las cosas futuras, puesto que preanunció mucho antes un terremoto a los estudiantes y predijo también el papado de Gregorio IX"[21]. Algunos años más tarde, un cardenal anónimo tomó ese mismo sermón como modelo: el texto pronunciado por el purpurado se publicó en un primer momento entre los *sermones* de Buenaventura, en el volumen IX de *Opera omnia,* pero tal como demostró Ignatius Brady[22], eso no puede ser del doctor seráfico. También el sermón publicado por los Padres de Quaracchi hace una referencia al terremoto: san Francisco, se dice, "predijo el día y la hora de un terremoto que iba a tener lugar, y así sucedió, según lo que había predicho". El anónimo cardenal (¿Odo de Châteauroux?) tomó de este modo como modelo un texto parecido a aquel transmitido por el manuscrito de Munich.

De modo que es verdad que la noticia de una previsión del terremoto por parte de Francisco corrió entre los hermanos, independientemente de los recuerdos del hermano Martin de Barton, y así mismo el hecho que el Santo mandó hacer público el anuncio a los estudiantes. Y también es verdad que en el 1222 Francisco fue a Bolonia, seguramente en la mitad de agosto. Nos dejó un recuerdo vivísimo Tomás de Espalato, archidiácono y luego obispo de su misma ciudad, que siendo joven había completado su formación intelectual en la ciudad de Bolonia, o sea, en uno de los *Studia* más célebres de Europa: "En aquel mismo año (1222) –escribe– en la fiesta de la Asunción de la Madre de Dios, encontrándome en el Estudio de Bologna, vi a san Francisco que predicaba en la plaza que

21 Cf J. D. Rasolofoarimanana, *Jean de La rochelle et Anonime. Trois Sermons de* Sanctis *sur saint François d'Assise dans le ms .Clm 7776*, en *Frate Francesco* 67(2001), p. 63, rr 60-62.

22 Cf. I. BRADY, *Saint Bonaventure's Sermons on saint Francis*, en *Franziskanische Studien* 58 (1976), pp. 129-141.

está delante del palacio comunal, donde estaba reunida, se puede decir, casi toda la ciudad. (...) Toda la substancia de sus palabras trataba de apagar las enemistades y poner las bases de nuevos pactos de paz. Llevaba un hábito sucio; la persona era despreciable, el rostro sin belleza. Sin embargo, Dios concedió tal gracia a sus palabras, que muchas familias señoriales, entre las que el furor inolvidable de viejas enemistades había prendido hasta el derramamiento de mucha sangre, ahora se inclinaban a los consejos de paz. Después la muchedumbre daba muestras muy grandes de reverencia y de devoción, hasta tal punto que hombres y mujeres se lanzaban de cualquier forma sobre él con el ansia de tocar al menos los flecos de su vestido o de quitarle un jirón de sus paños".

Claro, de la Asunción a Navidad hay más de cuatro meses, y en este lapso de tiempo pueden ocurrir muchas cosas. No sabemos cuánto tiempo quedó Francisco en Bolonia, y no obstante son más los indicios que llevan a creer la noticia (al menos en lo esencial) que los que invitan a dejarlo de lado. Qué ha podido ocurrir en sus detalles es muy difícil saberlo; no sabemos cuál fue la reacción de los interesados, pero no resulta peregrino pensar que, en previsión de aquel acontecimiento terrible, Francisco lanzara un aviso serio a los ciudadanos de Bolonia.

LA HERIDA[23]

La Constitución 13 del Concilio IV de Letrán estableció que cualquiera que, en adelante, quisiera "convertirse" a la vida religiosa, tendría que abrazar "una regla ya aprobada". Francisco de Asís, sin embargo, con la redacción y después con la aprobación pontificia, pidió y al fin logró una derogación de las decisiones del Concilio. Se ha reflexionado mucho sobre las relaciones de Francisco con la Sede romana, de forma particular con el cardenal Hugo de Ostia, pero todavía hay que profundizar más sobre el argumento.

El hermano León testimonia que durante el famoso Capítulo de las Esteras (muy probablemente, en Pentecostés de 1223), algunos hermanos intervinieron ante el cardenal Hugo para que convenciera a Francisco a seguir sus consejos y tomar como punto de referencia una de las grandes reglas ya aprobadas. Francisco escuchó la exhortación del Cardenal, pero después lo cogió de la mano y lo llevó ante los hermanos reunidos en Capítulo, a los que dirigió un discurso vibrante, volviendo a afirmar la negativa a cualquier decisión que pudiera de alguna manera desnaturalizar su intuición religiosa y pronunciando palabras muy duras contra aquellos que se dejaban conducir

23 Cf. *La ferita: Osservatore Romano*, 20 de noviembre de 2015, p. 4

por su propia "ciencia y sabiduría"; "entonces el cardenal quedó sorprendido y no respondió nada, y todos los hermanos se llenaron de temor" (LP 18).

Nada hace pensar que la iniciativa hubiese partido del cardenal de Ostia. Los hermanos que lo interpelaron no pedían en realidad nada impropio; al contrario, se movían dentro de la estela de las decisiones conciliares. ¿Podía el cardenal, ante tales peticiones, oponer un rechazo, que inevitablemente terminaría por oponerse a la letra y el espíritu de aquel Concilio?

Fue Francisco el que quiso seguir hasta el final por un recorrido cuesta arriba. Al cardenal no le fue posible más que una sola reacción, digna de un diplomático fino y experto, como era, en definitiva, Hugo de Ostia: sorprenderse y callar. Decidió de este modo recorrer el camino más peligroso, o sea, colaborar en el texto que Francisco quería presentar a la aprobación pontificia y ayudarle a él y a sus hermanos en el arduo camino hacia la aprobación.

La discutible decisión, que de hecho constituía un precedente peligroso para la Curia Romana, resultó posible gracias a una *fictio iuris*, de la que todos eran conscientes. La poderosa y capaz mediación del cardenal de Ostia hizo posible alcanzar el objetivo: se entiende que el mismo Hugo debió superar notables dificultades y oposiciones, a las que pudo oponer, sin embargo, no solo su capacidad jurídica, sino todo el peso de su propia autoridad. No sabremos nunca lo que sucedió en los meses precedentes a la aprobación pontificia; lo cierto es que Honorio III, en la *dispositio*, de la *Solet annuere*, la carta con la que confirmaba el 29 de noviembre de 1223 la Regla Franciscana, terminó afirmando lo que se había guardado declarar en las cartas precedentes: "Os confirmamos, con la

autoridad apostólica, la regla de vuestra Orden, aprobada por nuestro predecesor papa Inocencio de feliz memoria y transcrita en esta carta". Honorio III, pues, distinguió la *approbatio* de la *confirma,* atribuyéndose a sí mismo solo esta última y otorgando la primera, es decir, la *approbatio*, a su predecesor Inocencio III.

Hugo de Ostia no podía y no quería renunciar a la aportación de la nueva familia religiosa. Encontrándose ante la determinación de Francisco, el cardenal prefirió hacer caso a aquel de quien pensaba de todas formas que era un hombre de Dios y apoyarlo en su requisitoria, aunque haciendo así Hugo de Ostia terminó por ir contra su propio parecer y contra el estilo por él adoptado precedentemente. Pero lo que estaba en juego era demasiado importante y él no quiso arriesgar ni, quizá, se lo podía permitir.

Algún año después el mismo cardenal, pero siendo ahora papa Gregorio IX, en una situación de evidente dificultad para la Iglesia, apostó decisivamente por las nuevas Órdenes mendicantes, cuyos miembros serán progresivamente distinguidos como los obreros de la hora undécima. La herida que se le había infligido al concilio IV de Letrán con la confirmación de la Regla franciscana por parte Honorio III tenía al fin su razón de ser...

EL REY POBRE[24]

A estas alturas existe una convicción asentada que fue san Francisco el que inventó el pesebre en la celebración que él tuvo en Greccio, en 1223. ¿Fue así de verdad? Y si no, ¿qué relación existe entre el Santo de Asís y esta bella tradición de navidad, que sería bueno potenciarla cada vez más? Recordemos antes de nada, los hechos. En Greccio, Francisco dispone lo necesario para celebrar de un modo digno la eucaristía aquel día solemne: con la ayuda de un hombre de la zona, de nombre Juan, hizo poner paja en un pesebre y mandó encontrar hasta un buey y un asno, para que todos pudieran ver, con "los ojos del cuerpo", de qué modo el niño Jesús había nacido en Betlehem, privado de todo lo que es necesario para un niño. Juan preparó cada cosa según las indicaciones que había recibido: en aquella circunstancia solemnísima el pueblo corrió en masa llevando cirios y antorchas; después de meditar la grandeza del misterio, representado visiblemente gracias a la escena que Francisco había hecho preparar, pusieron un altar sobre el pesebre y celebraron la eucaristía; Francisco, diácono, proclamó el evangelio y predicó al pueblo, hablando con mucho entusiasmo sobre aquel misterio:

24 Cf. *Il re povero* (San Francesco a Greccio nel Natale del 1223): *Osservator Romano*, 28-29 de diciembre de 2015, p. 4

acabada la celebración, todos volvieron a sus propias casas llenos de alegría. Este, en resumen, el relato de Tomás de Celano, que fue el primero que narró este episodio en su *Vida del beato Francisco*, escrita entre el 1228 y 1229 (1Cel 84-86).

Del relato que hace Tomás no se deduce, por tanto, de ningún modo, que Francisco hubiera pensado montar un espectáculo con el pesebre, como nosotros lo entendemos hoy, pura representación de un misterio de fe; más bien, él quiso recrear las condiciones para un encuentro real con el misterio de la encarnación del Señor. El Niño no estaba en el pesebre (ni siquiera nadie interpretó el papel de José y de María), sino que sobre aquel mismo pesebre se celebró el sacrificio eucarístico, porque para Francisco ambas realidades –la eucaristía y la encarnación– llevaban a la misma opción de fondo, la opción de un Dios que se humilla, que se vacía de sus prerrogativas divinas, por la salvación del hombre.

El pensamiento de Francisco está suficientemente claro a este propósito, y está en sintonía con el pensamiento de otros muchos autores espirituales del tiempo. ""Ved que diariamente se humilla –escribe en la Admonición 1–, como cuando desde el trono real descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros Él mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote" (Adm 1,16-18). La eucaristía prolonga, pues, la encarnación de Cristo en la historia y, al mismo tiempo, exige que –como Cristo– sepamos desapropiarnos de todo, sin retener para nosotros nada de nosotros mismos. Lo proclama a voz en grito, Francisco, en un pasaje lleno de lirismo en la *Carta a toda la Orden:* "¡Tiemble el hombre entero, estremézcase el mundo entero y salte de gozo el cielo cuando Cristo, el Hijo del Dios

vivo, se encuentra sobre el altar en manos del sacerdote! ¡Oh admirable celsitud y asombrosa condescendencia! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad: que el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan! Mirad, hermanos, la humildad de Dios y derramad ante Él vuestros corazones; humillaos también vosotros, para ser enaltecidos por Él. Por consiguiente, nada de vosotros retengáis para vosotros mismos, para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega" (*CtaO 26-29*). Desapropiarse de todo, incluso de cualquier expectativa de los otros. En la Navidad de 1223 Francisco quiso recordar, otra vez, esta realidad, representándola visiblemente a los habitantes de Greccio y a los del pueblo vecino.

Es conveniente pararse en lo que Tomás de Celano refiere sobre los contenidos y las modalidades de la predicación de Francisco. La hagiografía afirma que el santo, aquella noche, predicó sobre el nacimiento del Rey pobre y sobre Betlehem, pequeña ciudad. Por eso, el eje de la predicación de Francisco aquella noche miraba a contemplar los modos elegidos por el Hijo de Dios para su entrada en la historia de los hombres: el rey era un pobre, la ciudad en la que había nacido era una ciudad pequeñita. Se trata, no hay duda, de un tema que aparece a menudo en la meditación de Francisco y en su propuesta de vida cristiana.

Muy interesantes, además, las anotaciones del hagiógrafo sobre los modos de aquella predicación. Tomás afirma, en efecto, que cuando Francisco pronunciaba la palabra "Betlehem", lo hacía llenándose la boca de tierno afecto y produciendo (obviamente con la reiteración de la primera "e") un sonido semejante al balido de una oveja, y cada vez que decía "niño de Betlehem", o incluso "Jesús"

se lamía los labios y engullía, como si estuviera gustando la dulzura de aquellas palabras. Tomás –por otra parte– es –entre los hagiógrafos– el que mejor nos informa sobre el modo en que Francisco utilizaba todos los recursos del cuerpo y de la voz para comunicar sus propios sentimientos, hasta el punto de afirmar que él había convertido en lengua todo su cuerpo *(1Cel 97)*.

El Señor, pues, nacía una vez más, humilde y pobre como en Betlehem, y pedía a los hombres que siguieran sus huellas. El misterio de la encarnación y el sacrificio eucarístico, firmemente unidos en la celebración querida por Francisco (es importante recordar que la eucaristía se celebró sobre el pesebre que él había mandado preparar expresamente), confirmaban una opción irrevocable de parte del Hijo de Dios. Entre otras cosas, Tomás de Celano dice expresamente que "la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión" de Jesucristo ocupaban tanto la mente de Francisco, que no quería pensar en ninguna otra cosa.

Es bueno que lo repitamos: ¡Francisco no quería recrear un pesebre! No había ningún niño en aquel pesebre y el mismo Tomás se apresura a explicar bien el sentido de la visión que tuvo uno de los presentes, hombre –precisa él– de admirables virtudes. Este había visto que en el pesebre yacía un niño, el cual, sin embargo, al acercarse Francisco, se había despertado de su profundo sopor. Esta visión, aclara Tomás, no estaba en contradicción con la realidad de las cosas, puesto que, a través de su siervo Francisco, el niño Jesús se había despertado en el corazón de muchos que lo habían olvidado.

¿Cómo justificar, entonces, el continuar con un malentendido que ve en el acontecimiento de Greccio el primer pesebre de la historia y en Francisco el inventor de esta

pía tradición? Se trata, en realidad, de una tergiversación totalmente moderna: basta decir que no existe ningún rastro en el medioevo, como demuestra claramente el hecho que para tener una afirmación explícita en este sentido habrá que esperar hasta 1581, hasta Juan Francisco Nuño, un franciscano español que vivía en Araceli. En cambio es verdad que la noche de Greccio tuvo una gran influencia en la posterior difusión del pesebre (piénsese, por otra parte, qué instrumento de catequesis más extraordinario resultaba en la polémica contra la herejía cátara, que negaba la encarnación y la humanidad de Cristo).

Sin embargo, el mensaje lanzado por Francisco en la Navidad de 1223 fue mucho más profundo y comprometido: un mensaje que era una invitación a acoger la propuesta de Jesús y seguir sus huellas, en la humildad, en la pobreza, en la expropiación total de sí mismo. Cosa que Francisco hizo con decisión y con firmeza, hasta el final.

AQUEL ESPACIO BLANCO SIN NOTAS[25]

Para la ansiada encíclica sobre el medio ambiente, el papa Francisco se inspiró en el *Cántico del hermano Sol*, uniendo de esta forma el documento con el santo del que tomó el nombre. Para aquellos versos Francisco de Asís había compuesto hasta la música, que, por desgracia, se perdió: en el manuscrito de Asís nº 338, en el folio 33r, se dejó de hecho un espacio inicial donde hubieran tenido que ir las notas musicales que, por desgracia, ¡quedó en blanco!

Este manuscrito es, por otra parte, un antiguo testimonio documental del *Cántico*, porque la parte del códice en el que fue transcrito se remonta al año 1240: una reliquia, por ello, de muchísimo valor. La rúbrica que está en la introducción del texto dice: *Comienzan las Alabanzas de las criaturas que el beato Francisco compuso a gloria y honor de Dios cuando estaba enfermo en San Damián.* Francisco, pues, las redactó cuando estaba enfermo. Observando los versos, se ha llegado casi a pensar en jardines llenos de flores y de hierbas verdes, con fuentecillas rebosantes y con pajarillos que gorjeaban; sin embargo,

25 Cf. *Quello spazio bianco senza note* (Francesco e la genesi del Cántico di Frate Sole*): Osservatore Romano,* 15-16 de junio de 2015, p. 4

aquellas *Alabanzas* fueron escritas en un momento particularmente difícil.

Efectivamente, el testimonio detallado de los Compañeros del Santo nos permite atestiguar que Francisco las compuso en varios momentos diferentes, incluso distantes en el tiempo.

En los primeros meses de 1225 Francisco estuvo más de cincuenta días en San Damián, enfermo como estaba con terribles sufrimientos. Una noche no podía más e invocó el auxilio del Señor, que en espíritu le respondió: "Hermano, alégrate y goza de corazón en tus enfermedades" (LP 83); la mañana siguiente comenzó a componer el *Cántico del hermano Sol*. Aquella poesía que durante siglos ha dado paz y consuelo a millones y millones de hombres, nació, pues, en un momento de dolor, eco de un alma profundamente pacificada y por tanto capaz de invitar a todas las criaturas a la alabanza de Dios.

Aquel texto después fue completándose y perfeccionando con el tiempo. De hecho, mientras todavía Francisco estaba enfermo en San Damián, se desató una pelea entre el obispo y el podestá de Asís: Francisco, entonces, hizo añadir al *Cántico* la estrofa del perdón y envió a dos de sus compañeros para que lo cantasen a los contendientes, los cuales, después de haberlo escuchado, se abrazaron (LP 84). La composición, por fin, se acabó de redactar al final de la vida de Francisco. Con total consciencia él se dio cuenta "del momento". Después que, en su cabecera, el médico le reveló sus verdaderas condiciones de salud, Francisco comenzó a alabar al Señor: "Bienvenida, hermana muerte" LP 100). Del mismo modo, un compañero le habló con franqueza; también en ese momento Francisco no dejó de alabar al Señor, después hizo llamar al hermano León y al hermano Ángel para que le can-

tasen el *Cántico del hermano sol* y antes de la última estrofa añadió la alabanza de la hermana muerte (LP 7).

Es cierto que muchos aspectos de la personalidad de Francisco se han solido exagerar con frecuencia, otros se han solido sacar de su contexto y privados de la fuente que los inspiraba, cuando no totalmente inventados por la fantasía de algunos comentaristas. En realidad, la raíz de cada uno de sus comportamientos se encuentra en la relación que él supo reconstruir con aquel Dios a quien no había prestado atención durante buena parte de su vida. Cuando llegó por fin a opciones definitivas con la decisión de salir del siglo, o sea, con el abandono de los valores que persigue el mundo (y que hasta la edad de veinticuatro años habían sido también los suyos) para redescubrir la bondad y la paternidad de Dios, todo adquirió un sentido diferente: los pobres le manifestaron el rostro de Dios, los enemigos llegaron a ser personas a las que hay que amar, los animales sus hermanos más pequeños, todo lo creado se volvió a sus ojos como la huella del Creador.

Entonces llegó al convencimiento de que no solo los hombres están llamados a la alabanza de Dios, sino tota la creación. La creación toda en su integridad es la que está llamada a celebrar la gloria del Creador: hombres, animales, plantas, viento, agua, fuego, astros celestes y toda criatura inanimada. Solo en este contexto podemos comprender en su verdadera y plena luz el *Cántico del hermano Sol*.

Este es el punto principal del discurso de Francisco: toda la creación está llamada a alabar al Señor, pero sobre todo es el hombre que ha sido puesto en la cúspide el que debe sentirse llamado a ello, porque le ha sido dado todo para que se sirva de ello y lo restituya al Creador. Vuelve, con otros términos, el concepto de la restitución: desde el

momento que Dios es el dador de todo bien, se le deben devolver todos los bienes. Es preciso reconducir toda la creación hacia Él, para que toda ella lo alabe y hable de Él. La violencia hacia la creación significa, por lo tanto, la violencia hacia Dios mismo.

El verdadero drama consiste en que las criaturas sirven al Señor bastante mejor que el hombre, puesto que, mientras aquellas obedecen al Creador, estos le vuelven tranquilamente la espalda. Son conceptos que Francisco expresa de un modo eficaz en la quinta de sus *Admoniciones*: "Considera, ¡oh hombre!, en cuán grande excelencia te ha constituido el Señor Dios, pues te creó y formó a imagen de su querido Hijo según el cuerpo y a su semejanza según el espíritu. Y todas las criaturas que están bajo el cielo sirven, conocen y obedecen, a su modo, a su Creador mejor que tú (Adm. 5,1-2).

No se puede, pues, comprender la disposición de Francisco respecto a la creación y respecto a los animales fuera de un horizonte teocéntrico, es decir, prescindiendo de Dios y de la obediencia que se le debe. El respeto del medio ambiente pasa a través del respeto y la deferencia al Creador: Francisco era efectivamente muy consciente que Dios había creado el universo como un jardín y quería que el hombre, reconquistado con la sangre de Cristo, volviese a obedecerle, de forma que así podría recobrar finalmente el estado paradisíaco inicial. La obediencia, hermana de la caridad, virtud poco amada siempre, pide al hombre el adecuar sus proyectos a los proyectos de Dios; una obediencia que se debe "no solo al Padre que está en los cielos, sino también al proyecto de vida que él ha inscrito en la entera familia de sus criaturas". Estamos quizá, dice Carlo Paolazzi, ante el "mensaje más inesperado e inaudito de toda la cultura religiosa del Occidente cristiano" (FF, p. 170, nota 13).

ESCUCHAD POBRECILLAS[26]

Uno de los descubrimientos más interesantes de los últimos cincuenta años fue el hallazgo de un texto que Francisco de Asís dirigió a Clara y a sus hermanas que vivían con ella en la iglesia de San Damián en Asís. Entre sus recuerdos –transmitidos fielmente en la *Leyenda de Perusa*– los Compañeros de Francisco nos informan que el Santo, en aquellos mismos días en que compuso la primera y más importante parte del *Cántico del hermano Sol*, escribió también "algunas palabras con melodía (*verba cum cantu*), para mayor consuelo de las señoras pobres del monasterio de San Damián, sobre todo porque sabía que ellas estaban muy desconsoladas a causa de su enfermedad. Y ya que, por la enfermedad, no las podía visitar y consolar personalmente, quiso que se les comunicaran aquellas palabras a través de sus compañeros (LP 85).

Escondido, digámoslo así, durante siglos, aquel texto vio de nuevo la luz en 1976, por una serie de circunstancias favorables: las novicias del Protomonasterio de Asís encontraron coincidencias sorprendentes entre lo que se refería a aquellas "palabras con melodía" en la *Leyenda*

26 Cf. *Audite poverelle* (Un canto di Francesco d´ Assisi per Chiara e le sue sorelle): *Osservatore Romano*, 17-18 de agosto de 2015, p. 4

de Perusa y un texto que en 1941 había editado el P. Leonardo Bello, y que lo había encontrado en dos códices (uno de pergamino y de papel el otro) que se conservaban en las clarisas de Novaglie (Verona). Las novicias hicieron saber el asunto a sor Chiara Augusta Lainati, que, después de obtener el texto de las clarisas de Novaglie, en el verano de 1977 lo volvió a publicar en la primera edición de las Fonti Francescane. La noticia se le comunicó también al P. Giovanni Boccali: este se desplazó a Novaglie, donde pudo examinar los códices y proponer una primera datación (el códice de pergamino, de los primeros decenios del siglo XIV, y el códice de papel, de comienzos del siglo XVI). Boccali consideraba auténtico el texto de *Escuchad pobrecillas,* tanto porque el códice de pergamino atribuía expresamente la paternidad a Francisco, como por la continuidad de lenguaje y contenido que aquella poesía mantenía con el lenguaje y pensamiento del Santo.

La discusión, a menudo vigorosa, que tuvo lugar en los años sucesivos (fue decisivo, a este propósito, un estudio brillante de Aldo Menichetti) terminó por confirmar la autenticidad de aquel texto, que reproduzco ahora en su integridad:

"Escuchad, pobrecillas, por el Señor llamadas,
de diversas partes y provincias congregadas.
Vivid siempre en la verdad
para morir en obediencia.
No viváis la vida de fuera,
puesto que la del espíritu es mejor.
Os ruego con gran amor
que administréis con discreción
las limosnas que os dé el Señor.
Las que se hallan afligidas por la enfermedad
y las otras que os esforzáis por atenderlas,

todas por igual soportadlo en paz.
Que sean altamente caras vuestras fatigas
ya que cada una será reina en el cielo
coronada con la Virgen María".

Menos conocido es el hecho que la noticia referida por los Compañeros de Francisco ya había llamado la atención de Giulio Salvadori. El poeta, que en su juventud había compartido un trecho de camino con D´Annunzio[27] y que en el 1885, en Ascoli, había recuperado la fe en Dios, fue un estudioso apasionado de las vicisitudes de san Francisco y de las fuentes franciscanas, además de amigo verdadero de Paul Sabatier, con el que compartió proyectos serios de investigación.

Gian Francesco Gamurrini (1835-1923), conocido estudioso de arqueología y de la historia del territorio de Arezzo, con quien Salvadori tenía sentimientos de gratitud y de amistad, creía que había encontrado unos versos vulgares no editados todavía de san Francisco en un códice descubierto por él en la Biblioteca Nacional de Nápoles. Antes de publicarlos, quiso compartir el entusiasmo del descubrimiento con Giulio Salvadori, quien en un primer momento estuvo de acuerdo con el ilustre estudioso, pero más tarde se distanció de él, aunque manteniendo un tono de gran delicadeza y discreción. Salvadori escribió a Gamurrini el 9 de diciembre de 1900: "Por otra parte, si él (san Francisco), exhortó a las hermanas de santa Clara, así como el Señor las había congregado de muchas partes a la santa pobreza y a la santa obediencia, así debían vivir

27 Nota del traductor: Gabriele D'Annunzio (1863-1938) . príncipe de Montenevoso y duque de Gallese, fue un novelista, poeta, dramaturgo, periodista, militar y político italiano, símbolo del decadentismo y héroe de la Gran Guerra.

y morir en las mismas virtudes; ¿por qué no habría podido exhortar de la misma manera a los hermanos Menores?"[28]

El episodio relatado por los Compañeros no se le había escapado a Salvadori, quien muchos años después, al publicar sus *Ricordi di san Francesco d´Assisi* (Firenze 1926), refería el testimonio para después escribir: "El que recoge aquí estas Alabanzas, para dar una idea de los versos acompañados por el canto, notando que las virtudes que resplandecían en la mente de Francisco como bellezas y como gracias del alma santa juntadas como hermanas en *el Saludo a las Virtudes,* vuelven en esta exhortación a santa Clara y a las otras Señoras Pobres, ha intentado recomponerla en versos semejantes a aquellos del Cántico del Sol, usando palabras de san Francisco, o propios de su modo de hablar, pero no de su dialecto: y de la presunción pide perdón al Santo y a los lectores" (p. 18). Salvadori daba después el texto fruto de su conjetura:

"Yo os ruego, Señoras mías, que humildemente me escucháis:
puesto que el Padre del cielo os ha congregado
Para seguir a su querido Hijo en dulce penitencia,
en la santa Caridad con la santa obediencia,
En la santa Pobreza con la santa humildad;
y puesto que el Espíritu santo os ha adornado con esas virtudes,
Ruego a santa María Virgen que ella os quiera custodiar,
de modo que en ellas debéis vivir y morir.
De las cosas que os traen a la mesa del señor
proveed a vuestros cuerpos con discreción:
Y al altísimo alabadle, bendecidle y agradecedle
con pura alegría en simplicidad y caridad.
Y las pobres enfermas en su enfermedad
y las sanas que las cuidan sufriendo con quien sufre,

28 G. SALVADORI, *Cartas I* (1878-1906) a cargo de N. Vian, Roma 1976,pp.353-354.

¡Bienaventuradas si se mantienen con paciencia y paz!
que del señor Altísimo coronadas serán" (pp.17-18).

Como se puede observar, Salvadori se dejó influenciar más del Saludo a las Virtudes y del Cántico del hermano Sol que del testimonio de los Compañeros, que describían el contenido de aquel texto de Francisco con una gran precisión. No obstante su "infidelidad", estos versos transmiten el candor de un alma verdaderamente franciscana, que hizo de su arte poética un himno de alabanza a Dios.

SAN FRANCISCO EN RIETI[29]

La presencia de Francisco en Rieti más que en otros lugares más cercanos a Asís y que le estaban más a mano está atestiguada en las fuentes franciscanas. Es verdad que él tenía estrechos lazos de amistad en el valle de Rieti –como ponen en evidencia sus relaciones con Giovanni de Greccio y los acontecimientos de la Navidad de 1223–, sin embargo su permanencia en la ciudad se explica sobre todo por una circunstancia concreta. En la *Vida* que Tomás de Celano escribió entre 1228-1229, se cuenta que Francisco, aquejado por una progresiva ceguera (en las tierras de Ultramar, entre 1219-1220, había contraído una enfermedad dolorosísima que no le daba tregua), se dirigió a Rieti donde se encontraba un experto (*peritissimus*) oftalmólogo. En todo caso es muy difícil que se le pueda identificar con aquel maestro, de nombre Nicolás, médico reatino, del que Angelo Sacchetti Sassetti encontró algunos indicios en los archivos locales, porque un especialista de semejante fama no se hubiera quedado en Rieti, sino que hubiera ejercido su profesión en un centro más grande. Muy probablemente –como lo proponía el mismo

29 Sin publicar.

Sacchetti Sassetti– semejante cirujano debía encontrarse allí siguiendo a la corte pontificia[30] .

"Al llegar a la ciudad –refiere Tomás de Celano– la curia romana que moraba allí por aquellos días, le tributó un cálido recibimiento con todos los honores; se distinguió en la acogida el señor Hugolino, obispo de Ostia, destacado por la integridad de costumbres y santidad de vida" (1Cel 99). Se sabe que la curía estuvo en Rieti de junio de 1225 a enero de 1226. El relato de Tomás coincide con el de los Compañeros de Francisco, los cuales en 1246 afirmarán que él salió de Asís "cuando se acercaba la estación favorable": como no podía soportar la luz del día a causa de los terribles dolores que le provocaba, llevaba –precisarán todavía más en la ocasión– un gran capuchón hecho por los hermanos, y en los ojos un paño de lana y lino, cosido al capuchón" (LP 86). Los mismos Compañeros lo llevaron en una cabalgadura a Fontecolombo: en un primer momento, pues, Francisco fue a donde sus hermanos, después se presentó a Honorio III y a la curia.

Varios detalles de su estancia en la ciudad nos han llegado de la memoria de los Compañeros. Ellos son quienes dicen que, durante aquella enfermedad, Francisco, se detuvo durante algunos días en el palacio del obispo de Rieti" (LP 95). En aquella misma situación, un clérigo que se llamaba Gedeón –todas las fuentes hagiográficas concuerdan en caracterizarle como vicioso y mundano– sufría de problemas renales que le producían muchos dolores: el Archivo capitular reatino puede atestiguar su existencia de 1201 a 1236. Un día el enfermo pidió ser

30 Cd. A. SACCHETTI SASSETTI, *Anecdota Franciscana Reatina*, Potenza 1926, pp. 40-44.

llevado a donde Francisco, el cual le amonestó por su vida licenciosa, que debía ser muy conocida, después le hizo la señal de la cruz y lo confió a la gracia de Dios, poniéndole todavía en guardia para que no volviera al mismo pecado, una vez que el Señor lo curara, porque le sobrevendría una condena más grave. Sabemos cómo terminó; Gedeón se curó, pero no dejó de pecar, incurriendo así en un grave castigo: perdió la vida –solo él– en el derrumbe de una casa.

De todas formas, lo que aquí conviene subrayar –una vez más– es que las fuentes y documentos vienen a probar la memoria hagiográfica porque el relato de los Compañeros del Santo y los testimonios archivísticos coinciden con el nombre y la descripción del clérigo. Lo mismo se puede decir de aquel Teobaldo Sarraceno en cuya casa Francisco se alojó durante algunos días, (LP 66) y del que de nuevo Sacchetti Sassetti encontró las huellas en un documento del Archivo capitular, que lo llama como canónigo reatino y lo hace presente en un acto judicial el 10 de julio de 1220[31]. Fue en la casa de este canónigo donde Francisco pidió a uno de sus compañeros que le recrease con el sonido de una cítara; habiendo rechazado el hermano, avergonzado por lo que la gente podía haber pensado, un ángel con la cítara consoló durante mucho tiempo a Francisco de noche.

Estas estancias provisionales demuestran claramente que en aquella época los hermanos no tenían todavía en Rieti un lugar adecuado en el que poder acoger a Francisco, débil como estaba. Francisco terminó de esta forma por quedarse durante algún tiempo también junto a la iglesia de san Fabián, que los Compañeros, en

31 Cf. Ibidem pp. 38-40, 44-47.

sus recuerdos, colocaron en las afueras de la ciudad: una estancia que no hay que confundir con el santuario de Santa María de la Foresta, sino más bien hay que identificarla con la iglesia que un papel de 1207 que provenía de la abadía de Farfa en la Sabina, provincia de Rieti, sitúa fuera de aquella que, en época moderna, se la llamó Puerta Aringo (*foris pontem civitatis*), cerca de la cual en 1289 ya se había establecido un monasterio de Clarisas. Pues bien, la presencia de Francisco puso en el centro de atención aquella iglesia fuera de la ciudad, atendida por un pobre sacerdote que tenía una pequeña viña precisamente cerca donde el enfermo estaba alojado y que terminó estropeada por el continuo ir y venir de cardenales y dignatarios eclesiásticos que venían a visitarlo. A los lamentos del sacerdote, impotente ante tantos daños y saqueos llevados a cabo por todos los que pasaban por allí, le siguieron, sin embargo, promesas de Francisco que le profetizó una vendimia abundante, como de hecho así sucedió (LP 67).

Los relatos de los Compañeros son de una extraordinaria frescura narrativa. Gracias a ellos podemos saber también el caso difícil de una viejecita de Machilone (la actual Posta), tan pobre que el mismo médico se veía obligado a pasarle la comida. Cuando este informó a Francisco de su situación, le dolió tanto que convenció a uno de los hermanos que estaban con él para que le diera a la viejecita un manto y doce panes. Un gesto que le pareció increíble a la mujer que, en un primer momento, creyó ser víctima de una broma, aunque después, viendo que el hermano "hablaba en serio", tomó el regalo temblando y con alegría de corazón, y temiendo después que alguien pudiera quitarle, se levantó a escondidas durante la noche y volvió muy contenta a su casa" (LP 89).

Muestras claras –otros episodios posteriores narra también Tomás de Celano en el *Memoriale* (más conocido, aunque sea impropiamente, como *Vida segunda*)–, de un paso nada breve, que no ha cesado de dejar una huella en la ciudad de Rieti. ¿Logrará, este recuerdo, producir aun hoy sus frutos?

PLANTITA DEL HERMANO FRANCISCO[32]

Ampliando y personalizando el dicho de la *Regla bulada* de los Hermanos Menores, Clara de Asís se definió a sí misma "esclava de Cristo y plantita del beatísimo padre Francisco" (RsCl 1,3). ¡Plantita de Francisco! La imagen es bien conocida, utilizada como fue por la misma Clara sobre todo en las obras escritas en sus últimos años de vida. Se repite, efectivamente, de nuevo en la *Bendición* y en aquel texto tan discutido que es el *Testamento* (vv.37, 49), pero sobre cuya autenticidad existe hoy un acuerdo casi general.

Lo que, en cambio, es menos conocido es el hecho de que aun habiendo recurrido a ella muchas veces, no fue Clara la primera en acuñar tal imagen. En efecto, el primero que la utilizó fue Tomás de Celano en su *Vida del beato Francisco,* terminada inmediatamente después de la canonización de Francisco. En el último capítulo de la segunda parte, Tomás narró el llanto de Clara y de sus hermanas a la vista del cuerpo muerto de Francisco: "Cuando llegaron al lugar donde por primera vez había

32 *Pianticella di frate Francesco* (Fue Tomás de Celano quien acuñó la imagen con la que a Clara de Asís le gustaba ser nombrada): *Osservatore Romano*, 11 de agosto de 2013, p. 6

fundado (literalmente: implantado: *plantavit)* la Religión y Orden de las vírgenes Señoras pobres, lo colocaron en la iglesia de San Damián, morada de las mencionadas hijas, que él había conquistado para el Señor, abrieron la pequeña ventana a través de la cual, en determinados días, las siervas de Cristo suelen recibir el sacramento del cuerpo del Señor. Abrieron el arca que encerraba aquel tesoro de celestiales virtudes; el arca en que era llevado, entre pocos, quien arrastraba multitudes. La señora Clara, en verdad clara por la santidad de sus méritos, primera madre de todas las otras *–fue la primera planta* de esta Orden– se acercó con las demás hijas a contemplar al Padre, que ya no les hablaba y que, habiendo emprendido otras rutas, no retornaría a ellas" (1Cel 116).

Tomás, pues, fue el primero en hacer uso de esta imagen, destinada a tener con el tiempo una extraordinaria fortuna: Francisco plantó (*plantavit*) la Orden de las Señoras pobres, de las que Clara fue la primera planta *(prima planta)*, Sus palabras serían más tarde retomadas por *Julián de Spira* y volverían en el texto de la *Leggenda Umbra* (escrita entre 1237-1239).

Años más tarde, los Compañeros de Francisco utilizarán la misma imagen, aplicándola a asuntos diferentes. En los recuerdos que algunos compañeros de Francisco –León, Rufino y Ángel– dirigieron desde Greccio al ministro general Crescencio de Iesi acompañándolos con una carta fechada el 11 de agosto de 1246, aparece de hecho un retrato extraordinario de Clara, descrita como "la primera plantita" (*plantula*) de la Orden de las hermanas, abadesa de las hermanas pobres del monasterio de San Damián en Asís, imitadora de san Francisco en querer conservar siempre la pobreza del Hijo de Dios" (LP 13). Además, los Compañeros dijeron que el mismo Francisco

empleó en varias circunstancias la imagen de la plantita. Según su testimonio, el Santo quería efectivamente que en la Porciúncula viviese siempre un grupo de hermanos de vida santa, para que aquel lugar pudiera mantenerse como "espejo y buen ejemplo para toda la religión" y fuese como un candelabro delante del trono de Dios y de la bienaventurada Virgen", de tal modo que el Señor tuviera piedad de los defectos y de las culpas de los hermanos y conservase y protegiese siempre "la Religión y su plantita" (LP 56). A decir de los Compañeros, Francisco consideraba por ello la Orden de los Hermanos Menores una "plantita" del Señor.

Todo el material hallado en la investigación puesta en marcha por Crescencio de Iesi se le entregó a Tomás de Celano, a quien se le pidió que llenara las lagunas encontradas en la *Vida*, escrita por él mismo casi veinte años antes. El hagiógrafo llevó así a cabo el *Memoriale*, obra en la que se atribuye el título de plantita también a Bernardo de Quintavalle. De él se dice, en efecto, que fue, después del santo, "la primera plantita de la Orden de los Menores" (2Cel 109). De modo que tanto Bernardo como Clara y la Orden de las Hermanas Pobres eran plantita de Francisco: Tomás y los compañeros de Francisco no parece que tuvieran dudas a este respecto.

El 11 de agosto de 1253 Clara moría en San Damián; dos años después fue canonizada por Alejandro IV en Anagni, probablemente el 15 de agosto. En la bula de canonización *Clara claris praeclara,* una verdadera y propiamente "vida" *in nuce* de la nueva santa, también el Pontífice presentó a Clara como una planta y su Orden como una plantación, pero ni la una ni la otra aparecen ya como criaturas de Francisco: en el dictado de Alejandro IV fueron Ortolana y la misma Clara las que saltaron

al primer puesto. Algún año más tarde, se retomarían las afirmaciones de la bula de canonización en la Leyenda de santa Clara virgen, escrita también durante el pontificado de Alejandro IV (o sea, entre 1255 y 1261).

Los escritos tanto de Clara como de Tomás de Celano quedaron, en realidad, desconocidos para el gran público durante un largo período de siglos, y con ellos también la imagen de la "plantita", utilizada por la Santa de Asís. Entre el final del Ochocientos y los primeros años del siglo siguiente volvieron a la actualidad, alcanzando el auge también aquella imagen que, sin embargo, no había sido creada por Clara ni tampoco se utilizó exclusivamente para ella.

Queda así saber quién inició esta alegoría. ¿Podemos atribuirla a Francisco? En parte, sí, en el sentido que probablemente la imagen de la plantita puede remontarse a él, aunque es difícil pensar que él pudiera ser tenido como autor de la plantación. En definitiva, es creíble que Francisco hubiera definido la Orden de los Menores como una plantita del Señor o que pudiera haber dicho eso mismo de Bernardo y de Clara porque estaba convencido que el artífice de la propia conversión y de cuanto le siguió había sido Dios. Clara y sus hermanas, Bernardo y los otros, por su parte, podían considerarse como plantitas de Francisco, como de hecho se consideró Clara (y quizá también Bernardo, pero no nos quedan escritos suyos o palabras de este estilo referidas como suyas).

Así pues, de cuanto se deduce de las fuentes, podemos pensar que Francisco hubiera utilizado la imagen de la plantita para Bernardo, Clara, la Orden de los Menores, hablando de ello como de plantitas de Dios. Fueron después los otros, es decir, Clara, los compañeros de Francis-

co, los hagiógrafos franciscanos, quienes reconocieron la importancia que el Santo tuvo en su recorrido de conversión y de vida y, por ello, ser reconocidos –sin reservas– como sus plantitas, porque él fue para ellos (como afirmó Clara con una fuerza particular) fundador y plantador (TestCl, 48), columna, apoyo y único consuelo después de Dios (TestCl 38).

CUIDADO CON EL HOMBRE (Y NO CON EL LOBO)[33]

Uno de los episodios más famosos de la vida de Francisco de Asís es, sin duda, el relato del lobo de Gubbio, que el santo habría amansado y reconciliado con los habitantes de aquella ciudad. En sus escritos, Francisco habla poco del lobo; es más, demuestra una disposición benévola en relación a él: no le tiene miedo, porque sabe que no tiene nada que temer, visto que nunca ha hecho ningún mal al hermano lobo, como muestra un episodio transmitido por una fuente no franciscana, y existen buenas razones para su credibilidad.

Un monje de la segunda mitad del siglo XII nos dejó en efecto algunas noticias desconocidas con ocasión de la *Pasión de san Verecundo*; el escritor anónimo recuerda que Francisco se había alojado varias veces en la abadía (hoy, Vallingegno, cerca de Gubbio) y siempre había sido acogido "con amor". Entre otras cosas, al final narra un episodio de una delicadeza infinita: "El bienaventurado Francisco, consumido y debilitado, –escribe– por las increíbles penitencias corporales, vigilias nocturnas, oraciones y ayunos,

33 *Attenti all´uomo (e non al lupo)* (san Francisco y el deber de abrirse a los demás): *Osservatore Romano*, 26 de agosto de 2015, p. 4.

no pudiendo ya caminar a pie, especialmente después que hubiera sido distinguido con las llagas del Salvador, viajaba sobre el lomo de un asno. Un atardecer ya tarde, era casi de noche, pasaba en compañía de un hermano por el camino de san Verecundo, montado en el asno, las espaldas y el hombro mal cubiertos con un manto tosco. Los aldeanos comenzaron a llamarle diciendo: "Hermano Francisco, quédate con nosotros y no quieras ir más lejos, porque por esta zona abundan lobos voraces y devorarían a tu asno, hiriéndoos también a vosotros". Y el bienaventurado Francisco respondió así: Nunca he hecho ningún mal al hermano lobo para que se atreva a devorar a nuestro hermano asno. Quedaos en paz, hijos, y temed a Dios". Y de esta forma el hermano Francisco continuó su camino sin encontrarse con ninguna clase de desventura. Esto nos lo contó un campesino que fue testigo de lo ocurrido (FF 2251)

Lo que da credibilidad a este relato no es solo la referencia al aldeano que había estado presente y dio testimonio: el hecho mismo que el monasterio no intervenga para nada, con alguna participación "positiva" en el desarrollo de los acontecimientos, ya dice a favor de una credibilidad de la narración. Credibilidad confirmada también por la ausencia de cualquier exageración prodigiosa (ningún milagro, ningún saltarse alguna ley de la naturaleza): las palabras mismas atribuidas a Francisco, tan paradójicas respecto al sentir común, difícilmente pueden ser juzgadas como fruto de una reelaboración de un anónimo. Todo lleva, pues, a mantener como auténtico el episodio, al menos en lo esencial. Francisco muestra que no teme al lobo, no porque se considere más fuerte que él y por lo tanto tampoco porque sea capaz de tenerlo lejos, sino porque le parece que la agresividad del lobo es una respuesta a la agresividad del hombre. Siempre que el hombre no hiciera ningún mal (a los animales y podemos suponer, a

las plantas y a toda criatura) tampoco sería agredido y el universo volvería a aquella suprema armonía por la que se había distinguido la condición paradisíaca.

Una enseñanza que encuentra confirmación en el episodio de los ladrones de Montecasale, lobos también ellos, dispuestos a destrozar a la gente robándoles y maltratándoles. Francisco recomendó a los hermanos que se acercaran a ellos armados no con navajas y palos, sino con actitudes inspiradas en una exquisita caridad, llevando comida y vino. También estos, como el lobo de Gubbio, se amansaron y se mostraron dispuestos a cambiar de vida: "algunos entraron en la Religión, los otros hicieron penitencia prometiendo ante los hermanos que a partir de entonces no cometerían más aquellas fechorías, sino que vivirían con el trabajo de sus manos" (LP 115). Además, ¿no estaba escrito en la primera Regla franciscana: "Y cualquiera que venga a ellos (a los hermanos) amigo o enemigo, ladrón o bandido, sea recibido benignamente?" (RnB 7,14).

También es verdad que, no obstante su gran apertura hacia los lobos –ya tuvieran dos o cuatro patas–, Francisco no era de ningún modo miope frente a la violencia gratuita y el atropello. Su bondad natural, su decidida voluntad de no levantar muros, no era, pues, debilidad frente al mal, tampoco era fruto de una ingenuidad dañina.

Hoy en día se habla mucho de acogida y, claro, no es la primera vez que nos encontramos frente a situaciones de necesidad. En los últimos diez días de septiembre de 1971, ante millones de prófugos que abandonaban Pakistán a causa de la guerra civil que encendía el país, Pablo VI escribió de su puño y letra una llamada, solo publicada reciente e íntegramente por el *Osservatore Romano*: "Nosotros decimos ahora –escribía en aquella ocasión el gran pontífice– que

la necesidad es tan grande que llega a ser una cuestión de justicia; y que la caridad debe resolver, al menos en alguna medida, y según su método, con sacrificio y con rapidez".

El verdadero riesgo, bajo la aparente motivación del sentido común, es que nos sintamos impulsados –sin ninguna mala intención– a ser todos lobos. ¿No decía ya Plauto que el hombre se vuelve a menudo un lobo para con su semejante? *Homo homini lupus*. Comentando el episodio del lobo de Gubbio, don Primo Mazzolari dijo que el lobo está dentro de cada uno de nosotros, aunque habría que distinguir entre dos clases de lobos: existe, de hecho, "el lobo selvático, el lobo salvaje", representado por el lobo hambriento de la florecilla, que ninguno de nosotros ha visto jamás y existe "el lobo suave y civilizado que se viste bien, el lobo con piel de cordero, que se enfrenta con el lobo que viene de la selva"[34].

"La caridad, escribió Pablo VI, tiene que resolver según su propio método". Es como si dijera: ¡el Evangelio tiene sus razones que la razón no tiene! Pero incluso la lección de la historia exige evitar ingenuidades de todo género. En el siglo V un imperio ya en las últimas veía a los bárbaros que bajaban del norte hacia el sur; hoy, una civilización occidental en su decadencia se siente empujada –también por populismos de baja calaña– a vislumbrar una nueva oleada de "bárbaros", que esta vez suben del sur. Precisamente entonces la fusión de las diferentes poblaciones puso las bases de una nueva civilización, la de nuestro occidente. Se trata de dos situaciones diferentes, por tantos motivos, y no sabemos cómo será el mañana, pero ciertamente la solución no vendrá de levantar barreras.

34 P. Mazzolari, *Incontro al lupo. Con "S. Francesco uomo libero"*, a cargo de L.G. Viale, s.l.s.d. (Mantova, 1970) pp. 29-30.

FRANCISCO Y LOS TRABAJADORES DE LA HORA UNDÉCIMA[35]

El 4 de octubre de 2013 el papa Francisco fue a Asís. Su visita recordaba de alguna manera, aquella que siglos antes un ilustre predecesor suyo, Gregorio IX, hizo a la ciudad umbra (julio de 1228), donde presidió la ceremonia de la canonización de Francisco, que había muerto dos años antes.

La de Francisco fue una canonización anunciada: las fuentes nos dan a entender que las autoridades y las clases dirigentes locales querían a toda costa que él muriera dentro de los muros de Asís; muy claramente Tomás de Celano refiere que así esperaban sus mismos conciudadanos (1Cel 105). En las últimas semanas de vida, Francisco estuvo custodiado por los de Asís, que tenían todo el interés en conservar en su ciudad las reliquias de un santo que no le dejaría a la comunidad sin su protección e incluso le garantizaría una prosperidad económica (LP 96). La decisión misma de dejar los restos de Francisco en un sepulcro provisional y no en la catedral, lleva a concluir

35 Cf. *Francesco e gli operai dell´*undicesima ora (Cuando el Papa Gregorio IX fue a Asís para canonizar al Poverello): *Osservatore Romano,* 3 de octubre de 2013, p. 6

que desde la muerte de Francisco se fue madurando no solo el diseño de una próxima elevación suya a los altares, sino también con mucha probabilidad, la idea de la construcción de una iglesia en su honor.

En todo caso, a la declaración de santidad se llegó dos años después. Tomás de Celano informa que el Pontífice, que había huido de Roma por los tumultos que tuvieron lugar en la Urbe, se mudó a Rieti, desde donde el 29 de abril dirigió a la cristiandad la carta *Recolentes*, en la que hacía el elogio de la Orden de los Menores y llamaba a Francisco con el título de beato, anunciando que sería "cosa digna y conveniente" que "por reverencia al mismo padre" se edificara "una iglesia particular" en la que dejar su cuerpo; por ello, a todos los que dieran alguna limosna para la realización de este proyecto, el Papa concedía una indulgencia de cuarenta días. De Rieti el Papa se dirigió seguidamente a Espoleto y de aquí alcanzó finalmente Asís donde dio comienzo la *solemnis collatio,* convocando varias veces a los cardenales para tramitar todos los protocolos establecidos y llegar así a la proclamación oficial de la santidad del hermano Francisco.

Estando todavía el proceso de canonización en camino, el papa se dirigió a Perugia, donde le esperaba despachar diferentes asuntos; después regresó otra vez a Asís para atender al *negotium*. Terminados los trabajos, el sagrado consistorio se celebró *in camera domini papae* en Perugia. Se llegó así a la ceremonia de la canonización, en Asís, que Tomás de Celano narra con precisión dando muchos detalles: su relato está, de hecho, tan lleno de detalles, que podemos con razón darle el título de testigo ocular.

Narra de hecho el hagiógrafo que, llegado al lugar que se había asignado para la celebración, los cardenales,

obispos y abades se colocaron en torno al Papa; acudieron sacerdotes y clérigos, religiosos y religiosas, junto a una enorme muchedumbre. Él describe con meticulosidad no solo los diversos momentos de la ceremonia, sino también el brillo de los vestidos de los prelados, adornos de hilos y fibras engarzadas de perlas preciosas. El primero en hablar –anota– fue el papa Gregorio, quien, después de anunciar "con voz vibrante y con cariñosa emoción las maravillas de Dios", hizo un discurso que arrancaba con un pasaje bien conocido de la Escritura: "era como el lucero del alba entre las nubes, como la luna en su plenilunio, como el sol refulgente sobre el templo del Altísimo" (Sir 50,6-7)– mientras se conmovía hasta derramar lágrimas mientras evocaba la pureza de su vida". Seguidamente, el cardenal Ottaviano de los Ubaldinos dio lectura de los milagros de Francisco, que iban siendo comentados, también esta vez con emoción, por el cardenal Raniero Capocci. Todos se emocionaron hasta llorar. Gregorio IX dio por fin el anuncio de la inscripción de Francisco en el catálogo de los santos, después el Papa y los cardenales entonaron el *Te Deum*. Finalmente, el pontífice bajó del trono y se dirigió "al santuario para ofrecer los votos y sacrificios", besó con mucha emoción la tumba del santo, oró con gran intensidad y "celebró los sagrados misterios" (1Cel 125-126).

Probablemente, al amparo de aquella ceremonia, el pontífice puso también –con su aceptación explícita (carta *Speravimus hactenus*, 16 de junio de 1230) y como asegura la memoria hagiográfica de la Orden– la primera piedra de la basílica que se iba a construir en honor del santo *poverello*. De modo que anunció al mundo el gran acontecimiento con la carta *Sicut phiale auraee*, y todavía después con la carta *Mira circa nos*. Esta última carta, ciertamente más comprometida que la precedente, influyó

seguramente en la hagiografía, como lo demuestra la indudable relación que su dictado mantiene con la obra más antigua de todo el *corpus* que se refiere a san Francisco de Asís, es decir, con la *Vida del bienaventurado Francisco* de Tomás de Celano.

El pontífice presentó allí toda la vivencia terrena del nuevo santo bajo una luz providencial. El Señor –comenzaba– no deja de proteger la viña plantada por Él con los dones de su misericordia, e incluso en la hora undécima envía obreros los cuales, preparando el terreno quitando hierbas malas, espinas y zarzas, podando las ramas que sobran, le harán posible que produzcan frutos dulces y sabrosos, que servirán para la eternidad después de quemar la impiedad y la caridad desvanecida del corazón de muchos (FF 2720). Por dos veces en la carta papal aparece esta alusión a la hora undécima con indudable –y significativa– alusión a la parábola evangélica de los obreros enviados por el amo de la propia viña en las diferentes horas del día (Mt 20, 1-16).

En un momento de evidente dificultad para la Iglesia, Gregorio IX aludía así con decisión a las nuevas Órdenes mendicantes, cuyos miembros, en las cartas papales, venían cada vez más caracterizados como los obreros de la hora undécima. En la *Mira circa nos*, el pontífice hizo una opción de enorme transcendencia eclesial, adelantando –aunque todavía de una manera muy prudente– que eran precisamente las nuevas Órdenes mendicantes y no las grandes Órdenes monásticas de las que hasta entonces se había servido la Sede Apostólica para las misiones más delicadas e importantes, las que serían la nueva milicia sobre las que afianzar el combate que le esperaba a la Iglesia en un momento histórico delicado, al acercarse el final y el juicio futuro.

Este gran proyecto del pontífice confiaba, pues, a las Órdenes mendicantes una tarea de máxima importancia. De esta forma un elemento destacado de la vida de Francisco era su predicación, muy simple, pero que tenía el poder de resanar y de fecundar, como el agua que Ezequiel vio salir del Templo hacia Oriente y que hacía revivir cuanto tocaba (Ez 47,1-12). De este modo el pontífice ofrecía a la Orden de los Menores un claro modelo de referencia en la que poder inspirar la propia acción para llevar a buen puerto la deseada reforma eclesial.

Al igual que su predecesor, también el papa Francisco fue a Asís para homenajear al Santo que ha supuesto y supone tanto aun hoy día para la vida de la Iglesia. También él, como su predecesor, dijo palabras importantes, que estaría bien tomarlas en cuenta.

LA VERDADERA CALAMIDAD DE ASÍS[36]

El año 1818 (12 de diciembre), después de casi seis siglos de olvido, en la Basílica dedicada a su nombre se sacaron a la luz los restos mortales de san Francisco, hasta entonces inaccesibles para todos. Por cuestiones de seguridad, la tumba había sido excavada en la roca, en la parte baja del altar de la Basílica llamada inferior, de modo que durante siglos ya nadie pudo tener contacto directo con el sarcófago de piedra que contiene los restos de Francisco.

A esta ausencia de visibilidad, fue más tarde sobreponiéndose la imagen de Francisco como *alter Christus*: las llagas, el "último sello" (Dante, Paraíso XI, 107), hicieron que efectivamente el Santo fuera comparado al Cristo crucificado; de este modo fue tomando cuerpo también la idea de una resurrección. Buenaventura había escrito que la "carne santísima" de Francisco "crucificado junto a sus vicios, transformada "en una nueva criatura, mostraba a los ojos de todos, por un privilegio singular, la figura de la Pasión de Cristo y, por medio de un milagro nunca visto, anticipaba la imagen de la resurrección" (LM 15,1). Sin embargo, los que fueron más lejos todavía fueron los

36 Cf. *La vera calamita di Assisi* (Sobre la resurrección de san Francisco): *Osservatore Romano*, 28 de marzo de 2018, p. 4

Espirituales, al final del siglo XIII y al comienzo del siguiente, como demostró claramente, hace más de cuarenta años más o menos, Raoul Manselli. El provenzal Pietro de Giovanni Olivi (+1298), en efecto, en su *Comentario al Apocalipsis,* afirmó que había recibido una confidencia de un hermano familiar muy cercano del hermano León, compañero de san Francisco; según él, Francisco, habiendo llegado a ser semejante al Cristo crucificado, llegó a asemejársele también en su resurrección, resucitando glorioso. Algunos años más tarde (1305) refirió las mismas cosas también Ubertino de Casale en la primera redacción de su obra monumental, *El árbol de la vida crucificada de Jesús,* en base a las revelaciones recogidas del hermano de las Marcas Conrado de Offida.

Más tarde, en el siglo XV, fueron sobre todo los predicadores Observantes quienes difundieron la idea del cuerpo incorrupto de san Francisco, hasta el punto de crear un relato que solo sería desmentido en 1818, precisamente con el descubrimiento del sarcófago que contenía los restos del Santo. Según este relato extraordinario –que tomó forma escrita por primera vez con Giacomo Oddi de Perugia (+1478), autor de *La Franceschina, overo Specchio de l´Ordine Minore*– junto a un pequeñísimo grupo de personas, en el año 1476 el mismo Sixto IV se habría metido durante la noche en el lugar donde Francisco estaba sepultado, encontrando el cuerpo incorrupto y tan bello, "que no parecía estuviera muerto, sino que parecía que dormía".

La historia, completada y perfeccionada posteriormente, fue retomada en sus *Crónicas* por el hermano portugués Marcos de Lisboa, luego obispo de Porto, quien, inmediatamente después de la mitad del siglo XVI (la edición de la primera parte de esta obra famosísima es de 1557), reprodujo el texto de un relato escrito en el que

se narraba el reconocimiento que en 1449 hizo Nicolás V. Al papa y al pequeño grupo que le acompañaba –en todo caso un grupo mayor que el que acompañó a Sixto IV– Francisco no aparecía ya casi durmiente, sino con el cuerpo incorrupto y en posición erguida, como si estuviera vivo. La enorme difusión que tuvieron las *Crónicas* del hermano portugués –que enseguida se tradujeron a varias lenguas– dio al relato una suerte extraordinaria, tanto que lo retomaron y lo difundieron varios autores, franciscanos y no, también en los siglos siguientes.

Pero no faltaron las voces críticas, comenzando por los Bolandistas, que entraron en la discusión con todo el peso de su autoridad. En el siglo XVIII el debate llegó a calentarse hasta grados insospechados terminando por cruzarse con las tensiones que ya existían entre los conventuales, Custodios del Sacro Convento, y los Observantes, a quienes se les había confiado la Porciúncula. Estos últimos defendían que el corazón de Francisco se conservaba en la Porciúncula, llegando hasta el punto de sostener –con Flaminio Annibali de Latera, que en el año 1779 había entregado para imprimir en Lausana, amparándose en un prudente anonimato, la obra *Cómo era incierto que el cuerpo del Seráfico san Francisco exista en Asís en la Basílica de su nombre*– que el cuerpo de Francisco, lejos de mantenerse como vivo, en posición erguida, ni siquiera se conservaba en la basílica, sino que los frailes lo habían cambiado a otro sitio.

No todos los Observantes, es verdad, llegaron a tanto; es más: un historiador de pura raza como Ireneo Affò discrepó abiertamente de Annibali –"yo no puedo estar de acuerdo con el autor de un librito impreso en 1779 con la fecha (sic!) de Lausana"– escribió en la *Vita di Frate Elia*, publicada en Parma en 1783 (p.57)– y sin creer en la in-

corruptibilidad del cuerpo de san Francisco, llegó a hacer una hipótesis según la cual en 1230 Elías habría dispuesto el traslado de su cadáver de la iglesia de San Jorge de forma muy cautelosa precisamente porque se encontró, no con un cadáver incorrupto (señal inequívoca de santidad), sino con un cuerpo "reducido a huesos y cenizas" (*Vita di Frate Elia*, p.54). Por otro lado, a la luz de toda una serie antigua de testimonios, a Affò le parecía extraña la hipótesis que los restos del Santo no hubieran sido depositados en la Basílica.

Eran las últimas grandes llamaradas de una polémica interminable: pronto vendría la Revolución francesa a anunciar no el fin del mundo –como se dijo entonces– sino el fin de un mundo; al comienzo del siglo XIX, las supresiones napoleónicas se echarían encima con la fuerza de un ciclón sobre las formaciones religiosas, abriendo unos escenarios totalmente nuevos. Finalmente, el descubrimiento de la tumba de Francisco en 1818 fue el que posibilitó una palabra definitiva tanto sobre el mito de su presunta resurrección, como sobre las polémicas acerca de la verdadera conservación de sus restos mortales en la Basílica de Asís.

Después de dos siglos aquella misma tumba ha llegado a ser el verdadero imán de Asís: signo claro de la presencia de aquel cuya "admirable vida / se cantaría mejor en la gloria del cielo" (Dante, *Paraíso*, XI, 95-96).

TODO POR CULPA DE LA TORRE DE BABEL[37]

Comentando (el domingo 6 de septiembre de 2015) el texto de Marcos 7,31-37, el papa Francisco dijo que la enseñanza que había que deducir es que "Dios no es algo cerrado en sí mismo, sino que *se abre y se pone en comunicación con la humanidad*". "Pero este evangelio nos habla también de nosotros: a menudo nosotros estamos replegados y cerrados sobre nosotros mismos y creamos muchas islas inaccesibles e inhóspitas. Hasta las relaciones humanas más elementales a veces crean realidades incapaces de apertura mutua: la pareja cerrada, la familia cerrada, el grupo cerrado, la parroquia cerrada, la patria cerrada... ¡Y esto no es de Dios! Esto es nuestro, es nuestro pecado".

Ciertamente, la historia personal y la historia de los pueblos demuestran que no siempre es fácil abrirse al otro y que a menudo prevalecen la enemistad y la sospecha. Pero es igualmente verdadero –y muchos ejemplos de estos años en Europa lo demuestran– que la integración es

37 Cf. *Tutta colpa della torre di Babel* (Las crónicas del hermano franciscano Giordano de Giano): *Osservatore Romano*, 12 de septiembre de 2015, p. 4

posible y puede resultar un recurso precioso, hoy como ayer. Me inspiro para esto en una fuente del siglo XIII, referida al ámbito europeo, y concretamente al mundo germánico, pero que fue escrita por un italiano, Fray Giordano de Giano, que conoció personalmente a san Francisco y que luego murió en Alemania, poco después de 1262.

Giordano es el autor de una *Crónica* preciosísima, en la que se narra cómo, después de 1217, los Hermanos Menores intentaron las primeras misiones al otro lado de los Alpes en Francia, España, Alemania y Hungría (aunque las fechas que el autor da no siempre son seguras). Los primeros intentos fueron más bien torpes: los hermanos marcharon a la desesperada, sin un proyecto claro y con una preparación escasa, no conocían el idioma ni las costumbres de los lugares a donde se dirigían. En Francia les preguntaron si ellos eran albigenses y ellos "respondieron que sí, porque no sabían lo que significaba "albigense" (Crónica Giordano 4) o quizá porque no entendían nada de lo que les decían. En Alemania, en cambio, los hermanos "no conociendo la lengua cuando les preguntaron si querían alojamiento, comida u otras cosas semejantes, respondieron "ja" y de esta forma fueron recibidos con comprensión por algunos. Y dándose cuenta que con esta respuesta "ja" se les trataba con humanidad, decidieron responder "ja" a cualquier cosa que les preguntaran. De esta forma sucedió que, cuando les preguntaron si eran herejes o si habían venido para contaminar Alemania, igual que habían pervertido la Lombardía, de nuevo respondieron "Ja" (*Crónica de Giordano, 5*). Podemos comprender sin mucho esfuerzo las consecuencias...

Algún año después, los hermanos dieron muestras de haber aprendido la lección: visto que por no saber la lengua alemana, al comienzo no pudieron evitar recibir buenos

ılos, no volvieron a cometer el mismo error por segunda
ez y pusieron al frente de la misión a un hermano alemán
Cesáreo de Spira– que reunió en torno a si también a her-
ıanos preparados para hacer de intérpretes y preparados
ara predicar tanto a sacerdotes como al pueblo.

Giordano es un cronista muy agradable que conquista
. lector. Objetivo y que se ajusta a la realidad, pero con
ntido del humor, en el arte de contar no es inferior a
alimbene de Parma –quizá el cronista franciscano más
ımoso del siglo XIII– aunque respecto a este sea mucho
ıenos malicioso y puntilloso. Su relato del envío de los
ermanos en la segunda misión alemana (1221), además
e revelar algunos aspectos del carácter del cronista, ofre-
e informaciones muy interesantes sobre el ambiente que
einaba en los Capítulos Generales e incluso sobre los es-
los mismos de gobierno de la Orden.

De la lectura de la Crónica se deduce que es un hom-
re indeciso y que le cuesta aclararse sobre las opciones
hacer. Un hombre que no se aclara, al menos cuando
ıarcha a Alemania, tierra en la que no solo no tuvo que
frontar el martirio, sino donde vivió por más de cuarenta
ños asumiendo tareas de responsabilidad: experiencias
ue más tarde contará a los más jóvenes, enseñando que
ımbién los hombres normales pueden llegar a ser héroes,
un a pesar suyo.

Pero aquel hombre indeciso era un hombre de espíri-
ı, capaz de mostrarse, a momentos, como un hombre sin
udor. A este respecto me parece significativo un ejemplo
ue remonta a 1222, un año después de la llegada a Ale-
ıania: Giordano se encontraba con el hermano Abraham
con el hermano Constantino en Salzburgo, su primer
estino. Puesto que no habían tomado parte en el Capítu-

lo de Worms, el ministro provincial Cesareo de Spira les hizo llegar unas cartas a través de dos hermanos (parece claro que se trataba de cartas obedienciales), pidiéndoles que se dirigieran a él. Puestos, pues, de viaje, Giordano y los suyos llegaron a un pueblo y para matar el hambre comenzaron a pedir. Sin embargo, la música siempre era la misma: *"God berad"*, que significa: "Dios os ayude" o mejor todavía: "Dios os provea". Uno de ellos, constatando que con aquella frase no les daban nada de nada, pensó e incluso dijo: "Este *God berad* hoy nos hará morir". Y adelantándose al hermano que iba pidiendo en alemán, comenzó a pedir en latín. Pero los alemanes le respondieron: "Nosotros no entendemos el latín, háblanos en alemán". Y el hermano, pronunciando de una forma trabucada, dijo: *"Nicht diudisch"* que quiere decir: "Nada de alemán", sobre entendiendo "sé". Y añadió en alemán: *Brot durch Got"* ("Pan por amor de Dios"). Y ellos: "Es curioso que tú, hablando en alemán, nos digas que no sabes alemán". Y añadieron: "God berad". Pero esta vez el hermano, contento en su corazón y sonriendo y fingiendo que no había entendido lo que le habían dicho, se sentó en un banco. Entonces un hombre y una mujer, mirándose mutuamente y sonriendo por su ingenuidad, le daban pan, huevos y leche. Viendo, pues, que con aquella ficción útil podía hacer frente a la necesidad suya y la de los hermanos, pasando con este sistema por doce casas, recogió tanto que era suficiente para los siete hermanos" *(Crónica, Giordano 27)*.

Es evidente que aquel hermano descarado, capaz de transformar su inutilidad en un arma poderosa, de hacer de su debilidad fortaleza, era el mismo Giordano, que hace ver además que, en el breve período de un año, a los tres hermanos que habían comenzado la misión en Salzburgo se les juntaron otros cuatro hermanos del lugar, los mis-

mos que mientras pedían intervenían con la gente hablando en alemán. Pero ya entonces, el arte de arreglárselas era totalmente italiano, y de esta forma tocó a Giordano proveer para que todos pudieran ir tirando.

Este episodio, lo mismo que toda la *Crónica*, demuestra también que no todos los alemanes eran crueles –como les juzgaba Giordano antes de conocerles– y que no todos los forasteros iban a Alemania a perjudicar. Lo mismo se podría decir hoy: ¿cuántos de los extra europeos que, después de tantos temores, llaman a nuestra puerta, resultarán ser un recurso estupendo para la Europa del mañana?

SAN FRANCISCO, EL MÁS ITALIANO DE LOS SANTOS[38]

Francisco de Asís "el más santo entre los italianos, el más italiano entre los santos": escribiendo la frase sobre cualquier buscador en las webs se notará que la mayor parte de las veces, la frase se atribuye a Pío XII que el 18 de junio de 1939 proclamó a san Francisco de Asís y a santa Catalina de Siena *Patronos principales* de Italia. No faltan, sin embargo, quienes la atribuyen a Pío XI o al "caudillo" Benito Mussolini, así como a tantos otros personajes, menos conocidos, pero no menos significativos. En realidad, la expresión, al menos en su primera parte, remonta a Vincenzo Gioberti que la acuñó para su obra más famosa *Del primato morale e civile degli italiani (1843)*. Queriendo resaltar la sabiduría y la grandeza incluso humana de los santos cristianos respecto a la sabiduría y grandeza paganas, dijo en efecto para celebrar la "simplicidad popular, pero grande y bella, de afectos

38 Cf *Non solo il più italiano, ma anche il più poético dei santi* (La famosa definición de Francisco de Asís es de Vincenzo Gioberti): *Osservatore Romano*, 3 de octubre de 2012, p. 4.

y obras" de Francisco de Asís *"que es el más amable, el más poético y el más italiano de nuestros santos"*[39].

Con esta expresión el abad turinés enlazaba indisolublemente a Francisco con el talento italiano, del que era la máxima expresión en el ámbito de la santidad. Enseguida, esta clave de lectura resultó de alguna manera útil para los católicos en el nuevo clima después de la unión cuando, especialmente después de 1870, normalmente los anticlericales les presentaban como "malos" italianos: la lectura de Francisco en clave patriótica representó entonces una oportunidad para reafirmar el pleno derecho de la ciudadanía como súbditos honrados y no enemigos de la patria, ciudadanos de igual dignidad y no figuras de segunda división.

Mientras tanto se acercaba la fecha de 1882, año en el que debía celebrarse el séptimo Centenario del nacimiento del Santo. Como preparación al acontecimiento, Fr. Ludovico de Casoria, el infatigable apóstol de la caridad, no solo se las ingenió para ir preparando para el día de la fiesta (4 de octubre) un banquete para cinco mil pobres de Nápoles, sino que invitó a cada ciudad de Italia a hacer otro tanto. En los meses precedentes a la fatídica fecha multiplicó para ello las cartas para que su iniciativa fuera acogida; con este fin, en la carta enviada el 3 de agosto de 1882, aunque sin mencionar nunca el nombre de Gioberti, citó expresamente su definición del santo de Asís: "¡Quién podría ser tan duro de corazón –escribió efectivamente en aquella ocasión– de oponerse a que se gasten cien o doscientas liras para alegrar al país con una mesa de 50 o 100

39 Cf. V. GIOBERTI, *Del primato morale e civile degli italiani*. Primera edición de Lausana sobre la segunda belga), t.II Lausana 1846, pp. 360-361.

pobres en honor de san Francisco, que fue también llamado *el santo más amable y el más italiano!*"[40].

La descripción ofrecida por Gioberti había calado profundamente. Como era de esperar, el centenario de 1882 ocasionó un gran número de publicaciones nuevas sobre san Francisco de Asís. Sin embargo, el que puso su figura en el centro de un amplio y prolongado debate por encima de ningún otro, fue el pastor protestante Paul Sabatier, que, al final de noviembre de 1893 (aun cuando el volumen trae la fecha de 1894), llevó a la imprenta su celebérrima *Vida de san Francisco,* obra que enseguida llegó a ser de gran debate, provocando consensos entusiastas unas veces, ásperas críticas otras.

El 3 de octubre de 1902 en Foligno, en la sala del círculo de S. Feliciano, mons. Michele Faloci Pulignani, una de las voces más activas en los debates de aquellos años, tuvo una conferencia sobre *san Francisco de Asís según Paul Sabatier.* La ocasión contribuyó a dar fuego de nuevo y de una forma más fuerte a la polémica, no tanto con Sabatier, sino con los adversarios del mismo Faloci Pulignani dentro del ámbito católico, que le acusaban de "hiper-conservadurismo". Después de aquella primera conferencia vinieron otras dos intervenciones del sacerdote: particularmente en la del 22 de noviembre el enfrentamiento pareció tomar un tono nuevo. En él Faloci Pulignani hablaba sobre *El estudio de san Francisco en Italia,* confirmando la importancia y la prioridad de los estudiosos italianos con acentos que terminaban por entrar en un todavía cauto patriotismo, utilizando incluso expre-

40 En RAFFAELE DA PATERNO, *Omaggio del mondo cattolico a San Frrancesco d'Assisi nella riccorrenza del VII Centenario dalla nascita 1882* VI-VII. *Omaggio delle arti, delle lettere e della caritá a S. Francesco*, Napoli 1886, p. 98.

siones que parecían recordar muchas de las expresiones de Gioberti en su *Primato*. En aquel período, el sacerdote de Foligno (Michele Faloci Paulignani) mantenía estrechas relaciones con muchos ambientes romanos y, según mi parecer, precisamente esta intervención influyó sobre el artículo publicado por Enrico Filiziani en el periódico católico de tendencia intransigente *"La Vera Roma"* el 18 de enero de 1903 y que llevaba por título: *"Por san Francisco de Asís"*: "¡Que nadie se atreva –escribía el autor con un tono de desprecio– a tocar con indigno y vil pincel una de las obras maestras de la gracia! Que san Francisco quede, tal como nos presenta la realidad, *el más santo entre los italianos, el más italiano entre los santos*"[41]. Entonces fue cuando la frase alcanzó la frase completa con la que se daría a conocer en el futuro.

Luego vinieron los años de la "Gran guerra" durante los cuales la imagen del Santo de Asís volvió a revestirse de patriotismo. En este contexto diferente jugó un papel de primer orden Gabriele D´Annunzio, que en 1925 hizo colocar en el Vittoriale –su villa-mausoleo a las orillas del lago de Garda– una estatua de san Francisco que, en la cuerda con la que ceñía la túnica, llevaba colgado un puñal. De esta forma se operaba una transformación que era una perversión, como lo muestra con claridad en los *Cuadernos* del vuelo sobre Cattaro.

En la noche entre el 4 y el 5 de octubre de 1917, D´Annunzio capitaneó una formación de aviación con quince aeronaves de bombardeo con los que, después de despegar en el aeropuerto de Gioia delle Cole, a oscuras y con

41 El artículo completo lo reproduce S. FRANCHINI, *Sugli esordi della societá internazionale di studi francescani fondata da Paul Sabatier* (Medioevo francescano. Opuscoli, 1), S. Maria degli Angeli 2002, pp. 78-79, nota 109.

la ayuda de brújulas y de las estrellas para orientarse, llegó a las costas de Dalmazia y bombardeó (con pequeños explosivos) la flota austro-húngara anclada en las Bocas de Cattaro. En esta ocasión, el poeta anotó: "El Seráfico ha purificado la noche. Digo a los compañeros: "Es la tarde de san Francisco: del más italiano entre los santos, del más santo entre los italianos. El Seráfico es el patrono de los pasajes de ultramar. Saliendo de Ancona para ir a Tierra Santa, él marcó en efecto en el mar la línea de nuestro rumbo celestial. Pero yo os digo que esta noche él hará de su capucha un ala y la extenderá con su cordón...". Entonces comienza la letanía franciscana de guerra. "Por el Hermano Viento que no se nos opondrá, eia, eia, eia! Alalà! ¡Por el Hermano Fuego que no nos quemará, eia, eia, eia! ¡Alalà! ¡Por la Hermana Agua que no nos ahogará, eia, eia, eia, Alalà!"[42]

La imagen de san Francisco terminaba de este modo siendo un instrumento para la exaltación de un nacionalismo incluso burdo. En los años siguientes, esta referencia volvió de forma casi obsesiva, obligando a mirar al Santo de Asís como el símbolo del renacimiento italiano, no obstante el aviso moderado de Pío XI que, en la encíclica *Rite expiatis,* publicada con ocasión del VII centenario de la muerte de Francisco (1226), había puesto en guardia de los riesgos de una lectura de san Francisco en clave nacionalista.

Por desgracia, el aviso de Pío XI pasó en gran medida inadvertido. Francisco de Asís aparecía a la mayoría como el nuevo heraldo de una civilización que, superadas las balizas que habían levantado los gobiernos liberales,

42 Citado en S.MIGLIORE, *Mistica povertà. Riscritture francescane tra Otto e Novecento*, Roma 2001, pp. 328-329.

podía mirar al futuro con ojos nuevos. Y esta nueva realidad anunciaba de antemano una lectura cada vez más patriótica de la figura de san Francisco, que buscaba bendecir el nuevo período fascista. Con todo, no es verdad lo que se dice con frecuencia, o sea, que Pío XII definiera a Francisco como "el más italiano de los Santos, el más santo de los italianos", porque el papa Pacelli nunca hizo suyo aquel dicho que, sin embargo, estuvo tan en boga en los años precedentes.

Una época se estaba acabando. Poco después de la proclamación de san Francisco patrono de Italia en 1939, la guerra invadiría nuestros territorios. Aquel suceso dramático, con los cambios de escena que consiguieron, no consentía ciertamente a los italianos ningún tipo de retórica nacionalista, ni siquiera cuando se trataba de exaltar a los santos propios.

Se abrían, pues, otros escenarios en los que la extraordinaria figura de Francisco de Asís, como un dragón de siete cabezas, hubiera ofrecido nuevas y diferentes posibilidades de lectura: pero esa es otra historia...

UNA VISIÓN INCLUSIVA. EL SAN FRANCISCO DEL PAPA FRANCISCO[43]

El 13 de marzo de 2013 Jorge Mario Bergoglio desde la periferia del mundo subía a la sede de Pedro. Que iba a ser un pontificado diferente, renovador, se entendió enseguida, empezando por el nombre que tomó el nuevo pontífice, que indicaba claramente un modo de marcar territorio[44].

La lectura de Bergoglio y sus insistencias sobre la vida eclesial

En el primer encuentro con los periodistas el 16 de marzo de 2013, pocos días después de la elección, el Papa aclaró el por qué de su decisión. En efecto, aclaró que el Cardenal Hummes, que estaba cerca, cuando alcanzó el *quorum* para la elección, le abrazó y le dijo: "No te olvi-

43 Cf. *Una visione inclusiva. Il San Francesco di Papa Francesco*, en *Credere Oggi*, 37 (3/2017), n. 219, pp. 173-186

44 En este breve estudio no podré, obviamente, tener en cuenta todas y cada una de las ocasiones en las que el Papa ha hecho referencia a san Francisco de Asís. Me limitaré, por eso, a ofrecer una visión de conjunto haciendo referencia a las intervenciones, a mi entender, más significativas.

des de los pobres". "Aquella palabra entró aquí", dijo el Papa, poniendo en su sien el dedo índice derecho. Y continuó: "Los pobres. Los pobres. Luego, enseguida pensé en san Francisco de Asís en relación a los pobres. Luego pensé en las guerras mientras continuaba el escrutinio, hasta contar todos los votos. Y Francisco es el hombre de la paz. Y así me vino el nombre a mi corazón: Francisco de Asís. Para mi es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y guarda la naturaleza; en este momento, también nosotros tenemos una relación no tan buena con la creación, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah, cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!". En la lectura rápida que el Papa dio de san Francisco, resumió, pues, su experiencia de vida bajo el signo de la pobreza, de la paz, del amor a todo lo creado, esperando una mayor atención a los pobres de parte de toda la Iglesia.

En otras ocasiones también ha solido subrayar el Papa la importancia de este aspecto: el 24 de julio de 2013 en Río de Janeiro, dentro del clima festivo de la Jornada mundial de la juventud, visitando el hospital san Francisco de Asís de la Providencia, dijo que el joven Francisco dejó "las riquezas y comodidades para hacerse pobre entre los pobres"; el 4 de octubre de 2014, en la víspera de la apertura del Sínodo sobre la Familia, afirmó: "Nuestra escucha y nuestro encuentro con la familia, amada con la mirada de Cristo, serán una ocasión providencial con la que renovar –con el ejemplo de san Francisco–, la Iglesia y la sociedad. Con la alegría del evangelio encontraremos el paso de una Iglesia reconciliada y misericordiosa, pobre y amiga de los pobres".

Pero en Río de Janeiro, (24 de julio de 2013) profundizó su clave de lectura, asociando la elección de la po-

breza con el abrazo del leproso. Precisamente en aquel abrazo, dijo, la opción de Francisco de hacerse pobre entre los pobres se hizo concreta, para terminar finalmente: "Abrazar, abrazar. Todos necesitamos aprender a abrazar a quien tiene necesidad de ser abrazado, como hizo san Francisco". Efectivamente, los leprosos fueron quienes hicieron madurar en Francisco (el santo) el vuelco de los criterios y del juicio que determinaron la conversión. En efecto, dictando su Testamento, Francisco de Asís definió como un momento central de su conversión su volverse hacia los leprosos, una realidad que antes rehuía"[45]. "Esto quiere decir –escribía Raoul Manselli- que el momento central de la conversión de Francisco" fue "el paso de una condición humana a otra, la aceptación de su inserción en una marginalidad, la entrada entre los excluidos"[46]. El momento, pues, de la conversión lo sintetizó Francisco como un vuelco de valores: buscando lo que antes había dejado escapar, eligiendo un estado de marginación que solo podía entenderse desde la realización del seguimiento de Cristo, Francisco resumía el núcleo esencial de su propuesta religiosa. Este gesto de Francisco volvió a ser otra vez algo que sobresale en las palabras del Papa. Recuérdense como ejemplo aquellas dirigidas a los nuevos cardenales en el consistorio de febrero de 2015: "Recuerden siempre la imagen de san Francisco –dijo a los nue-

45 Cf. Test 1-3. Sobre la importancia de este momento en orden a la definición del contenido de la elección hecha por Francisco, insisten, entre otros, R. MANSELLI, *san Francisco de Asís*, pp. 106-113; ID., *San Francesco dal dolore degli uomini al Cristo Crocifisso*; MICCOLI, *La proposta cristiana di Francesco d'Assisi*, en ID., *Francesco d'Assisi. Realtá e memoria di un'esperienza crisitana* (Einaudi Paperbacks, 217), Torino 1991, pp. 52-53. Los estudios de Manselli se publicaron en el 1980 y en el 1983; el de Miccoli el año 1983.

46 R. MANSELLI, san Francisco, cit. p. 109.

vos purpurados– que no temió abrazar al leproso y acoger a aquellos que sufren cualquier clase de marginación. En realidad, queridos hermanos, en el evangelio de los marginados es donde se juega y se descubre y se revela nuestra credibilidad". Digámoslo con franqueza: no estamos todavía acostumbrados a un lenguaje así, ni a verlo utilizar en semejantes ocasiones; un lenguaje, en cambio, que deberíamos asimilar y hacerlo nuestro, igual que los contenidos que ello conlleva.

De la pobreza de Cristo a los pobres de carne y hueso

No se puede decir, como a algunos les gustaría concluir, que una lectura así se presta al sociologismo, terminando por corroborar una visión horizontalista de una experiencia religiosa que hunde, en cambio, sus propias raíces en una intensa experiencia de fe. Esto no puede decirse así porque, por el contrario está el testimonio de las fuentes que documentan claramente el amor de Francisco a Cristo y a los hermanos, y el magisterio mismo del papa Francisco que mantiene unidos los dos aspectos de aquella experiencia. Que los dos aspectos no se pueden separar lo demuestra sobre todo el *Testamento* de Francisco: su lectura da a entender de un modo evidente que san Francisco creía que se podía volver a proponer, incluso en el contexto de una Orden institucionalizada, la "propuesta cristiana" que el Señor le había inspirado exigiendo también que los hermanos –¡todos!– vivieran según aquel modelo[47]. Por eso, lleva razón Giovanni Miccoli cuando afirma:

47 Sobre el testamento de Francisco además de K. ESSER, *Das Testament des heiligen Franziskus von Assisi,* Münster in W. 1949 (traducción al español: *El testamento de Francisco de Asís,* Col. "Hermano Francisco" nº 10, Arantzazu-Oñati, 1981) véase también P. MARANESI, *L'eredità di Frate Francesco. Lettura sto-*

que no se puede "reducir la "vita evangelii", propuesta por Francisco, a una opción de tipo social", confirmando, sin embargo, al mismo tiempo que "para Francisco solo un marcaje de territorio así hace concreto su propósito de seguir las huellas de Cristo"[48]

Ahora bien, aquellos dos aspectos, tan unidos que son inseparables –porque el dolor de los hombres (los leprosos) posibilitó a Francisco llegar al Cristo crucificado y el Cristo crucificado le permitió dar sentido y significado al dolor de los hombres[49]– los presenta también inseparablemente unidos el Pontífice, que en el Mensaje para la XXIX Jornada mundial de la juventud (21 de enero de 2014) escribió: "san Francisco de Asís entendió muy bien el secreto de la Bienaventuranza de los pobres en el espíritu. En efecto, cuando Jesús le habló en la persona del leproso y en el Crucificado, él reconoció la grandeza de Dios y su propia condición de humildad. En su oración el Poverello pasaba horas preguntando al Señor: "¿Quién eres Tú? ¿Quién soy yo?". Se despojó de una vida acomodada y despreocupada para casarse con "Madonna Povertá", para imitar a Jesús y seguir el Evangelio a la letra. Francisco vivió *la imitación de Cristo pobre y el amor a los pobres* de un modo inseparable, como las dos caras de una misma moneda". Se podría discutir, si queremos rizar

---

rico-crittica del Testamento (Studi e ricerche, s.n.) S. Maria degli Angeli-Assisi 2009. Recuerdo con todo la reseña crítica de L. LEHMANN, *Studi sul Testamento di Francesco d'Assisi a partire dalla edizione di Kajetan Esser del 1949*, en *Frate Francesco* 80 (2014) pp.331-374.

48 G. MICCOLI, *Una esperienza cristiana tra Vangelo e Istituzione*, en *Dalla "Sequela Cristi" all apologia della povertá*. Actas del XVIII Convegno Internacional, 18-20 de octubre de 1990. Espoleto, 1992, p.20

49 Muy interesante a este respecto la lectura de R. MANSELLI, *San Francesco dal dolore degli uomini al Cristo crocifisso*.

el rizo, sobre la oportunidad de hacer referencia a un texto tardío y no muy seguro como son *Las consideraciones sobre las Llagas*, donde aparece con más fuerza el aspecto maravilloso que el real[50], cuando tenemos a disposición tantos textos más seguros, pero ciertamente no se puede dudar de la honestidad global de la interpretación del papa Bergoglio, especialmente cuando habla de "la imitación de Cristo pobre" y de "amor por los pobres" de parte de san Francisco "como las dos caras de una misma moneda".

A este respecto, resultan dignas de tomar en consideración también algunas afirmaciones en la entrevista que concedió al diario *La Stampa* de Turín el 11 de enero de 2015. Los periodistas le preguntaron: "Muchos han quedado impresionados por sus palabras sobre los pobres "carne de Cristo". ¿Le molesta que le acusen de "pauperismo"? El Papa puso en medio a san Francisco y recordó cómo, antes de que él apareciese en el horizonte de la historia, existían también entonces los "pauperistas"; pero el "pauperismo" dijo, es una caricatura del Evangelio y de

50 En efecto, en las *Consideraciones III* se narra que una vez que el hermano León se encontraba con Francisco en La Alverna, cerca ya de la fiesta de la Exaltación de la Cruz (14 de septiembre), fue al lugar y a la hora fijada para la oración; viendo que Francisco no respondía, haciendo caso omiso de lo mandado, se puso a buscarle hasta que escuchó su voz y le vio en oración "con el rostro y las manos elevadas al cielo y que con fervor de espíritu decía: ¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios mío? Y ¿quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo? Sobre las *Consideraciones sobre las Llagas*, que en muchos manuscritos siguen al pie de la letra el texto de las Florecillas, remito a F. LAPIÈRRE. *La vida a la luz de la pasión de san Francisco. Análisis de un itinerario espiritual en la fuente 'La consideración sobre las llagas' divulgada en los "Fioretti"*, en *Un aporte a la historia de la cultura de los siglos XVII-XX*. II Simposio sobre Bibliotecas y Archivos del área franciscana en América, España y Portugal. Buenos Aires, 26-28 de agosto de 2004. Coordinadores J. Bunader – C. A. Lértora Mendoza, Buenos Aires 2005, pp. 305-322.

la misma pobreza. En cambio san Francisco nos ayudó a descubrir el vínculo profundo entre la pobreza y el camino evangélico. Jesús afirma que no se puede servir a dos señores, Dios y la riqueza. ¿Eso es pauperismo? Jesús nos dice que es el "protocolo" sobre el que seremos juzgados; es lo que leemos en el capítulo 25 de Mateo".

El primado de la experiencia de fe

Una presentación exacta, podríamos decir, de la extraordinaria personalidad de Francisco de Asís, el Papa tuvo modo de ofrecerla, de todas formas, en su primera visita a Asís el 4 de octubre de 2013, algunos meses después de su elección al pontificado. En aquella ocasión el papa Francisco dejó en la ciudad un signo de "su" Santo[51], aunque, quizá, no en la dirección que muchos esperaban en la víspera. Tuve la oportunidad de encontrarme en la ciudad ya desde la víspera: pude percibir de esta forma la "fiesta" en el ambiente. Escuchando los discursos, en gran parte de periodistas y empleados de los medios de comunicación, se escuchaban análisis incluso brillantes (aunque no siempre bien fundados) y pronósticos (a veces arriesgados) sobre los lugares donde el Papa iba a arremeter más fuerte contra la mundanidad de la Iglesia. En

51 Que el papa Francisco considera a san Francisco como "su" santo, lo afirma él mismo expresamente. Téngase en cuenta, por ejemplo, cuanto dice en el mensaje de felicitación (noviembre de 2016) al patriarca de Moscú Cirilo, con ocasión del 75 aniversario del jefe de la iglesia ortodoxa rusa. En aquella ocasión el papa Francisco regaló a Cirilo (lo hizo saber la oficina de prensa del patriarcado de Moscú refiriendo el mensaje de la felicitación del pontífice) algunas reliquias de san Francisco de Asís, para agradecer a su vez el regalo recibido de parte de las reliquias de san Serafín de Sarov: "Estoy contento –afirmó en aquella ocasión el Papa– de ofrecer una parte de las reliquias de san Francisco de Asís, mi protector celestial"

aquella ocasión, sin embargo, el Papa dejó un signo sobre todo con los gestos y con su persona, sencillo y bondadoso, concreto y fuerte al mismo tiempo. El encuentro con los enfermos y pobres, su querer meterse entre las llagas del dolor humano: de esta forma, sin discursos llamativos, dio vida a san Francisco y recordó la lección más íntima y viva de su existencia.

Pude verlo a una distancia muy corta cuando se dirigió a santa Clara para venerar los restos mortales de la Santa, orar en la iglesia dedicada a ella y estar –en la capilla donde hoy se conserva el famoso Crucifijo ante el cual san Francisco vivió una extraordinaria experiencia interior– con la comunidad de las Clarisas herederas de "su" Madre. Experimenté de esta forma algo que ni las mejores imágenes de la televisión logran transmitir totalmente: la intensidad y la luminosidad de la mirada, aquellos ojos que impresionan y fascinan, aquella sonrisa dulce y que cautiva, capaz de cautivar aun a la persona más escéptica. Sí, ¡toda la persona del Papa es franciscana! Y muy franciscano fue el contenido de las palabras que dirigió a las monjas, aunque faltaran citas franciscanas o clarianas. Porque el Papa las invitó a contemplar un Cristo hecho carne, metido hasta el cuello, podríamos decir así, en la historia de los hombres, a vivir a tope la dimensión comunitaria, acogiendo a cada hermana precisamente como hermana, persona siempre amada, a pesar de todas las limitaciones que la humanidad lleva consigo. ¿No es esta una lección franciscana? ¿No vivieron Francisco y Clara contemplando a Cristo hecho hombre? Cada una de sus opciones, ¿no estaba inspirada en su deseo de seguir las huellas, de repetir –en su existencia– los que fueron los modos elegidos por Cristo mientras vivió entre los hombres? ¿Y no está escrito, tanto en la regla de Francisco, como en la de Clara: "Cada uno manifieste al otro(a)

confiadamente sus necesidades, puesto que si la madre nutre y ama a su hijo carnal, cuánto más amorosamente debe cada uno amar y nutrir a su hermano (a su hermana) espiritual?"[52].

En la catedral de San Rufino, hablando a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a los laicos implicados en los consejos pastorales, el Papa resumió su discurso con tres verbos fundamentales: escuchar, caminar, anunciar; escuchar la Palabra de Dios, caminar juntos (sínodo), anunciar hasta las periferias. Un programa totalmente franciscano, que sintetiza toda la vida de Francisco, que fue un hombre formado en la Palabra, caminó junto a sus hermanos, siempre, e hizo presente a Cristo en las periferias humanas. Periferias que son de muy diverso estilo y que están más cerca de nosotros de cuanto pudiéramos pensar. "Una periferia que me hacía mucho daño –dijo el Papa– era (en la diócesis de Buenos Aires) encontrar en las familias de clase media niños que no sabían hacer la señal de la cruz. Pero, ¡esta es una periferia! Y yo os pregunto: aquí, en esta diócesis, ¿hay niños que no saben hacer la señal de la cruz? Pensadlo. Estas son verdaderas periferias existenciales, donde no está Dios".

52 Para Francisco, cf. Rb 6,8), pero véase ya la Rnb 9,10-11; para Clara, cf. RCl 8,15-16. Clara pone estas afirmaciones en la sección donde se habla de las hermanas enfermas; y precisamente en la atención hacia las hermanas enfermas es donde se manifiesta plenamente el espíritu evangélico y franciscano de Clara: cf. también RCl 5,3 donde se dice que en la enfermería "para el recreo y servicio de las enfermas siempre está permitido a las hermanas hablar con discreción". En la enfermería, pues, no se tenía en cuenta la regla del silencio. Clara ni siquiera hace referencia a la recomendación que estaba presente en las Constituciones de Hugolino y en la *Forma de vida* de Inocencio IV, textos que para ellas fueron motivo de contraste, que pedía, donde fuera posible, preparar para las enfermas una habitación separada, para salvaguardar de este modo "el orden y la calma de las otras".

Especialmente, el Papa insistió sobre la dimensión de la fe, necesaria para comprender a Francisco: fe y evangelio. A los jóvenes les pidió que no tuvieran miedo de hacer opciones definitivas, remando contra la cultura de lo provisional que hoy arrecia. "Aquí en Asís –dijo–, aquí cerca de la Porciúncula me parece escuchar la voz de san Francisco que nos repite: "¡Evangelio, Evangelio!". *"El que sigue a Cristo* –afirmó en la homilía durante la misa– *recibe la verdadera paz: aquella que solo Él y no el mundo, nos puede dar"*. Muchos asocian a san Francisco con la paz y es así, pero pocos son los que lo profundizan. ¿Cuál es la paz que Francisco acogió y vivió y nos transmitió? Aquella de Cristo, la que viene a través del amor más grande, la de la Cruz (....) La paz franciscana no es un sentimiento dulzón. ¡Por favor: ese san Francisco no existe! Y tampoco es una especie de armonía panteísta con las energías del cosmos... ¡Tampoco esto es franciscano! Tampoco esto es franciscano, pero es una idea que algunos han construido. La paz de san Francisco es la de Cristo, y la encuentra quien "toma sobre si" su "yugo", o sea, su mandamiento: amaos los unos a los otros como yo os he amado". El Papa tiene toda la razón del mundo cuando afirma que "la paz de san Francisco es la paz de Cristo" y que no es de ninguna forma franciscana la idea de una "armonía panteísta con las energías del cosmos": pero ya se sabe, ¡la figura de san Francisco se estira y se estira, intentando muchas lecturas contemporáneas atribuyéndole ideas y actitudes que son más que nada elucubraciones de los modernos y no opciones hechas efectivamente por el Santo de Asís![53]

53 Como se ha hecho notar justamente, "los usos públicos y contemporáneos de la figura del Santo hoy tienden a menudo a resaltar la actitud de Francisco en relación a la paz como el aspecto más importante y característico de su experiencia cristiana, olvidan-

Una experiencia, pues, iluminada y revestida de una fe que ha cambiado la vida. ¡Porque la fe o cambia la vida o no existe! Este es el retrato de san Francisco que el papa Francisco hizo en su primera visita a Asís. Daría hasta ganas de sonreír cuando alguno dice que el Papa, con sus modos de decir y de hacer, termina favoreciendo una dimensión horizontal y casi relativista de la vida, si no fuera por algunas puntadas de malicia, que tienen como fin la realización de diseños para nada ingenuos, que muchas veces se perciben detrás de algunos análisis aparentemente banales. Una fe, por ello, que cambia la vida, que cambia los criterios de valor y de juicio poniendo en el centro a los pobres, aquellos a quien nadie quiere tenerlos en torno, porque Cristo lo hizo así, hasta hacerse uno con ellos (Mt 25,31-46). De esta forma se explica la sensibilidad que el papa Francisco muestra respecto a los migrantes, la decisión de querer ir a Lampedusa, de rezar sobre el río que separa México de los Estados Unidos. Sí, Francisco pone ante nuestros ojos realidades que nosotros quisiéramos olvidar, que quizá ni siquiera, en nuestra propia miseria, quisiéramos ver. Porque la tentación del cristiano siempre es la de vivir no a la medida del evangelio, sino de hacer un evangelio a su medida.

---

do, sin embargo, comprender eso como una consecuencia natural de su concepción evangélica. Fuera del contexto del que surge y actualizado, dicha actitud toma contornos míticos e ideales, terminando por presentarse como una invención de la memoria más que como un testimonio de la historia" (S. MIGLIORE, *S. Francesco e lo "spirito di Assisi"* en *Convivium Assisiense* 9 (2007) pp. 41-62:54-55). Y también: "El insistir excesivamente en la dimensión pacifista e inerme de Francisco de Asís –fuera sobre todo del contexto de la *imitatio Christi* que la inspiró– comporta el riesgo de grandes tergiversaciones" (Ibidem p. 55). Mucho provecho se puede sacar de un libro de la misma autora: S. MIGLIORE, *Mistica povertà. Riscritture francescane tra Otto e Novecento*

Una visión inclusiva

Un pasaje franciscano "significativo" del papa Francisco resulta indudablemente la extraordinaria encíclica sobre "el cuidado de la casa común". Para ella, Francisco se inspiró expresamente –y hasta en el título– en el *Cántico del hermano sol;* en ella describe al Santo como "el ejemplo por excelencia del cuidado por todo aquello que es débil y de la ecología integral, vivida con alegría y autenticidad". San Francisco, dice, "manifestó una atención especial hacia la creación de Dios, y hacia los más pobres y abandonados. Amaba y era amado por su alegría, su entrega generosa, su corazón universal. Era un místico y un peregrino que vivía con simplicidad y en una maravillosa armonía con Dios, con los otros, con la naturaleza, consigo mismo. En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior" (*Laudato si, nº 10*). Acertadamente, el Papa habla de "ecología integral", afirmando que pobreza y austeridad no eran, para san Francisco, "un ascetismo solamente exterior, sino algo mucho más radical: una renuncia a hacer de la realidad un mero objeto de uso y de dominio" *(Ibidem, nº 11*).

Francisco vivió, pues, en una "maravillosa armonía con Dios, con los otros, con la naturaleza, consigo mismo": el Papa esboza, de este modo, una síntesis inclusiva completa y eficaz. Digo inclusiva porque –como ya he anticipado– no raras veces se han solido cruzar y chocar lecturas parciales de la experiencia de Francisco de Asís con el objetivo de subrayar un aspecto de su poliédrica personalidad a costa del otro, si no directamente en contraposición al otro. De este modo, como estábamos diciendo, muchos han terminado por fabricar un Francisco para uso y consumo propio, sin preocuparse excesiva-

mente si el retrato que se ha confeccionado tiene soporte y base en las fuentes. De esta forma se ha llegado a hacer un Francisco para cada temporada –desde el vegetariano, al pacifista, al patriota y así sucesivamente– disecando sin parar, extrapolando cada vez más aspectos de su personalidad, para terminar absolutizándolos hasta hacer de ellos el todo de su experiencia, olvidando a menudo la fuente de la que todo ha brotado, o sea, su relación con el Dios de Jesucristo. No es así la lectura que hace el papa Francisco, que todavía en Asís, con ocasión de la Jornada mundial de oración por la paz (*Sed de paz. Religiones y culturas en diálogo*: 20 de septiembre de 2016), reflexionando sobre las palabras de Jesús en la cruz: "Tengo sed", exclamaba que san Francisco "por amor al Señor que sufría no se avergonzaba de llorar y de lamentarse en alta voz. Esta es también la realidad que todos debemos tener en el corazón contemplando al Dios crucificado, sediento de amor"[54]. Nuestro acercamiento a este pontificado tampoco tiene que ser sesgado, porque manifiesta en cambio una extraordinaria coherencia de conjunto, me atrevería a decir casi una extraordinaria coherencia franciscana.

54 Aquí el Papa hace referencia a TC 14.

EL HOMBRE HECHO ORACIÓN[55]

En el breve texto en prosa que en *Francesco. Canto di una criatura* (2007) precede el fluir de los versos, Alda Merini[56] afirma que "nuestra alma está triste, hasta la muerte, porque el hombre tiene miedo, miedo de creer". No es este, sin embargo, el único miedo por el que los hombres se dejan envolver demasiado frecuentemente, porque también el miedo a equivocarse y por ello a someterse al juicio ajeno, muchas veces les envuelve hasta casi sofocarlos. Resulta interesante, a este propósito, volver a leer lo que la poetisa confió pocos meses antes de la publicación de su libro a Francesco Nati en una entrevista del 5 de enero de 2008. Según Merini, "quizá ni Manganelli ni Quasimodo ni Sereni, quizá ni el mismo Turoldo"[57] ha-

55 Cf. *L'uomo che si fece preghiera* (El "Francisco" de Alda Merini cumple diez años): *Osservatore Romano*, 1 de febrero de 2018, p. 5.

56 Nota del traductor. Alda Merini (Milán 1931-2009), poetisa italiana y candidata al Premio Nobel, se la considera una de las voces más claras y profundas de la poesía italiana del siglo XX.

57 Nota del traductor. Giorgio Manganelli (Milán 1922-Roma 1990), escritor italiano inclasificable; Salvatore Quasimodo (Sicilia 1901-Campania 1968), poeta y periodista italiano, recibió el Nobel de Literatura en 1959; Vittorio Sereni (Lombardia 1913-Milán 1983), poeta italiano de estilo realista con un fuerte componente moral; David María Turoldo (Coderno 1916-Milán 1992), pres-

bían "olido el perfume de la providencia divina del Gran Maestro. Tenían miedo de equivocarse, también de hablar, renunciando a este desnudarse general de todos los oropeles, para aparecer desnudos y perfectos como Dios nos ha hecho. ¿Por qué cubrirnos de mantos? Somos la más hermosa creación divina. Una creación que nunca terminaremos de pagar".

¡Francisco, no! El se había desnudado de todo aquello que pudiera adornar al hombre viejo y en su desnudez demostraba la belleza de la gloria divina. Todavía en aquella entrevista –a la pregunta de Nati: "¿Qué veía en san Francisco?"– Merini afirmaba encontrar en la experiencia cristiana del hermano de Asís la belleza de "la renuncia total al cuidado de los hombres y, sobre todo, la belleza de las cosas pequeñas, el descubrimiento cotidiano de la vida, el hecho de sentirse vivo incluso después de haber sido martirizado, violado, y aún sonriendo, preguntándose todavía por qué se es feliz a pesar de todo". Una lectura que terminaba claramente coincidiendo con el recorrido biográfico de la poetisa, renacida más de una vez de las cenizas, después de repetidas caídas que le habían llevado a largos períodos de internamiento en varios hospitales psiquiátricos.

Francesco es un monólogo poético en el que Alda Merini ofrece su comprensión del Santo de Asís. El que habla es el hombre de Dios, en una sucesión que no tiene –al menos aparentemente– coherencia interna: se trata, más bien, de una sucesión de instantes, de un gran valor estilístico, en el que comparece el mismo cruce entre dos historias, la de Francisco, precisamente, y la de Alda Merini. El joven hombre de Asís, rico y –en el fondo– viciado,

bítero, teólogo, filósofo, escritor y poeta italiano, miembro de la Orden de los Siervos de María.

que no fue comprendido por sus padres, especialmente por su padre a quien le hubiera gustado dirigir a su modo el recorrido de su hijo; Alda por su parte, después de las clases de orientación al trabajo, tuvo que interrumpir sus estudios por razones familiares, hecho este que produjo un desgarro que difícilmente podía soportar su psicología; en un caso como en el otro, el asunto de la familia –aunque por motivos diferentes– condicionó la existencia de ambos. Creo por eso que existen trazos autobiográficos en los no pocos versos (aquí entresaco solo algunos) que Merini dedica a la difícil relación de Francisco con su padre, con el intento de profundizar las razones de un amor paterno incapaz de comprender las asperezas –porque al fin resultaron tales– de un hijo hacia su padre.

"Mi padre, a quien he amado tanto/ estaba vestido de pura mentira/. Y se alegraba solamente/ cuando yo gozaba de aquellos bienes/ para alimentar mis vicios". "Pero ¿cómo puedo comprender a un padre / que en la carne de un hijo/ vio su propio porvenir?". "Cómo le defraudé / cómo lloró por mi/ y yo lloro por señor Bernardone / todo aquello que juntos hemos dejado / nuestros respectivos engaños". Pero ¿es justo, Señor / olvidar / a quien a su modo nos ha amado / llenándonos de dinero / y de vestidos suntuosos?/ Es la miseria de un padre / que no entiende / que un hijo pertenece a Dios/. Pero un hombre como mi padre, / que tenía miedo a la muerte / ¿cómo lo podía entender? / El dinero es una excusa / para defenderse de la muerte/ es una máscara debajo de la cual se esconde el hombre / para no hacer ver que es un ángel / un ángel triste y atribulado. / Yo quería estar desnudo / quería ser solo alma". Y todavía más: "¡Cuántos errores cometen los padres / revistiendo de joyas a los hijos / que buscan la pobreza y el trabajo / y la intimidad con Dios!".

El Santo, despojándose de todo y despojado de todo, se hizo así el amigo de Dios, siguiendo las huellas de Aquel que existía desde el principio, el cual dijo y todas las cosas fueron hechas, y que eligió desnudarse y ser desnudado de todo para conducir al hombre a la sublimidad de la propia vocación. Hecho amigo de Dios, Francisco es capaz así de mirar a los hombres y a las cosas con los ojos de Dios. "Lo que el hombre encuentra inútil / las cosas más pequeñas, los silencios más insignificantes / Dios los encuentra extremadamente preciosos. / Por eso salvaré toda brizna de hierba, por ello las criaturas olvidadas / serán mis criaturas: / los marginados, los lisiados / aquellos que el hombre / no quiere acoger en su corazón, / pero que la muerte abraza, / esta hermana que yo amo por encima de todo".

Metido de lleno en el misterio, no era solo un hombre que oraba –dijo de Francisco Tomás de Celano– sino un hombre hecho oración (*non tan orans, quam oratio factus)*. Una oración que, según Merini, "no es nada: / es una tumba que se destruye, / destruida hasta el espasmo, / para sacar fuera al único Verbo, / la verdadera Palabra de Dios". Aquella Palabra que es la única que puede decir la verdad de todas las cosas, que ella sola es capaz de hacer de todas las cosas un único himno sinfónico de alabanza a Dios y vuelve al hombre loco por su Señor: "Y yo soy un loco / loco como tú, Señor, / loco de amor....". "Yo he llegado a ser / el puente caído después de tu nacimiento / y de tu resurrección. / Caminad sobre mi, / pisotead a Francisco / para llegar hasta el Calvario". La persona del santo, su humanidad, se vuelve así la personificación de la existencia del Hijo de Dios, en una cristomímesis que en la existencia de uno refleja y hace presente al Otro.

Y después está Clara, "que hubiera podido ser / la palestra de mi amor, / y en cambio ha llegado a ser / la musa

inspiradora / del sueño de Dios". Todavía en la entrevista concedida a Francesco Nati, Merini dijo que aquello de Clara "fue un gran amor de Francisco, como el de José por la Virgen, el custodio de un corazón. Los dos custodiaron el corazón de la mujer. Fue magnífico, no protegieron la carne de la mujer, sino el corazón, aquel corazón que a muchas mujeres se les arrancó con violencia". También aquí, ¡qué extraordinario intercambio biográfico! "¡Oh mujer angelical y sublime! / ¿cómo no me voy a convertir en un gran poeta / cantando tus sublimes cansancios?". "Nosotros somos dos antorchas de amor por Dios, / pero hemos descubierto, divina compañía, / que si nuestro cuerpo / es una cárcel con mil barrotes, / después se abre hacia el cielo".

El de Alda Merini es un Francisco capaz de transmitir la inquietud por la fe, y esa es la razón por la que lo propongo aquí. Porque ¡solo una fe inquieta, decía el cardenal Carlo María Martini, puede ser una fe pensante!

LA OPCIÓN DE ESTAR ENTRE LOS MARGINADOS[58]

Tres conferencias sin publicar sobre san Francisco de Asís, que un historiador finísimo como Raoul Manselli tuvo en Milán entre el 25 de noviembre de 1981 y el 19 de enero de 1983 forman –con la introducción de Marco Bartoli– el objeto de un pequeño volumen publicado por *Edizioni Biblioteca Francescana* en la colección *"Presenza di San Francesco"*[59]. Manselli, que en 1980 había publicado una biografía de san Francisco y un volumen con testimonios de los Compañeros del Santo y que venía publicando poco a poco una abundante serie de estudios en las revistas científicas y en actas de Congresos, era en aquellos años un referente indiscutible del franciscanismo internacional.

En sus trabajos Manselli, naturalmente, analizaba las fuentes con la pericia del historiador, atento por ello a analizar cualquier dato con la intención de reconstruir un perfil de san Francisco históricamente válido, renunciando expre-

58 Cf. *La opción de estar entre los marginados: Osservatore Romano*, 4 de octubre de 2018, p. 4

59 R. MANSELLI, *Tre conferenze inedite su san Francesco d'Assisi. Milano: 1981-1983*. Introduzione di M. Bartoli (Presenza di San Francesco, 67). Milano 2018. (Próximamente en español en Ediciones Franciscanas Arantzazu).

samente "a los adornos y al relato de anécdotas que terminan siendo, en el fondo, falsas[60]. Algo parecido había intentado hacer a finales del siglo XIX Paul Sabatier, en aquella su extraordinaria biografía, que resultó ser un golpe en el estómago para todos aquellos que durante siglos se habían acercado de un modo apologético al Santo de Asís. Sin embargo, Sabatier era también un poeta y en muchas páginas de su trabajo parecía triunfar la poesía sobre la historia y con ella también una imagen del Santo acorde a la visión cristiana del autor, en contraste con la apologética católica. A diferencia del estudioso francés, Manselli se atuvo en cambio con mucha determinación a la opción hecha.

Cuando salió la obra, no todos, sin embargo, se dieron cuenta totalmente de su importancia, tanto que, en 1981, en la benemérita revista *Frate Francesco* –en la que, por otra parte, Manselli había colaborado más de una vez– un censor que ha quedado en el anonimato, demostrando un evidente desconocimiento del estatuto epistemológico de la materia, no dudó en declarar que "su investigación (la de Manselli) y la presentación de san Francisco nos parecen más históricas y menos teologales, y nos atrevemos a decir demasiado históricas y poco teologales"[61].

Por su parte, en un estudio importante de 1983 *(San Francesco dal dolore degli uomini al Cristo crocifisso)*, el mismo Manselli tuvo ocasión de resaltar que el volumen "había sido acogido por todos con cordialidad y simpatía, pero naturalmente también con algunas perplejidades y, digamos también, incomprensiones. Que una gran parte de unas y de otras se referían a la conversión de Francisco

60 R. MANSELLI, San Francesco (Biblioteca di cultura, 182). Roma 1980, p. 5

61 En *Frate Francesco* 48 (1981) pp. 51-52.

y a la representación histórica de su ideal, es muy comprensible, porque de ello deriva una valoración histórica de la personalidad del Santo"[62]. La lectura de la obra de Manselli, en efecto, resultaba demasiado basada en las primeras frases del *Testamento* de Francisco: "El Señor me concedió a mi, el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia: cuando estaba en pecados me parecía muy amargo ver leprosos, pero el Señor mismo me condujo en medio de ellos y practiqué misericordia con ellos. Y alejándome de ellos, lo que me parecía amargo se me cambió en dulzura del alma y del cuerpo. Y poco después permanecí un poco de tiempo y salí del siglo" (Test 1-3).

Con perspicacia él hacía notar cómo el elemento pauperístico, la opción por la pobreza, estaba totalmente ausente en esta especie de resumen que Francisco hacía del momento inicial de su conversión. "Esto quiere decir –argumentaba él– que el momento central de la conversión de Francisco no fue el pauperístico, sino (...) el pasar de una condición humana a otra, la aceptación de la entrada en la marginación, la entrada entre los excluidos (...) Que una característica de estos excluidos era la pobreza es un dato que va con ello e inevitable; pero no es esta –la pobreza– el factor decisivo de la conversión"[63].

Conviene precisar que los Escritos de san Francisco solo en estos últimos decenios han tomado por fin –en orden a la reconstrucción de su vicisitud humana y religiosa– la centralidad proclamada en su tiempo por Sabatier, que no sé, por otra parte, hasta qué punto él mismo fue fiel a semejante lúcida petición de principio. Lo cierto

62 *San Francesco dal dolore degli uomin al Cristo crocifisso*, p. 183, nota 1.i

63 R. MANSELLI, *San Francesco d´ Assísi*. Editio maior (Tempi e figure, 41) Cinisello Balsamo (MI) 2002, pp.109-110.

es que, durante buena parte del siglo XX, las huellas de la experiencia cristiana de Francisco se investigaron sobre todo dentro del imponente *corpus* hagiográfico que le concierne, que también fue la fuente de muchos problemas, a menudo no fáciles de resolver.

Aplicando la genial intuición del historiador protestante, en su biografía Manselli concede importancia especial a los escritos de Francisco, profundizando de nuevo el principio enunciado por Sabatier: una opción que tomó fuerza sobre todo después de la muerte del estudioso, después que definitivamente se hizo camino la idea de que los escritos debían constituir el filtro, el criterio de discernimiento a través de los cuales juzgar la validez de las fuentes y del material biográfico sobre el santo de Asís.

Tales puntos firmes, constituyen, pues, el punto de arranque de estas conferencias de Milán, en las que Manselli aclara el modo en el que se había vivido "el problema de la pobreza antes de san Francisco" (Conferencia tercera), el "asunto de san Francisco y su tiempo" (Conferencia primera), deteniéndose también en las relaciones que tuvieron "san Francisco y el hermano León" (Conferencia segunda), a través del análisis de los dos textos autógrafos que el santo dirigió al hermano León y que este último –afortunadamente– conservó celosamente, consintiendo que llegasen hasta nosotros. Manselli estudió con mucha atención los dos escritos, yendo personalmente –después de haber pedido "la ayuda de un colega de paleografía" (muy probablemente el profesor Armando Petrucci, profesor en aquellos mismos años de la universidad "La Sapienza")– tanto a Asís como a Espoleto, donde se conservan los dos originales: la conclusión a la que los estudiosos llegaron coincidiendo ambos "es que los dos autógrafos son auténticos sin ninguna du-

da"[64]. Una conclusión confirmada también inmediatamente por Attilio Bartoli Langeli, quien en los decenios siguientes tuvo modo de examinar a fondo ambos textos[65].

Estudiando la carta que se conserva en Espoleto, Manselli observaba que las primeras líneas "son de una bonita escritura, son muy caligráficas, y a medida que vamos bajando en las líneas la escritura se hace cada vez más borrosa, la mano menos segura"[66]. Además, confesaba: "tengo que haceros una confidencia: mientras yo me devanaba el seso, a mi mujer, que llevaba varios meses enferma, le vino una intuición, y me dijo: "Pero ¿no lo ves? Es como cuando yo escribía desde el hospital: las primeras dos o tres líneas iban bien, pero después a medida que tenía que seguir, estaba tan débil que la escritura se me perdía, se me rompía, por decirlo así, en las manos". Esto quiere decir que estamos ante una letrita de los últimos tiempos de Francisco, cuando los ojos y las fuerzas le estaban abandonando progresivamente"[67].

Después de la muerte del profesor, conocí bien también a la señora Iris y me conmovía pensar en ellos juntos, en la mesa de trabajo del marido, mientras ante las reproducciones fotográficas del documento se esforzaban en penetrar sus secretos. Por eso, los imagino, incluso ahora, y confío en que sea así, admirando juntos a san Francisco en el esplendor de la gloria.

---

64 R. MANSELLI, *Tre conferenze inedite*, cit. 'p. 47.

65 Cf. A.BARTOLI LANGELI, *Gli scritti de San Francesco:láutografia di un "illiteratus"*, en *Frate Francesco d'Assisi*. Atti del XXI Convegno internazionale. Assisi, 14-15-16 ottobre 1993, Espoleto 1994, pp. 101-159; In *Gli autografi di frate Francesco e di frate Leone* (Autographa Medii Aevi, 5), Turnout 2000.

66 R.MANSELLI, *Tre conferenze inedite*, cit., p.62

67 *Ibidem*.

CONCLUSIÓN

Como recordé al comienzo de estas páginas, el hermano Maseo, sorprendido por la capacidad de fascinación de Francisco que arrastraba masas enteras detrás de él, no temió recordarle que él no era "hermoso de cuerpo" (Flor 10). ¿Una especie de ley de contrapeso descolocaba al aturdido Maseo, no del todo liberado aun de los esquemas mundanos? Quizá, sí, sobre todo si tenemos en cuenta que él era físicamente atractivo, lo que en el mundo le hubiera procurado seguidores y favores, mientras que ahora se encontraba teniendo que enfrentarse a una realidad diversa, en la que pasó de ser un hombre buscado y halagado a ser ahora un hombre totalmente privado de aquellas características que, por otra parte, tanto gustan a la gente. Y esto era precisamente lo que él no conseguía entender, porque también él mismo experimentaba todavía lo mucho que las apariencias lograban ofuscar cualquier otra cosa.

Pues bien, Francisco lo eligió como compañero de camino "hacia la provincia de Francia. Y llegando un día muy hambrientos a una aldea, marcharon, según la Regla, a pedir como limosna pan por el amor de Dios; y san Francisco marchó por un barrio y el hermano Maseo por otro. Pero como san Francisco era un hombre de aspecto muy despreciable y pequeño de cuerpo, y porque daba la

impresión, a quien no le conocía, de ser un pordiosero vil, no recogió sino algunos mendrugos y desperdicios de pan seco. Al hermano Maseo, en cambio, por ser tipo gallardo y de buena presencia, le dieron buenos y grandes trozos, e incluso panes enteros" *(Flor 13)*. Sin embargo, la de Francisco era una humanidad llena de Dios, que terminaba echando por tierra cualquier criterio de valor y de juicio que se acostumbraba. Por eso, todo el mundo le seguía...

Puede parecer sorprendente –y quizá lo es– que después de haber rechazado una lectura anecdótica y devocional de Francisco de Asís y de su experiencia de vida, termine abriendo y cerrando este libro con páginas de las florecillas que ponen como protagonistas a san Francisco y al hermano Maseo. Pero si he elegido estas páginas es porque, más allá de su fascinación que no acaba nunca, estas páginas nos ayudan a entender –quizá mejor que muchas otras– que no siempre prevalecen las lógicas humanas y que también el Evangelio tiene razones que la razón no tiene. Después que, en sus primeros veinticuatro años de existencia, Francisco viviera olvidado de Dios, siendo él mismo el centro del mundo, en los veinte años que le quedaron de vida hizo de sí mismo una entrega a Dios y a los hermanos. Y lo hizo con tal intensidad que los que entraron en relación con él terminaron preguntándose seriamente por su relación con el Señor y su propia experiencia de fe.

Solo si es significativa, solo si de verdad nos ha cambiado la vida, nuestra experiencia de fe podrá ayudar a otros a encontrar el camino hacia Dios. Por ello, no servirá de nada leer la historia de Francisco y meditar sobre ella si no nos ayuda a "ser mejores cristianos" (*Lm 5*). Porque "es grandemente vergonzoso para nosotros los siervos de Dios que los santos hicieron las obras, y nosotros, con narrarlas, queremos recibir gloria y honor" *(Adm. 6, 3)*.

Índice general

Siglas y abreviaturas 5
Introducción 7
Del dolor de los hombres al Cristo crucificado.....13
Un drama familiar terrible 19
¿No ves que mi casa está cayendo? 25
Cómo lo amargo se volvió dulce.....31
Francisco y la aprobación del Señor Papa 37
Lo superfluo es un robo.....47
Francisco, la paz, las armas.....53
Fuerte en la debilidad propia.....59
Cuando Francisco predijo el terremoto.....63
La herida 69
El rey pobre.....73
Aquel espacio blanco sin notas 79
Escuchad pobrecillas.....83
San Francisco en Rieti 89
Plantita del hermano Francisco 95
Cuidado con el hombre (y no con el lobo).....101
Francisco y los trabajadores de la hora undécima 105
La verdadera calamidad de Asís 111

Todo por culpa de la Torre de Babel 115
San Francisco, el más italiano de los santos 121
Una visión inclusiva.
El san Francisco del papa Francisco 127
- La lectura de Bergoglio y sus insistencias sobre la vida eclesial 127
- De la pobreza de Cristo a los pobres de carne y hueso 130
- El primado de la experiencia de fe 133
- Una visión inclusiva 138

El hombre hecho oración 141
La opción de estar entre los marginados 147
Conclusión 153

PUBLICACIONES DE LA COLECCIÓN «HERMANO FRANCISCO»

N° 1 J. Garrido, LA FORMA DE VIDA FRANCISCANA - Agotado

N° 2 K. Esser, LA ORDEN FRANCISCANA. ORÍGENES E IDEALES .

N° 3 T. Larrañaga, OÍDME HERMANOS. CELEBRACIONES FRANCISCANAS- Agotado

N° 4 E. Leclerc, EL CÁNTICO DE LAS CRIATURAS .

N° 5 E. Motte-G. Hego, LA PASCUA DE SAN FRANCISCO .

N° 6 M. Hubaut-M.T. Maleissye, OS ANUNCIAMOS LO QUE HEMOS VISTO.

N° 7 J. Garrido, LA FORMA DE VIDA DE SANTA CLARA - Agotado

N° 8 LOS ESCRITOS DE FRANCISCO Y CLARA DE ASÍS - Agotado

N° 9 K Esser, TEMAS ESPIRITUALES.

N° 10 K Esser, EL TESTAMENTO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS .

N° 11 T. Larrañaga, ORANDO CON SAN FRANCISCO. Nueva edición (2009).

N° 12 F. Uribe, LA VIDA RELIGIOSA SEGÚN SAN FRANCISCO.

N° 13 E. Leclerc, FRANCISCO DE ASÍS. EL RETORNO AL EVANGELIO.

N° 14 C. A. Lainati, SANTA CLARA DE ASÍS.

N° 15 J. Garrido, LA FORMA DE VIDA FRANCISCANA, AYER Y HOY .

N° 16 Nguyen Van Khanh, CRISTO EN EL PENSAMIENTO DE FRANCISCO.

N° 17 Carlos Díaz, ECOLOGÍA Y POBREZA EN FRANCISCO DE ASÍS.

N° 18 M. Abdón Santaner, FRANCISCO DE ASÍS Y DE JESÚS.

N° 19 D. De Azevedo, SAN FRANCISCO DE ASÍS. FE Y VIDA.

N° 20 AA.VV., CELEBRACIONES FRANCISCANAS POR LA PAZ.

N° 21 J. Sanz, FRANCISCO Y CLARA DE ASÍS. ICONO Y PALABRA DE AMISTAD - Agotado

N° 22 M. Hubaut, CRISTO NUESTRA DICHA - Agotado

N° 23 F. Uribe, POR LOS CAMINOS DE FRANCISCO DE ASÍS.

N° 24 T. Desbonnets, DE LA INTUICIÓN A LA INSTITUCIÓN. LOS FRANCISCANOS.

N° 25 M. Bartoli, CLARA DE ASÍS.

N° 26 AA.VV., REGLA Y VIDA. Comentario a la regla y vida de los Hermanos/as de la TOR .

N° 27 G. Miccoli, FRANCISCO DE ASÍS. REALIDAD Y MEMORIA DE UNA EXPERIENCIA CRISTIANA.

N° 28 J.M. Charron, FRANCISCO DE ASÍS EN BUSCA DE LA IDENTIDAD.

N° 29 T. Matura, EN ORACIÓN CON FRANCISCO DE ASÍS.

N° 30 D. Flood, FRANCISCO DE ASÍS Y EL MOVIMIENTO FRANCISCANO.

N° 31 T. Matura, FRANCISCO DE ASÍS OTRO FRANCISCO. EL MENSAJE DE SUS ESCRITOS.

N° 32 R. Manselli, VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS - Agotado

N° 33 R. Manselli, PARA MEJOR CONOCER A FRANCISCO DE ASÍS.

N° 34 F. Aizpurúa, ¿POR QUÉ A TI? LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA HOY .

N° 35 J. Dalarun, LA MALAVENTURA DE FRANCISCO DE ASÍS

N° 36 L. Lehmann, FRANCISCO MAESTRO DE ORACIÓN.

N° 37 AA.VV., FRANCISCO DE ASÍS Y EL PRIMER SIGLO DE HISTORIA FRANCISCANA .

N° 38 AA.VV., FRANCISCANOS POR LA JUSTICIA, LA PAZ Y LA ECOLOGÍA.

N° 39 Martí Avila i Serra, LOS OJOS DEL ESPÍRITU. COMENTARIO A LAS ADMONICIONES DE FRANCISCO DE ASÍS.

N° 40 J. Herranz / J. Garrido /J.A. Guerra, LOS ESCRITOS DE FRANCISCO Y CLARA DE ASÍS. TEXTOS Y APUNTES DE LECTURA - Agotado

Nº 41 T. Matura, FRANCISCO DE ASÍS, MAESTRO DE VIDA ESPIRITUAL SEGÚN SUS ESCRITOS.

Nº 42 M. Amunárriz, ¡LOAD Y BENDECID A MI SEÑOR! EL MUNDO INTERIOR DE FRANCISCO Y CLARA DE ASÍS.

Nº 43 Dinno Dozzi, "ASÍ DICE EL SEÑOR". EL EVANGELIO EN LOS ESCRITOS DE SAN FRANCISCO.

Nº 44 J. Garrido, MEDITACIÓN DEL FRANCISCANISMO. RELECTURA DE LAS FLORECILLAS.

Nº 45 Ángel Fdz. de Pinedo, LA EXPERIENCIA CRISTIANA DE FRANCISCO DE ASÍS Y LA IDENTIDAD FRANCISCANA.

Nº 46 Cesare Vaiani, VER Y CREER. LA EXPERIENCIA CRISTIANA DE FRANCISCO DE ASÍS.

Nº 47 J. Garrido, ITINERARIO ESPIRITUAL DE FRANCISCO DE ASÍS. PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS.

Nº 48 G. Bini, ESCUCHAD HERMANAS. UN ITINERARIO PARA REFUNDAR LA VIDA CONSAGRADA - Agotado

Nº 49 F. Aizpurua, UNA LUZ ENTRE LA NIEBLA - Agotado

Nº 50 G. Merlo, EN EL NOMBRE DE FRANCISCO DE ASÍS. HISTORIA DE LOS HERMANOS MENORES Y DEL FRANCISCANISMO HASTA LOS COMIENZOS DEL SIGLO XVI.

Nº 51 AA.VV., CAMINANDO CON FRANCISCO.

Nº 52 Fed. Clarisas de Umbría-Cerdeña, CLARA DE ASÍS. UNA VIDA TOMA FORMA. ITER HISTÓRICO

Nº 53 T. Matura, FRANCISCO DE ASÍS. HERENCIA Y HEREDEROS OCHOS SIGLOS DESPUÉS.

Nº 54 G. Bini, RECUPERAR LA INTUICIÓN EVANGÉLICA FRANCISCANA.

Nº 55 Ch. Giovanna Cremaschi, CLARA DE ASÍS. UN SILENCIO QUE GRITA.

Nº 56 Fernando Uribe, LEER A FRANCISCO Y CLARA DE ASÍS: SUS ESCRITOS.

Nº 57 Mª Ángeles Gómez-Limón, SER MARÍA.

Nº 58 Joxe Mª Arregi, APRENDER A VIVIR CON FRANCICO DE ASÍS. Sugerencias.

Nº 59 Michel Hubaut, FRANCISCO DE ASÍS. PEREGRINO HACIA LA LUZ.

Nº 60 Ilia Delio, Keith Douglas Warner, Pamela Wood, EL CUIDADO DE LA CREACION.

Nº 61 Francisco Martínez Fresneda, CLARA DE ASIS. Comentario teológico de su Testamento.

Nª 62 Jacques Dalarun, ¡UN HALLAZGO! LA NUEVA VIDA DE FRANCISCO DE ASIS. Tomás de Celano.

Nª 63 Francisco Martínez Fresneda, LA VERDADERA MISERICORDIA. Carta de Francisco de Asis a un ministro.

Nª 64 Martin Carbajo, RAICES DE LA LAUDATO SI. Ecología franciscana.

Nº 65 Fernando Uribe Escobar, NUCLEOS DEL CARISMA DE SAN FRANCISCO DE ASIS. La identidad franciscana.

Nª 66 Jose Antonio Guerra, LOADO SEAS, MI SEÑOR... Francisco de Asís, una vida hecha alabanza.

Nª 67 Luis E. Larra Lomas, SOLO LA MISERICORDIA NOS SALVARA. La escatología en los escritos de Francisco de Asís.

Nª 68 Suzanne Giussepi Testut, FRANCISCO DE ASÍS, EL PROFETA DE LO EXTREMO.

Nª 69 Jacques Dalarun, GOBERNAR ES SERVIR. ENSAYO DE DEMOCRACIA MEDIEVAL.

Nº 70 Eloi Leclerc, LA FRATERNIDAD EN HERENCIA. MI VIDA CON FRANCISCO DE ASÍS

Nº 71 Mariosvaldo Florentino, FRANCISCO DE ASÍS Y LA LITURGIA.

Nº 72 Francisco Martínez Fresneda, FRANCISCO DE ASÍS Y LA SALVACIÓN.

Nº 73 Martín Carbajo Núñez, SER FRANCISCANO EN LA ERA DIGITAL. Los retos de la comunicación y de la ecología integral.

Nº 74 Suzanne Giuseppi Testut, EL COMBATE ESPIRITUAL A la luz de san Francisco de Asís y de sus hermanos

FRANCISCO AYER Y HOY
Vida y actualidad del Santo de Asís

En estas páginas el autor, partiendo en no pocas ocasiones de acontecimientos actuales, desarrolla y explica algunos aspectos de la Vida de Francisco de Asís quien, después de tantos siglos, sigue "enganchando" y atrayendo a muchísima gente de todos los grupos, estilos y credos.

Dejando de lado aspectos anecdóticos de su vida, el autor presenta su figura excepcional yendo siempre al corazón de su espiritualidad, que no es otro que su lectura radical y siempre actual del evangelio. En la última parte del libro presenta un análisis de la visión franciscana del papa Francisco y también de Raoul Manselli, un historiador que, sin lugar a dudas, fue uno de los mayores medievalistas del siglo XX.

EL AUTOR

Felice Accrocca, nacido en Cori (Italia) (1959), es un sacerdote especialista en Historia medieval, fue profesor en la "Facultad de la Historia y de los Bienes de la Iglesia" de la Universidad Gregoriana de Roma; autor de numerosos estudios y publicaciones sobre san Francisco y sobre Santa Clara de Asís. Coordinó la sección de las hagiografías en la tercera edición de *Fonti Francescane* (2011). En 2016 el Papa Francisco lo nombró arzobispo de Benevento en Italia.

ISBN: 978-84-7240-325-3